



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

**“¿ASIMILACIÓN U HOMOGENEIZACIÓN? REFLEXIONES EN
TORNO DEL PAPEL DE LA TECNOLOGÍA EN EL PROCESO DE
OCCIDENTALIZACIÓN DE LA CULTURA EN MÉXICO”**

T E S I S

**QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADA EN RELACIONES INTERNACIONALES**

P R E S E N T A

KARINA RAMÍREZ BERNARDI

ASESORA. LIC. LUZ ELENA ESPINOZA PADIERNA



MÉXICO D,F

2010



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A G R A D E C I M I E N T O S

En primera instancia, quiero expresar mi profundo agradecimiento a la Universidad Nacional Autónoma de México por brindarme la oportunidad ser parte de ella, por dotarme de una formación académica invaluable, que un par de líneas resulta un espacio insuficiente para expresar el significado y la huella que ha dejado en mi persona.

A mis padres, Raquel Bernardi y Herminio Ramírez, por su infinito amor, su apoyo incondicional y sus sabias palabras, en fin, por el simple hecho de serlo.

A la Maestra Luz Elena Espinoza Padierna, por sus palabras, su dedicación, esfuerzo y esmero. En usted no sólo encontré a una profesora, sino a una persona que ama y disfruta lo que hace, que entrega el corazón en todo momento, y que muestra, a aquellos que tenemos el privilegio de compartir el mismo espacio académico, que el *horizonte propio es más amplio de lo que se cree, porque cada uno construye, es y vive, no en función de los otros, sino a partir de sí mismo.*

A la Lic. Alejandra E. Carrera Quezada, por sus palabras, su apoyo, dedicación y trabajo durante esta etapa esencial en mi vida.

A cada uno de los sinodales, por su presencia durante mi examen profesional, pues, estoy convencida que de ustedes me llevo no sólo un gran aprendizaje, sino un momento inolvidable en mi formación.

“A todos ustedes mi eterno agradecimiento”

LA PÁGINA EN BLANCO

*Me da terror este papel en blanco
tendido frente a mí como el vacío
por el que iré bajando línea a línea
descolgándome a pulso pozo adentro
sin saber dónde voy ni cómo subo
trepando atrás palabra tras palabra
que apenas sé qué son sino son sólo
fragmentos de mi mismo mal atados
para bajar a tientas por la sima
que es el papel blanco de aquí afuera
poco a poco tornándose otra cosa
mientras más crece la presencia oscura
de estas líneas si frágiles tan mías
que robándole el ser en mí lo vuelven
y la transformación en acabándose
no es ya el papel ni yo el que he sido.*

Eliseo Diego, La sed de lo perdido, 1993.

ÍNDICE

Introducción.....	I
--------------------------	----------

Capítulo I

La Cultura: La construcción de un proyecto para occidente

1.1 El siglo XVIII: el despertar de una conciencia sobre el hombre.....	3
1.2 Hombre y sociedad: la revolución industrial y la revolución francesa como base de una nueva concepción.....	12
1.3 La ciencia como elemento imprescindible en la reconfiguración del estudio de la cultura: una nueva concepción toma forma.....	18
1.4 El surgimiento de las Ciencias Sociales: su importancia para la cultura.....	25
1.5 Occidente en expansión: el surgimiento de una cultura basada en la tecnología.....	34

Capítulo II

La tecnología como base de la difusión mundial de estructuras y criterios occidentales. Construyendo el futuro.

2.1 La fortuna del pasado: el siglo XX.....	46
2.2 La occidentalización en curso del mundo actual: la cultura se renueva.....	56
2.3 Cultura y tecnología: la profundidad de los cambios.....	64
2.4 La difusión de una cultura dominante: la experiencia de América Latina.....	73

Capítulo III

México en el contexto global: una leve mirada a su dinámica sociocultural actual

3.1 En busca de una ubicación, características actuales.....	87
3.2 La presencia de lo nuevo: ¿tránsito o adopción?.....	94
3.3 México: ¿Por qué vive y consume como lo hace?.....	102
3.4 ¿Evolucionar o seguir un patrón ajeno?.....	110

Consideraciones finales.....	120
-------------------------------------	------------

Fuentes de consulta.....	124
---------------------------------	------------

INTRODUCCIÓN

Inmersos en el siglo XXI, no deja de ser, tan atractivo como desconcertante el surgimiento de un sinfín de temáticas que cobran relevancia ante la diversidad de formas de percibir y estudiar los fenómenos ya identificados como aquellos en ciernes. Del mismo modo que se afirmó que la llegada del novecientos no era la del siglo XX, pero que éste se daba por concluido con la caída, en 1989, del muro de Berlín, así el siglo XXI en sus años iniciales mezcla ya lo viejo con lo nuevo. La imbricación de lo pasado y lo porvenir tiene lugar, sin ningún tipo de dudas, en todos los órdenes de la vida. A nosotros aquí nos concierne la cultura y, de forma más concreta, lo que ésta y su relación con la tecnología representa actualmente para las sociedades y los individuos que las forman.

La cultura ha desempeñado un papel de gran relevancia a lo largo de la historia y evolución del ser humano y lo que le rodea, por ser resultado de la acción social, pero los acontecimientos y los cambios económicos, políticos, sociales entre otros más que se suscitaron durante los siglos XVIII y XIX propiciaron, hacia el inicio del XX, la expansión del conocimiento científico-tecnológico para permitir, no únicamente el control y la manipulación de los fenómenos naturales sin precedente similar, sino a partir de la segunda guerra mundial, todo tipo de posibilidades, incluido el propio ser humano.

Los alcances del conocimiento científico tecnológico- principalmente- hacia mediados del siglo XX respondió, entre otras razones, a la expansión de las potencias industrializadas, especialmente gracias a la importancia adquirida por la economía y la política de cada país, que se conjugaron con el desarrollo de los movimientos sociales surgidos en las sociedades industrialmente avanzadas. Mención aparte aunque como consecuencia de lo anterior, la evolución experimentada en los transportes y las comunicaciones como resultado del avance del conocimiento, trajo consigo nuevas formas de relación, producción e intercambio de bienes y servicios entre los individuos, los grupos sociales y las naciones, bajo formas diferenciadas que tienden a "diluir" el modo convencional de entender los límites espacio-temporales.

Tal acercamiento provoca un sinnúmero de consecuencias cuyo impacto se deja sentir a todos los niveles, de entre los cuales el más relevante parece ser el cultural, por el tipo de efectos identificados no sólo en el corto sino, en especial, en el largo plazo. Aquí, añejas consideraciones vuelven a ser planteadas para ser cuestionadas, cuando no recuperadas, a la luz de nuevos ejes de discusión que ponen en entredicho concepciones filosóficas básicas y enfoques teóricos de tipo social y antropológico, para abrir el abanico a otras disciplinas ahora involucradas, con lo cual las perspectivas no sólo se amplían sino que se enriquecen.

En este sentido, ubicamos a la cultura como uno de los factores implícitos en el conjunto de las relaciones que se establecen entre los individuos y grupos en un tiempo y espacio determinados; es decir, una sociedad -cualquiera que esta sea- genera entre los individuos un sistema de interrelaciones que se estructura a partir de campos definidos de actuación en los cuales, uno de ellos o el grupo en su conjunto se comporta, adapta y participa.

Por tanto, cuando pensamos o aludimos al término cultura solemos considerar que ello no solo hace referencia a lo que hemos denominado como bellas artes -música, pintura, danza, entre otras- sino que remite a un número más amplio y diverso de elementos existentes en cada sociedad o grupo social; es decir, la cultura, de igual forma, está relacionada con las formas de vida de los miembros de una sociedad o grupo, de sus creencias, valores, ideas y lenguajes que dan contenido a la cultura- y de objetos, ceremonias, símbolos y tecnologías que representan ese contenido.

Es así que, a través de la cultura, el ser humano se expresa, toma conciencia de sí mismo, cuestiona sus realizaciones, busca nuevos significados y crea obras -en diversos ámbitos- que le trascienden; siendo así, la cultura es desarrollada, practicada o modificada por el hombre según sus necesidades y normalmente de acuerdo con la interrelación, interacción y comunicación existente entre los individuos que comparten una identidad social, en tanto alude a una dimensión colectiva. No obstante, al mismo tiempo hay una tendencia a conservar una identidad individual o personal respecto del mundo que le rodea; de ahí que la interacción entre los individuos permite que asumir aquellos criterios que consideran importantes, valiosos o deseables para sí mismos: las reglas de comportamiento, así como

los significados compartidos por la gente a través de sus objetos, gestos, sonidos o imágenes que representan algo diferente a lo que son en sí mismos. Mas en el contexto presente de “dilución” de las fronteras espaciales y la posibilidad de la inmediatez de los fenómenos, los planteamientos anteriores parecen alterarse.

Ello nos obliga a hacer, recuperar y evaluar consideraciones de tipo teórico, pues el interés que ha adquirido la cultura en los últimos años requiere de las aportaciones de las investigaciones realizadas en torno de sus variantes y resultados para las sociedades en su conjunto.

El estudio de la cultura se ha llevado a cabo por parte de antropólogos, sociólogos, historiadores, etnólogos, entre otros estudiosos más quienes, de acuerdo al momento histórico de una sociedad determinada, identifican diversos elementos y circunstancias que han permitido un acercamiento, así como numerosas perspectivas analíticas en torno de la cultura y el rol que cumple en la sociedad, tanto como en las relaciones entre los individuos. Cabe señalar que, ante los cambios económicos, políticos y sociales que se presentan a nivel mundial, regional y local, los estudiosos se han visto en la necesidad de incorporar nuevos elementos para el estudio de la cultura, lo cual se ha comenzado a percibir cuando se busca vincular temas que, hasta no hace mucho tiempo, se consideraban por separado, como si fuesen realidades distintas.

Tal es el caso de la relación entre la cultura y la tecnología que, a partir del decenio de los años sesenta, ya con el potencial científico-tecnológico y económico generado en occidente desde siglos atrás y siempre en expansión, la dimensión que comienza a tomar esta relación, rompe con la estrechez de las visiones unilaterales previas, entendiendo que la cultura no puede ser abordada sin el ámbito tecnológico que va surgiendo con el transcurso del tiempo.

En este sentido, cuando hablamos de la cultura, la tecnología desempeña, en especial durante los últimos años del siglo XX e inicios del XXI, un papel primordial como parte del ambiente humano y, por ello, debemos decir que se encuentran estrechamente vinculadas,

lo cual implica entender que la tecnología no sólo incluye la producción, sino también la creación del lenguaje, de los sonidos, del arte, entre varias representaciones más.

Bajo el contexto anterior y a partir de la producción teórica existente, podemos decir que la relación cultura-tecnología ha adquirido un lugar de primer orden en la reflexión de nuestros días; no obstante, esto lleva a plantear que toda aproximación al tema de la cultura, el medio en el que surge y se desenvuelve y las condiciones que la promueven, está fuertemente influido por la tecnología que soporta el ambiente cultural en el cual aparece y se promueve. Es decir, como parte de un todo- que es la cultura- la tecnología está permanentemente en interacción con ese todo, generándose una influencia en ambos sentidos, hasta derribar las barreras que rodeaban a las culturas particulares y a la cultura en general.

Estos cambios se han acelerado en las últimas décadas generando que los contactos entre las manifestaciones culturales particulares sean cada vez más estrechos, debido a las tecnologías de la información y de las comunicaciones que transmiten datos, información e imágenes casi en el instante en el que se producen y directamente, sin la mediación de factores locales o los filtros culturales de otros tiempos.

En definitiva, en el mundo actual, donde las relaciones entre las sociedades se intensifican, donde las conexiones entre lo local y lo global se aceleran como resultado de los notables avances en materias de comunicación, tecnologías de la información, transporte y donde la interconexión entre los mercados mundiales es un imperativo, identificamos este vínculo entre la cultura y la tecnología como un poderoso instrumento que funge como elemento de cohesión; sin embargo, a su vez pareciese que se intenta imponer una dinámica cotidiana común a todo el mundo. En otras palabras, las costumbres, los hábitos, las creencias y las representaciones simbólicas de cada cultura nacional se difuminan para asumir las únicas posibles a partir de la difusión de modas y costumbres, para dar la impresión de generar una tendencia hacia la homogeneización de la cultura en las sociedades. Aunado a lo anterior, este fenómeno ha ocasionado que se abandonen modos de vida tradicionales; las comidas rápidas estilo occidental sustituyen a los hábitos alimentarios locales; las marcas tipo Coca-

Cola o Levi's suplantando a los productos locales; la música pop y las formas de diversión norteamericanas dejan sin trabajo a los artistas locales, cuyas habilidades tienden a sustituirse cuando no a perderse.

Este abanico de características es parte de lo que identificamos como una tendencia hacia la homogeneización, que parte de la base de que la difusión mundial de estructuras occidentales y el consumo de mercaderías importadas tienden a uniformar criterios para acercar, compartir y renovar intereses. Sin embargo, las sociedades se enfrentan a las influencias foráneas de una manera muy diversificada. Aun cuando lo anterior se observa de manera cada vez más frecuente, cada caso presenta características específicas en su desarrollo. El caso de México está marcado no únicamente por compartir un pasado inmediato, por la cercanía geográfica o por el fenómeno de la migración sino, en especial, por el encanto que parece despertar la admiración por una forma de vida, mezcla de historia, sueños y aspiraciones.

A su vez, el desarrollo de un sistema común de referencias no significa que todos seamos iguales; solamente presentamos nuestras diferencias de una manera cada vez más similar. Por tanto, en la actualidad, la cultura representa una estructura de diferencias comunes, en cuyo marco debemos definir las particularidades culturales. En este sentido cabe hacer las siguientes preguntas: ¿Se trata de una forma superficial de asimilación cultural, que deja intactos al conjunto de creencias y valores de las diferentes culturas?, o bien, se trata de ¿homogeneizar?

De la diversidad de respuestas que se pudiesen obtener, algunas de ellas se recalcan, otras se ignoran. Dicho de otro modo, la escena mundial está dominada por patrones de desarrollo y difusión de la cultura pero, en el caso de México, a medida que un número cada vez mayor de modos de vida *aprenden* a coexistir, la interpenetración cultural multiplica las posibilidades de cambios o modificaciones, creando así nuevos modos de vida. Al no ser ajena a estos hechos, la sociedad mexicana presenta diferencias o alteraciones en hábitos, costumbres y valores que han impulsado hacia una redefinición de aspectos tales como la identidad nacional, los roles de género -sobre todo para el caso de la

mujer-, el laboral, la sexualidad, la educación, entre muchos más pero, sobre todo, ha traído consigo una creciente diferenciación de las tradiciones y manifestaciones culturales mexicanas respecto de como anteriormente eran concebidas.

Es decir, las formas de vida en la sociedad mexicana están dando paso a nuevos tipos de identidades compuestas por elementos procedentes de fuentes culturales de diversos países, pero que privilegian el sentido de la occidentalización. No obstante, bajo estas condiciones existen diferentes estratos de la sociedad mexicana, en los cuales se observan distintos grados de impacto e incidencia derivados de lo que se identifica como proceso de globalización, de corte inicialmente económico, en el cual subyace una necesidad por estandarizar formas de producir y de consumir que implican, sin duda, una tendencia hacia la homogeneización de la cultura. Para efectos del presente trabajo identificamos una parte importante de la sociedad mexicana que contempla al estrato social que, sin disponer de una situación económica privilegiada, tiene acceso a los bienes de consumo y servicios, lo que ha generando una desigualdad social que se manifiesta a través de las diferentes configuraciones de la cultura en México.

En este sentido, la hipótesis de esta tesis considera que los cambios económicos, políticos y sociales suscitados durante los siglos XVIII y XIX propiciaron hacia el inicio del siglo XX, que diversos ámbitos hasta entonces tratados unilateralmente se comenzaran a vincular, tal es el caso de la cultura y la tecnología, donde ésta última ha adquirido relevancia en las últimas décadas, pues las nuevas tecnologías de la información y las comunicaciones, así como la multiplicidad de mercaderías y/o productos importados que circulan en el mundo y que expanden su influencia, implican diferencias culturales que dan cuenta de una tendencia hacia la uniformidad de criterios para acrecentar, compartir y/o renovar intereses. Sin embargo, esta tendencia está marcada por un proceso de transformación estructural donde cabría la posibilidad de esbozarlo como consecuencia de la incidencia tecnológica, que de una u otra forma permea los rasgos culturales.

Por lo anterior, en el primer capítulo se parte de la idea general que se tiene de la cultura y que indica una modificación de perspectiva desde el siglo XVIII para diversificarse hacia el

siglo XX e inicios del siglo XXI, debido al conjunto de cambios en la vida de las sociedades, sobre todo con la aceleración del desarrollo tecnológico. Este último se produce en entornos y contextos diferentes como resultado de acciones, decisiones, intereses y visiones de las sociedades; no obstante, los logros tecnológicos surgidos durante el siglo XX, transformaron con gran rapidez a las sociedades debido al incremento de la movilidad, la comunicación rápida y la información disponible a través de diversos medios de comunicación, sobretodo desde los Estados Unidos, país cuyo liderazgo mundial fue alcanzado de manera vertiginosa, cuestión que es abordada en el segundo capítulo.

El desarrollo tecnológico desde los Estados Unidos, ha pasado a ser uno de los elementos primordiales que configuran las condiciones, los ambientes y las formas o estilos de vida de las sociedades a nivel local, nacional, regional o global, de ahí su importancia al fungir como factor fundamental que ha configurado a la cultura en la actualidad, modelando formas de vida, los modos de organización, las creencias y las tradiciones de las sociedades, entre otros aspectos.

Es decir, las tecnologías de la información y las comunicaciones están involucradas en todos los aspectos de estos procesos, pero de una forma especialmente profunda y “convinciente”. Dicho de otro modo, el desarrollo las tecnologías de la información y las comunicaciones, así como la evaluación de su incorporación en todos los aspectos del convivir, ilustra la aclaración de un proceso no solo económico sino también de índole cultural, pues su asimilación a la vida cotidiana inmediata permite que adquieran importancia significativa al ser un factor central en una sociedad, en el proceso de creación, reproducción y promoción de valores de todo tipo, pero donde la promoción de aquellos de tipo económico nos lleva a analizar y examinar la importancia de la difusión del conocimiento científico-tecnológico, vinculado al aspecto cultural, cuando muestra una orientación hacia la uniformidad de criterios en las sociedades, sobre todo para los países subdesarrollados como es el caso de México.

Así, el tercer capítulo presenta el caso de México, donde las tecnologías de la información y las comunicaciones relacionadas con la vida cotidiana de la sociedad han provocado

cambios, modificaciones o transformaciones en las costumbres, hábitos, roles de género, en las tradiciones y manifestaciones culturales respecto de como anteriormente eran concebidas; lo anterior se da en términos del proceso de occidentalización de la cultura que incrementa su diversificación, en la medida que el desarrollo de la tecnología constituye un impulsor activo del desarrollo del mismo, por lo que durante los años recientes es objeto de atención privilegiada.

Dicho de otro modo, en México la inserción de las tecnologías de la información y las comunicaciones en la vida cotidiana de la sociedad mexicana, ha provocado cambios, modificaciones o transformaciones culturales; esto está dado a partir de un proceso de “occidentalización” de la cultura -de la forma de concebir al mundo- en la medida que el desarrollo se transforma en el eje impulsor para acompañar al progreso tecnológico donde, de una u otra forma, se tiende a estandarizar las manifestaciones culturales, los gustos, las expresiones y los valores, condiciones que propician la expansión del proceso de “occidentalización” cultural, sobre todo cuando se alude a determinado estrato social que accede a toda la amplia gama de posibilidades ofrecidas por estas tecnologías, donde no necesariamente el “status social” es el mas elevado y, sin embargo, corresponde a una tendencia generalizada en las sociedades mas diferenciadas.

CAPITULO I

LA CULTURA: LA CONSTRUCCIÓN DE UN PROYECTO PARA OCCIDENTE

El tema de la cultura es en sí mismo atractivo, independientemente de la manera como se aprecie. En el contexto social, es común pensar que todos los seres humanos saben de cultura, y que la adquirieren yendo a museos o teatros, leyendo libros, escuchando música o asistiendo a algún evento artístico. Sin embargo, y sin negar lo anterior, la cultura es algo más amplio que simples estructuras materiales o definiciones carentes de significado real, puesto que el ser humano está ligado a ciertas raíces, acciones y costumbres, dinámicas por naturaleza, que corresponden a un espacio y tiempo determinados, en el que se ve reflejada la relación entre el ser humano y su entorno.

Esta relación da cuenta, al mismo tiempo, de una constante transformación dialéctica entre el ser humano y su contexto, donde este último se construye a partir de significados y estructuras sociales, amplias y diversificadas. Ello indica que cada sociedad posee, en sí misma, una jerarquización de la realidad en distintos ámbitos, tales como el político, el económico, el social y el cultural, entre los más destacados, de tal suerte que es factible apreciar razones ideológicas, religiosas o políticas -por mencionar algunas- que hacen que predominen formas o estilos de vida, pautas, reglas de comportamiento, hábitos y concepciones del mundo que a su vez, son resultado de la interacción constante que emana del intercambio de información y de sus fines, dependiendo del ámbito donde opere, lo que lleva a plantear una dinámica de construcción-reconstrucción del ser humano y su contexto.

En este sentido, es a partir del grado de apropiación del entorno del que los seres humanos son partícipes y en función de su pertenencia a un tiempo y espacio determinados, que dicha transformación permite a las sociedades mantener, desechar, asimilar, construir y reconstruir patrones de conducta, tanto sociales como políticos, económicos y, sin duda alguna, culturales. Es decir, cuando un ser humano nace, lo hace dentro de una estructura definida con anterioridad, de la cual poco a poco se apropia mediante el lenguaje, valores, normas, usos, costumbres, roles, entre otros que, finalmente, constituyen una conducta social aprendida que se transforma gradual y, en algunos casos, profundamente pero conservando rasgos distintivos.

La concepción de la realidad no en todas las sociedades se ha presentado de la misma forma ni bajo las mismas circunstancias; como seres sociales, los hombres se encuentran insertos en un proceso de transformación -que va más allá de calificarlo como positivo, negativo, correcto o incorrecto-, en el cual los cambios permiten establecer relaciones o interacciones diferentes a la forma como, en un primer momento, fueron concebidas.

En virtud de lo anterior, hablar de cultura, entendida en un sentido más amplio, de entrada limita un intento de dar una definición que podría resultar acotada, rígida e incluso descriptiva, cuando las ya elaboradas han sido aplicadas con sentidos diversos, en tiempos y espacios distintos. Por ello, no puede ser calificada como un simple *elemento o característica*, sino más bien como *aquello* inherente al ser humano y su actuar en un entorno determinado.

En esta línea, es pertinente destacar el papel de la acción social, es decir, cómo nos desenvolvemos, a partir de qué lo hacemos y por qué lo hacemos de tal o cual forma, de ahí que resulte prácticamente imposible trazar la historia completa de la cultura, además de que carecería de sentido, dado que aún cuando existen numerosas concepciones en torno de tal noción, la mayoría se han centrado en hacer descripciones de los elementos que son parte de la misma, tales como el lenguaje, los símbolos, las creencias, los valores, entre otros. De ahí que el siglo XVIII sea uno de los momentos más significativos para Europa y, en general, para Occidente, pues es en este período cuando se reestructura la sociedad europea fundamentándola en principios científicos, y se revaloran las ideas filosóficas, lo que trajo consigo profundos cambios socioeconómicos y culturales, para romper así con el orden social tradicional establecido, pasando a otro moderno o industrial. Como consecuencia del *desencantamiento del mundo*, en el que la *racionalización de la sociedad* es el modelo dominante del pensamiento, basado en el cálculo racional, la ciencia y el progreso técnico, un modelo de cultura toma forma.

A partir de este siglo, Europa recupera y propicia el estudio e interés por los problemas humano-terrenales distanciados de las interpretaciones que no podían concebir al hombre separado de las cuestiones religiosas en las cuales se apoyaba o sustentaba el avance

humano. Hablar de Europa como punto nodal en el que se comienzan a dar cambios o modificaciones que permearían al conjunto de los seres humanos, no significa que sea el único lugar donde se dieron en tal magnitud, sino que es una de las primeras zonas del mundo que emprende numerosas innovaciones en diversos ámbitos que le permiten, posteriormente, concebirse a sí misma como eje, motor y propagador de impulso hacia un desarrollo sustentado en la racionalización, a través de la cual se daría el progreso de la humanidad.

A lo largo del presente capítulo se consideran dos aspectos relevantes. En primer lugar, subrayar que el entorno en el cual se desenvuelven los seres humanos ha sido concebido a partir de estructuras socioculturales dominantes procedentes de Europa y redefinidas hacia el siglo XX por los Estados Unidos; ello respondió, entre otras razones, a su expansión como potencia industrializada, especialmente gracias a la importancia adquirida por la economía, la política y la tecnología, cuyo impacto se dejó sentir a todos los niveles, de entre los cuales destaca el cultural, por el tipo de efectos identificados, no sólo en el corto sino, en especial, en el largo plazo. Es decir, a partir del desarrollo e influencia del discurso europeo desde el siglo XVIII, la recuperación que se hace de la cultura se forja bajo un trasfondo económico que se evidencia de manera más clara entrado el siglo XX, cuando se da la expansión del conocimiento científico-tecnológico para permitir, no únicamente el control y la manipulación de los fenómenos naturales sin precedente similar, sino también, todo tipo de posibilidades sociales. En segundo lugar, identificar cómo el potencial científico-tecnológico y económico suscitado en occidente continúa extendiéndose, y la cultura no puede ser abordada sin el ambiente tecnológico que va surgiendo con el transcurso del tiempo. Lo anterior ilustra una tendencia hacia la homogeneización, con un evidente trasfondo económico que parte de la base de que la difusión mundial de estructuras occidentales y el consumo de mercaderías, tienden a uniformar criterios para acercar, compartir y renovar intereses.

1.1 El siglo XVIII: el despertar de una conciencia sobre el hombre

Cuando hablamos de cultura, difícilmente, lo hacemos alejados del universo de definiciones que se han construido en distintos espacios y tiempos, y que en muchos de los casos han sido acotadas o rígidas. Sin embargo, tampoco podemos alejarnos de ellas, puesto que nos permiten identificar elementos o características no sólo del propio concepto sino especialmente, de la forma como una sociedad concibe al mundo, cómo se concibe a sí misma, cómo se redefine y reestructura, en la medida que se encuentra unida por raíces, acciones, prácticas, estilos o formas de vida, hábitos, normas, valores, lenguaje, roles de conducta, estructuras sociales, formas de pensamiento, por mencionar algunos. Es decir, existen razones ideológicas, políticas, entre otras que, a partir del grado de apropiación que hacen los individuos de su entorno, ha permitido la constante redefinición y transformación de las sociedades.

Por ello, al recuperar alguna de las definiciones de la cultura, debemos hacerlo a la luz de las condiciones bajo las cuales se forjó y asumir que no podemos calificarla de correcta o incorrecta, pues cada una ha considerado diversos aspectos y priorizado otros tantos, en la medida que se ajustan a las condiciones de cada época, además de que no corresponde con la intención del presente trabajo hacer un recuento histórico de las definiciones o concepciones existentes, sino de recuperar aquellos componentes que han forjado y delineado el eje en torno del cual se le ha dado forma a un *proyecto civilizador* en Occidente. De este modo, no podemos apreciarla apartada de un modelo de pensamiento-en este caso dominante- y mucho menos verla como algo estático, sino como un término en constante transformación, en la medida que el ser humano se relaciona con su entorno de modo dinámico.

Aun cuando se alude a la noción de cultura a partir de los seres humanos, en términos generales no se concibe al individuo como ente creador y actor fundamental de la misma sino, en especial, como mero espectador. Llegamos a esta idea, puesto que tanto en los textos como en la realidad, uno se tropieza con el distanciamiento de su esencia, es decir, si nos preguntáramos ¿a qué alude el término de cultura además de a las costumbres, las tradiciones, aspectos materiales, las bellas artes, entre otros? Del sinfín y variedad de respuestas existentes y de lo contradictorio que pudiese parecer esta interrogante, no cabe

duda que las reflexiones y enfoques en torno de la misma han sido muy variados, pero siempre apegados a una directriz avalada y compartida por las sociedades, lo que indica modificaciones o transformaciones en el desarrollo de la vida humana.

Uno de los momentos trascendentales que determinó modificaciones a los órdenes antes establecidos y que fueron en su momento dominantes, es el siglo XVIII, considerado como la respuesta a los cambios gestados en Europa desde la Edad Media que permitirían redefinir y jerarquizar la realidad de una manera distinta a como se había venido realizando. Si bien durante esta etapa prevalecía la conservación y sistematización del conocimiento del pasado pero siempre teniendo como el centro de cualquier actividad a lo divino o a lo sagrado, no fue así para el Siglo de las Luces, pues Europa estaba comenzando a experimentar un crecimiento dinámico de una población ya asentada que cada vez sería más compleja, dinámica e innovadora, “desgastando” las ideas tradicionales y creando *nuevos valores*, más tarde distintivos de la cultura occidental que, para ese siglo, se comenzó a perfilar como inseparable de la ciencia.

Es durante el siglo XVIII cuando se comienza a consolidar la idea de progreso como impulsora del esfuerzo e inventiva del hombre, y que alejaría a los individuos de la visión según la cual las sociedades se unían y basaban en la fe; o bien, en términos más amplios, en el cristianismo que afirmaba que Dios era el origen y fin de todas las cosas, y el hombre había sido creado a imagen y semejanza suya. El Siglo de las Luces representó el rompimiento de la estructura y el orden social establecidos por la iglesia, institución predominante en Occidente durante la época medieval. La interpretación del mundo que tenía el hombre antes de esta revolución en el pensamiento europeo, se basaba en cuestiones de fe, esto es, de creencias y prácticas fundadas en lo sagrado y lo divino; en la religión.¹

¹ Por ejemplo, Durkheim, señalaba que al interior de las sociedades ésta cumple tres funciones principales: el sentido en que la religión une a las personas, gracias una serie de símbolos, valores y normas comunes a todos, las justificaciones religiosas en las normas culturales y que, en muchos de los casos, otorgan legitimidad al sistema político y finalmente, denota la necesidad del hombre por encontrar un sentimiento reconfortante de que existe un propósito que trasciende a la frágil condición humana. Esta concepción de Durkheim, respecto del papel que juega la religión en las sociedades, no quiere decir que sean sus únicas funciones, sino que dados los cambios acontecidos en el siglo XVIII en todos los ámbitos de la vida de los seres humanos, ésta comienza a tener un lugar distinto.

Dicha concepción llevó a la sociedad europea a efectuar delimitaciones temporales y culturales, estableciéndose como el eje en torno del cual debían girar las sociedades no europeas. Así, en la medida que ésta se apropiaba de su entorno, se determinaría el papel que habrían de desempeñar aquellas sociedades que no se guiaran por el modelo de pensamiento racional en constante expansión. Es a partir de dicho modelo que el hombre recrearía el mundo con base en patrones sociales, políticos y culturales específicos que posibilitarían a una sociedad -cualquiera que esta sea- de dotar a sus miembros de una conciencia social, en la medida que los sujetos se apropiasen del conocimiento de lo que les antecedió. Lo anterior trajo consigo que numerosos ámbitos, hasta entonces difícilmente abordados o de poco interés para los estudiosos de esa época, comenzaran a remontar; tal es el caso de la cultura.

En esta línea, el recuperar los elementos de tipo social, político, ideológico y científico del siglo XVIII, conocido como el Siglo de las Luces, no significa que desde entonces se haya comenzado a hablar de cultura; dicho de otro modo, es en este siglo cuando se hace evidente la reestructuración del orden social establecido con base en un pensamiento filosófico-religioso para pasar a un orden basado en la razón y el progreso moderno el cual, se llevó a todos los terrenos de la vida. Es en este momento cuando la sociedad europea se enfrenta a un proceso de retroalimentación constante, que la lleva a redefinirse a sí misma. Para ello, recupera o se apropia de ideas y conocimientos provenientes de diversas civilizaciones que le permiten asumirse como el centro de la historia de la humanidad.

Si bien antes del siglo XVIII el asunto de la cultura era poco abordado y tratado de forma específica, para este siglo comienza a ser uno de los temas más recurrentes, especialmente de la clase poseedora de industrias, comercios y con una situación privilegiada en términos educativos, es decir, de la burguesía, en la cual la visión de los Iluministas tuvo un impacto profundo, pues mientras las capas inferiores eran pobres e incultas, la clase burguesa acogió con beneplácito las nuevas ideas que le permitieron su ascenso y preponderancia para convertirse en años posteriores, en la nueva clase dirigente.

“Este burgués, este nuevo tipo de hombre, era hijo del Iluminismo. Creía en la ‘actitud científica’, en la razón, en el trabajo y en la ciencia y al llevar sus convicciones a la

práctica creó la revolución industrial. Pero en tanto que el pensamiento científico transformaba a la sociedad, otros hombres seguían haciendo progresar la ciencia en diversos campos. Mientras tanto, la Iglesia conoce y acepta al rico y al pobre; cada uno tiene su lugar señalado, sus obligaciones y su grandeza. Pero el burgués no tiene lugar predeterminado, se escapa del orden establecido, no tiene simbolismo evangélico ni, por lo tanto, trascendencia más allá de la vida humana. Y precisamente por ser hijo de sus obras, por haber logrado su posición por sí mismo, con esfuerzo y sacrificios, el burgués deja de creer prácticamente en la Providencia divina; su vida es eco de la actitud científica que no necesita de la hipótesis de Dios. El burgués introduce una nueva visión del trabajo y del dinero. Con la burguesía nace el capitalismo.”²

La clase burguesa que tenía acceso a las instituciones educativas comenzaba a insistir en que el conocimiento era fuente de utilidad, y en que la ciencia tenía su importancia social, por lo que una de las primeras acepciones concretas del término cultura comenzó por ser, en sentido figurado, como *cultivo del espíritu* que se impuso durante este siglo en los campos académicos de Europa, o bien se entendería como *la formación de la mente*. Es decir, se convierte en una palabra que designa un estado, aunque en esta ocasión es el estado de la mente humana³; tales acepciones surgieron principalmente en Francia. No obstante, en el contexto del Siglo de las Luces surge otra de las clásicas oposiciones donde se involucra a la cultura, esta vez, como sinónimo de *civilización*. Esta palabra aparece por primera vez también en Francia, y con ella se significaba la refinación de las costumbres, mientras que *civilización* era un término que comenzaba a separarse de la misma, pues se le relaciona principalmente con *la idea de progreso*.

Según esto, la civilización es un estado de la humanidad en el cual la ignorancia ha sido abatida y las costumbres y relaciones sociales se hallan en su más elevada expresión. La civilización no es un proceso terminado, es constante e implica el perfeccionamiento progresivo de las leyes, las formas de gobierno, el conocimiento. Como la cultura, también es un proceso universal que incluye a todos los pueblos, incluso a los más atrasados en la

² Rojas Garcidueñas, Manuel, *Introducción a la historia de la ciencia*, México, Ed. AGT, 1999, pp. 96-97.

³ Voltaire es uno de los pocos pensadores franceses del siglo XVIII que se mostraban partidarios de una concepción relativista de la historia humana. La clásica oposición entre cultura y naturaleza también tiene sus raíces en esta época. En 1798, el *Dictionnaire* incluye una acepción de cultura en que se estigmatiza el "espíritu natural". Para muchos de los pensadores de la época, como Jean Jacques Rousseau, la cultura es un fenómeno distintivo de los seres humanos, que los coloca en una posición diferente a la del resto de animales. La cultura es el conjunto de los conocimientos y saberes acumulados por la humanidad a lo largo de sus milenios de historia. En tanto una característica universal, el vocablo se emplea en número singular, puesto que se encuentra en todas las sociedades sin distinción de razas, ubicación geográfica o momento histórico.

línea de la evolución social. Desde luego, los parámetros con los que se medía si una sociedad era más civilizada o más salvaje, eran los de la propia sociedad. En los albores del siglo XIX ambos términos, cultura y civilización eran empleados casi de modo indistinto, sobre todo en Francia e Inglaterra.

Esta concepción en torno de la cultura permeó los demás ámbitos del ser humano y le restó importancia a la religión como vínculo entre los hombres y su entorno. En esta tónica, la valoración no sólo de la personalidad de los sujetos sino también de su individualidad, exaltó la libertad del hombre y minimizó el papel de la religión para darle importancia a la reflexión sobre el conocer, más que a la del ser y ello, acompañado por un sentimiento de seguridad del ser humano como poseedor de la verdad. En este sentido, sólo el orden y el progreso se alcanzarían mediante la razón y el dominio de la naturaleza, teniendo como fundamento la idea de la libertad, el cambio y la felicidad.

Bajo estas circunstancias, ya para finales del siglo XVIII, la sociedad europea solo tenía como preocupación principal mantener este modelo de pensamiento dominante a través de la instauración de un orden jerárquico en el que la dirección debía corresponderle a los Estados civilizados frente a los pueblos bárbaros, a los que se consideraba incapaces de asumir semejante responsabilidad. Este aspecto determinó a la cultura como un factor que hacía referencia a los elementos más permanentes y estructurales de cada una de las diversas sociedades que coexistían a partir del intercambio de los principales contenidos y significados que daban a su realidad.

Lo anterior da cuenta de un proceso en el cual se coloca al hombre como centro de un progreso seguro e inevitable, a partir de una jerarquización de valores asentados en una base progresista.

A este respecto John M. Hobson escribió:

“...este proceso de creación de la nueva imagen estableció que Occidente siempre había sido superior (en el sentido de que esta entelequia fue proyectada al pasado, a los tiempos de la antigua Grecia). Pues, según se decía, Occidente había gozado desde el

primer momento de unos valores dinámicos y progresivos, liberales y democráticos, y de unas instituciones racionales, circunstancia que a su vez había dado lugar a la aparición del individuo racional, cuya próspera vida permitió el progreso económico...”⁴

La lógica del argumento de Hobson consiste en señalar que los seres humanos son directores de los cambios suscitados en el entorno a partir de la reconstrucción de la identidad europea en la cual, los pensadores opinaban, que tanto el cambio como el progreso, se dan juntos en los seres humanos y contribuyen en lo individual y en lo social. En este sentido, la cultura fue recuperada a la luz de un nuevo eje de discusión en Europa, donde sólo podía entenderse si era percibida por los sentidos y la razón; es decir, el uso de la palabra cultura hacía alusión a una facultad del ser humano vinculada al hecho de trabajar en su desarrollo, reflejando así el universalismo y el humanismo de los filósofos de la época.

La cultura entonces pasa a ser algo propio del hombre asociada a la idea de progreso, evolución, educación y razón que se encuentran en el pensamiento de la época, esto es, designa el refinamiento de las costumbres, lo que denotaría para los pensadores de la época “sacar a la humanidad de la ignorancia y la irracionalidad”. Como podemos apreciar, las ideas en torno de la cultura durante el siglo XVIII comienzan a permear a la Europa occidental, iniciando por Francia, Inglaterra y Alemania, países donde -para ese entonces- se considera una característica distintiva de la especie humana, entendida como la suma de saberes acumulados y transmitidos. En el caso de Alemania, esta definición se insertó en una amplia tradición del espiritualismo filosófico-religioso que implicaba la unidad.

Si bien esta forma de pensamiento contribuyó al desenvolvimiento principalmente de las sociedades europeas, también las colocaba como el ejemplo que deberían seguir las demás sociedades que en ese entonces, se les consideraba en un estado de barbarie o irracionalidad, ello vinculado con un sentido de inferioridad utilizado por los europeos para consolidarse, reforzar y construir la identidad de Occidente, lo que posteriormente permitió su expansión y que en Alemania -finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX- se tradujera como una oposición, entre aquello que contribuye al enriquecimiento intelectual y

⁴ M. Hobson, John, *Los orígenes de la civilización occidental*, Barcelona, España, Ed. Crítica, 2006, p. 30.

pertenece a la cultura; y segundo, aquello superficial o de refinamiento que pertenece a la civilización.

La cultura como tal vista durante el siglo XVIII, más allá de las implicaciones sociales que pudiese tener en términos ya sea simbólicos o estructurales, básicamente se centró en el cultivo del ser humano en términos de las bellas artes, pero basado en formas simbólicas, la manera como se construyen, difunden y reciben en el mundo social, así como el sentido y el valor que tienen para quienes las reciben; es decir, la cultura, su sentido y significado, no rebasó lo ornamental pero requirió constantemente de ser modificado ante la necesidad de la sociedad europea de seguir siendo el eje y rector de un modelo de pensamiento dominante. Así, la Ilustración crea la noción de humanidad universal y dota de abstracción jurídica a los derechos inalienables del ser humano; dicho de otro modo, Europa fue la primera en hablar de la superioridad absoluta del individuo y de su libertad, lo cual traduce que el Siglo de las Luces fue la expresión intelectual y política de mutación que afectó a todos los ámbitos de la existencia colectiva de los europeos: desde las revoluciones técnicas que transformaron la esfera de la producción hasta los procesos económicos y políticos que crearon nuevas clases sociales, nuevas formas de organización del Estado y de legitimación.⁵

No obstante, cabe destacar que las concepciones hasta entonces difundidas de la cultura, al no rebasar su sentido ornamental o de cultivo de los seres humanos, se incorpora un elemento más que le da el papel como transformadora de la vida individual y social. En esta tarea colaboraron al mismo tiempo filósofos, literatos, poetas, hombres de ciencia, críticos y políticos, lo que ocasionó una confluencia de corrientes; en Francia, a través de la Enciclopedia, en la cual cada cosa, cada situación, fue objeto de análisis y de juicio. Los intelectuales pretendían liquidar el orden existente a través de la lógica para construir y reconstruir, así como resignificar la realidad a partir de la razón, lo que para mediados de siglo, significó el distanciamiento de aquella concepción rígida de cultura en su sentido ornamental.

⁵ Cfr. Bessis, Sophie, *Occidente y los otros. Historia de una supremacía*, Madrid, España, Ed. Alianza Ensayo, 2002, p. 41.

A la luz de estos cambios, la dimensión de la cultura se amplía y con ello, las nacientes disciplinas como la antropología, etnología, sociología, entre otras que, habiendo adquirido su autonomía, la incorporan como objeto de estudio que permitiría propagar el modelo dominante de pensamiento de Occidente pero que sin duda, reflejaba una visión poco profunda de la realidad, lo que redujo a la cultura en un sinnúmero de conocimientos superficiales, inconexos y dispersos. Aun cuando comenzara a dejar de verse como algo meramente ornamental, se puso énfasis en la relación hombre-cultura con un valor propio: proyectar. Esto significa que, de alguna forma, el hombre se mostró conceptualmente o conforme a modelos sugeridos por su propio entorno; comienza a tomar significado en la medida que el primero recurre a signos y símbolos de conducta y formas de comprender y entenderse a sí mismo y al entorno en el cual se desenvuelve desde sus propias reglas, pautas de comportamiento, etcétera. Los seres humanos ya no lo ven o aprecian todo desde un pensamiento mítico ó religioso, pues se prioriza una orientación hacia un modelo de pensamiento dominante basado en la razón y el progreso técnico-científico, en el que se considera que es a través de la ciencia que los seres humanos alcanzan un saber profundo acerca de la realidad, tanto en cuanto es lo viable o lo existente.

Lo anterior se tradujo para el siglo XIX en términos de cultura como un proyecto o modelo de vida conforme a las condiciones socio-históricas europeas, que se integra por los valores de orientación y dirección; es decir, un rumbo, un movimiento, pero que a su vez, lo orientan a un fin para otorgar sentido al quehacer humano. La orientación permitiría a toda acción del ser humano asumir una posición, una postura ante la vida y, por esa misma razón, en una dirección artística, religiosa, económica, educativa, social, política y cultural.

En este sentido, la cultura tenía como punto central otorgar al hombre un lugar en el mundo, una seguridad que ha sido punto de referencia para que la identidad de los individuos en una colectividad se fijase en algo tangible e intangible al mismo tiempo y que a partir de eso, se produjese el desenvolvimiento personal y social. En otras palabras, la cultura durante el siglo XIX fue considerada como el vehículo para la manifestación de la vida humana en todas sus facetas, desde las formas más sencillas hasta las más complejas y comunitarias, porque configuró las formas fundamentales de la sociedad en Occidente y la

historia con su conjunto de valores que, en lo general, apunta al término de civilización, en este caso, occidental y que da cuenta de la amplitud de la misma en cuanto manifiesta o hace patente elementos fundamentales de la compleja realidad, al jerarquizar valores que se dice “son comunes en todas las sociedades, pero que al momento de contrastarlos difieren en el sentido y el significado que a los mismos se les atribuye en diferentes sociedades”.

Aquí conviene destacar que, aun cuando Europa se consolidó como el eje y motor de los cambios que se suscitaron durante los siglos XVIII y XIX, ello no quiere decir que haya sido la única visión del mundo, pero fue la dominante. Esto es, prevaleció, a diferencia de otras que se suscitaban en sociedades alejadas de Europa.

1.2 Hombre y Sociedad: la revolución industrial y la revolución francesa como base de una nueva concepción

En esta dinámica de transformación y progreso social se insertan dos movimientos importantes en la sociedad europea; por una parte, la revolución francesa asimila las ideas de la Ilustración, y por el otro, el desarrollo industrial, que marca el avance de la ciencia y la tecnología, abriendo el camino que habría de seguir el nuevo orden social, caracterizado por un proceso que amplía las opciones del individuo y el nivel de bienestar que obtiene en función de libertades políticas, económicas y sociales.

La revolución francesa fue un movimiento de carácter político y social que sacudió a Francia entre 1789 y 1799. Este suceso ha sido uno de los más importantes de la historia moderna porque con él nacieron y murieron instituciones, modos de vida y estructuras sociales. A través de este acontecimiento, la burguesía asciende al poder como grupo dominante y poseedor del control político, lo que le permitió una mayor movilidad social.

En este sentido, la revolución francesa fue una rebelión burguesa de tipo liberal y democrático-nacionalista que se constituyó como uno de los hechos con los que principia la época moderna, cuyos acontecimientos han sido factor de enorme influencia hasta la actualidad, debido a los logros alcanzados con este movimiento que, en su mayoría, fueron de carácter político, tales como la destrucción de los privilegios feudales, la *Declaración de*

los Derechos del Hombre y del Ciudadano, la secularización de la iglesia y la *Constitución de 1791*, que tenían como base el lema de “libertad, igualdad y fraternidad”. Por su parte, la revolución industrial “se refiere a los cambios económicos y sociales iniciados en Gran Bretaña durante las últimas décadas del siglo XVIII, y la difusión al continente y a otras partes del mundo durante los siglos XIX y XX.”⁶

La industrialización permitió básicamente cinco cambios importantes en las economías de las sociedades occidentales: a) nuevas fuentes de energía; b) la centralización del trabajo en las fábricas; c) las manufacturas y la producción en gran escala; d) la especialización laboral y; e) la introducción del trabajo o empleo asalariado. Estas modificaciones significaron el paso de la producción artesanal a la realizada por grupos organizados en fábricas utilizando maquinaria, lo que generó un continuo desarrollo económico y por ende, el paso de una sociedad rural a una urbana, antesala del rápido crecimiento de la población. La revolución industrial representó la transición de la sociedad feudal a una sociedad burguesa-mercantil que rompe con la estructura social vertical caracterizada por la dualidad dios-hombre, para dar paso a la idea del individuo. El capitalismo iniciaba una nueva era.

Esta transformación económica no tuvo lugar en todos los países al mismo tiempo, sino que unos siguieron a los otros, según un orden establecido por factores económicos y políticos. Algunos países como China, no experimentaron la evolución industrial hasta tiempo después; en cambio, había comenzado en Inglaterra en la segunda mitad del siglo XVIII, debido a que tenía instituciones políticas favorables para un rápido desarrollo económico: el comercio interno era libre; su posición geográfica y clima eran apropiados; tenía gran experiencia en el comercio exterior, estrechas relaciones con América y carbón en abundancia. Este último factor no pesó en las primeras etapas, pues los grandes inventos mecánicos que habían dado impulso a la industria textil trabajaban con fuerza hidráulica. Por esta misma razón pudo Francia alcanzar un desarrollo industrial tan grande antes de la revolución de 1789, ayudada por su comercio exterior, superior entonces al de Inglaterra. Pero cuando una serie de inventos hicieron del carbón la principal fuente de fuerza mecánica, Francia quedó rezagada. A mediados del siglo XIX, Inglaterra producía siete veces más carbón que Francia y más que todo el resto del mundo.⁷

Es decir, la revolución industrial coincide con el establecimiento del capitalismo manufacturero como sistema económico dominante en el mundo, que se diferencia de los

⁶ Harrison B. John. *et.al.*, *Historia universal contemporánea*, México, Mcgraw-Hill, 1995, p.71.

⁷ *Enciclopedia Cumbre Ilustrada*, Vol. XII, México, Editora Mexicana, 1987, p. 58.

anteriores por la reinversión de las ganancias como capital, lo que provocó un desarrollo industrial rápido y extensivo. Esta transformación tuvo lugar al momento que se generaliza el uso de la energía hidráulica en talleres y fábricas, y más tarde se emplea el vapor, lo que permitió la incorporación de maquinaria más grande, pesada y eficiente. La invención de estas máquinas junto con la creación del motor de combustión, los barcos de vapor, los ferrocarriles y la electricidad, en el siglo XIX detonó un proceso de cambio social inimaginable hasta entonces. De tal suerte, que es entre los siglos XVIII y XIX, cuando se comienza a diferenciar entre la técnica y la tecnología, de tal manera que tiende a consolidar el modelo dominante europeo cuyo principal punto de partida es:

“...el modo como el hombre ha construido su propia vida empezando desde la simple recolección de elementos hasta la época actual en que el hombre explota mecánicamente una multitud de recursos y de un modo tal, que cada vez son mucho más los procesos de la naturaleza que se encuentran a su servicio [...] Cada una de las etapas de progreso esta señalada por la introducción de una nueva técnica basada en una comprensión más profunda de la manera como actúa la naturaleza[...] La mayor parte de los avances técnicos se han debido a las necesidades económicas y sociales; han sido realizados por los mismos trabajadores, al perfeccionar su trabajo y mejorar sus instrumentos tradicionales. Al principio no existía la ciencia tal como ahora la conocemos. En realidad esta surgió de la tradición social común de los artesanos en una forma ya reconocible, al principio de la vida urbana, o sea de la civilización.”⁸

Es así que, en esta etapa, vemos un campo de aplicación de la ciencia y posteriormente de “las ciencias” mucho más amplio, es decir, los procedimientos prácticos de aquellos siglos implicaron tanto el conocimiento de las operaciones, como el manejo de habilidades, las herramientas, los conocimientos técnicos y la capacidad inventiva del ser humano.

El individuo del siglo XVIII surge y se consolida a partir de su relación con el medio que se caracteriza por ser consciente, reflexiva, inventiva y fundamentalmente individual. Sólo los humanos son capaces de construir con la imaginación algo que luego pueden concretar en la realidad. Lo que en términos de progreso y bajo el modelo dominante en expansión, la

⁸ Bernal, John D., *La ciencia en nuestro tiempo*, México, Ed. Nueva Imagen, 2007, p. 424.

técnica “lo artesanal”, sobrepasa la idea de la satisfacción de las necesidades elementales del hombre para pertenecer al orden de la cultura.⁹

“Las mayores transformaciones características de la revolución industrial son, otros tantos productos del ingenio de los hombres manufactureros bajo el impulso económico de la ampliación de los mercados, la escasez resultante de los materiales tradicionales y los embotellamientos de la producción debidos a la falta de trabajadores. Esto fue posible solamente por el capital disponible para la construcción de nuevas máquinas. El progreso, el interés y el rendimiento de la nueva maquinaria sirvieron para atraer la atención de los científicos y propiciar el fomento de sus actividades por parte de los capitalistas [...] El dominio de los hombres prácticos, los mecánicos, y de sus patrones los capitanes de industria, se mantuvo durante el siglo XIX. La revolución industrial esta relacionada con la fragmentación que se da en las ciencias donde con esta se descubre el método de la ciencia lo que equivaldría a decir que es el momento en que se puede hablar de lo artesanal o lo técnico, mientras que para el siglo XX se hace referencia a la tecnología cuando la ciencia domina a la industria y a la agricultura.”¹⁰

La revolución industrial¹¹ no sólo modificó el ámbito económico en las sociedades europeas sino también en la esfera social, al convertirse la burguesía en la clase dominante y los obreros y campesinos en la clase dominada; en consecuencia, sus percepciones de la realidad impactaron en la cultura, a tal grado que se buscaron alternativas¹² de explicación ante el nuevo orden. Tanto la revolución francesa como la revolución industrial se desarrollaron a partir de un libre juego de creencias acerca del mundo y de cómo debía ser, que se extendió más allá de Europa.

“Europa occidental es el resultado de una historia específica en la que se combinan de un modo constante tradiciones y rupturas. Es la justificación de los esfuerzos conducentes a afirmar la permanencia de los valores de la civilización europea en una

⁹ A partir del Renacimiento, la técnica en Occidente se desarrolló en forma acelerada, contribuyendo a cambiar la faz del mundo. Si bien la expansión geográfica de la civilización occidental -desde su cuna en Europa hacia prácticamente todo el planeta-, respondió a consideraciones de orden político, social y económico entre otros, fue factible gracias a los adelantos técnicos que permitieron el gran despliegue de poder y eficacia que posibilitó a Europa imponer su poderío y su cultura en el mundo.

¹⁰ *Ídem.* p.425.

¹¹ Cabe resaltar que a la par que se desarrolla la revolución industrial, se da la Independencia de las colonias Británicas, que marca una evolución distinta de la sociedad americana respecto a la británica en particular, y de la europea en general. Cuando los emigrantes llegaron a América se enfrentaron a condiciones distintas de las europeas que condujeron a un nuevo orden socio-político y cultural. Sin embargo, dichos cambios no eliminaron el orden europeo de la época, pero lo modificaron de modo que reflejara las ideas de la Ilustración. Muchos autores sitúan, cronológicamente, en primer lugar a la revolución francesa y no a la independencia de las trece colonias, en virtud de que toman en cuenta el desarrollo de los pueblos más avanzados o conocidos. En esta investigación no se pretende un recuento histórico cronológico, sino que se aborda el proceso socio histórico que nos permite entender y explicar la cultura.

¹² *Cfr.*, Vázquez S., Ma. de la Luz, *Historia de la cultura*, México, D.F., Ed. Thompson, 2005.

época y en un mundo donde las pasiones y los dogmatismos parecen coligarse a veces en contra de lo que Europa ha gestado y aportado”¹³

La transformación de Europa implicó la resignificación del individuo frente a aquellos valores, instituciones y estructuras de la época, donde a su vez, todo era respetado pero también discutido: la noción del hombre, ideas como las de humanismo, liberalismo y sociedad industrial encontraron un matiz distinto desde el momento en que son colocadas en el contexto europeo.

Para las sociedades europeas, surgía un nuevo mundo, en el cual prevalecería la actitud científica que, hacia el siglo XIX, respaldará la idea de que la ciencia es un factor de la cultura en tiempo y espacio definidos y que solamente cuando los demás factores están acordes con la sociedad, ésta puede gozar de ‘beneficios’. Es decir, a partir del siglo XVIII, se comienza a insistir en el conocimiento como fuente de *utilidad* y adquiere importancia social, lo que permite una relación más estrecha entre la ciencia y la técnica. Así, a finales del siglo XVIII y principios del XIX, tanto instituciones políticas como sociales, descansan en una base formada por la tecnología y ya no por la técnica, o aquello producto del empirismo. Ahora el conocimiento es fuente de saber y poder, un conocimiento “al servicio de la sociedad”.

Frente a este ambiente que comienzan a vivir las sociedades europeas, muchas de las ideas en torno del hombre y la sociedad se modificaron o transformaron. Ejemplo de ello es la separación entre lo que se entiende por cultura y por civilización,¹⁴ y que fue trascendental para forjar la idea de que Europa occidental representaba una civilización avanzada producto del desarrollo comercial y naval principalmente, basados en la ciencia y la tecnología, es decir, tanto en aspectos de forma como de contenido que configuraron la idea de Occidente como único portador de cultura y progreso humano y, a su vez, esta posición le daba autoafirmación como centro de otras culturas.

¹³ Delmas, Claude, *La civilización europea*, México, FCE, 1984, p.12.

¹⁴ A partir del siglo XVIII y entrado el XIX se establece la diferenciación entre ambos de la siguiente manera: la cultura se refería al cultivo de las facultades intelectuales, mientras que civilización se reservaba para denominar al desarrollo económico y tecnológico de las sociedades, es decir hacía alusión a lo material.

Cabe destacar que existió un momento en que civilización y cultura se consideraron como equivalentes y fueron utilizados sin distinción alguna. No obstante, aun cuando fuesen apreciados como sinónimos, contenían elementos que los diferenciaban. Por un lado, a la noción de civilización se le relacionó estrechamente con el conjunto de quehaceres humanos encaminados a alcanzar 'el bien común'. Mientras que la de cultura aludía al conjunto de estructuras materiales e ideológicas desarrolladas a partir de las capacidades y habilidades del individuo. Por lo que contempla tanto aspectos físicos como espirituales del ser humano; es decir, la cultura se entiende entonces como un todo complejo y dinámico que ha permitido que las sociedades vayan modificándose o transformándose con base en las ideologías de los diferentes grupos sociales.

Por tanto, la cultura se convierte en un elemento de identidad de formas de vida, creencias y prácticas pues, aunque propiamente no se aludía a ella como tal, su proyección indicaba un punto de referencia de una determinada colectividad. La apropiación de la misma revelaba un cambio en la mentalidad de los europeos cuando importaba sentar las bases al interior pero fundamentalmente, al exterior; es decir, mostrarse ante el mundo como un conjunto de civilizados ubicados en la cúspide de la humanidad entera.

Quien recupera de manera significativa esta perspectiva es Alemania; la clase intelectual usó el término cultura como una forma de expresión que identificaba la unidad del ser característico del pueblo alemán, dividido en principados y cortes con distintas tendencias políticas y religiosas. Comienza así a pensarse a la *cultura alemana* ya no como forma de refinamiento y conocimiento superiores, sino como la forma o manera de ser característica que unió al pueblo alemán, producto de fuertes influencias históricas que hundían sus raíces en los recuerdos de un pasado común, remoto y épico. Es decir, la noción de cultura pasó a representar la unidad y la fortaleza de esa nación, cuando no de la Europa entera, ante la diversidad de corrientes existentes en torno del estudio de la cultura.

A diferencia de la concepción alemana que recupera a la cultura a partir de una visión que aludía a una historia particular pero susceptible de ser extensiva a la humanidad en su conjunto; la perspectiva francesa entrañaba un destino común para toda la humanidad, que

se lograría a través del progreso constante y creciente, identificándola como el conocimiento y el goce de las manifestaciones más refinadas del quehacer humano, que influenciaba al mundo europeo que se abría a la modernidad.

Estas dos principales corrientes, la francesa y la alemana, fueron las que prevalecieron al interior de la sociedad europea y permitieron parte de la consolidación del modelo de pensamiento dominante y con carácter expansivo. La propuesta francesa, si bien había comenzado a gestarse durante el siglo XVIII, contemplaba una concepción progresista de la historia mientras que la alemana, una visión relativista que se sustentaba y defendía la validez y riqueza de todo sistema cultural y negaba las valoraciones éticas o morales que no fuesen las de la cultura estudiada.

Ambas corrientes ganaron prestigio en la sociedad europea y cada una tendía a desarrollarse de acuerdo con la nueva dinámica y evolución de la ciencia la cual, comenzaría a concebirse como la “novedosa herramienta” para justificar la necesidad de Occidente de adquirir validez como unidad.

“La ciencia fue una de las mayores inspiraciones [a partir de] la época del despotismo ilustrado. Paradójicamente suministró al mismo tiempo un nuevo instrumento intelectual para la crítica del antiguo régimen y un medio práctico para la regeneración de la humanidad, a través de la industria transformada por las máquinas. Así fue como se produjo una enorme explosión científica y técnica que, tanto por su intensidad como por su conciencia y su elevado nivel, produjo en la sociedad un efecto que no tenía precedente alguno en el mundo”.¹⁵

A partir de este momento, será el “instrumento” que conforme a las ideas de prosperidad y progreso ilimitado, adquirirá una dimensión social mucho más amplia, puesto que se rompe por completo con el orden feudal y porque con la burguesía, Europa, refleja el ascenso de la misma estrechamente ligada al capitalismo. Un capitalismo “*aliado con la ciencia*”, donde el hilo conductor será la industrialización.

1.3 La ciencia como elemento imprescindible en la reconfiguración del estudio de la cultura: una nueva concepción toma forma

¹⁵ Bernal, John D., *La ciencia en la historia*, México, Ed. Nueva Imagen, 2005, p.514.

La nueva dinámica que impregnaba la ciencia en todos los ámbitos y que ponía la fe en los adelantos que se iban generando, imprimió en toda Europa un sello distinto de concebir al hombre, a las sociedades y, por ende, a la cultura, lo que dio cuenta de *un nuevo orden* que se consideraba, sería mejor que el anterior. Este nuevo orden, implicó la posibilidad de reducir “el mundo” a un único punto de vista y a partir de él, manejar todos los ámbitos habidos y por haber. Ya no se concibe como un orden significativo, ahora es un mecanismo “desespiritualizado” en la medida que todo puede ser captado por conceptos y representaciones construidas por la razón. Todo fue posible organizarlo según aspectos específicos de validez que pudieron institucionalizarse con la ciencia, y más tarde con “las ciencias”.

En este sentido, es la sociedad liberal industrial la que se constituye -desde esta perspectiva- no sólo en el orden social deseable, sino en el único posible a partir de la creación de una especie de *código estricto de integridad y de unidad* para los grupos, los individuos y las sociedades en general, que posiciona al hombre como el único capaz de someter la vida entera al control absoluto bajo la guía segura del conocimiento.

Dicho código estará respaldado en todo momento en elecciones individuales y acciones colectivas que darán cuenta de un mundo lleno de contradicciones, y requerirá cada vez más del establecimiento de formas de cohesión social “más efectivas y agradables”, a través de la creación de similitudes que refuercen las condiciones de existencia de los individuos. Esta tarea quedará en manos de la ciencia, en la medida que ésta le confiera al progreso una imparable efectividad en diversos ámbitos, mediante el desarrollo tecnológico. Si bien en el pasado ciencia y técnica marcharon separadamente sin complementarse, ahora la técnica utiliza al conocimiento científico para enfocar y resolver determinados problemas técnico-sociales dentro de cierto marco sociocultural y económico.

En este momento, a través de la ciencia todo parece ser concreto, preciso pero también perfectible. La ciencia permitió moldear un nuevo modelo de vida cotidiana, de comprensión de la historia, del hombre y de su entorno. Es decir, a partir de la ciencia se proyectó un progreso distinto que conduciría al mejoramiento de las condiciones sociales

mediante la “razón” como acción humana, y la tecnología como instrumento para alcanzar dicho objetivo. Así, el dominio científico auguraba una serie de ideas, creaciones e innovaciones que darían sentidos distintos al quehacer y realidades humanas, en donde el desarrollo de formas de organización social y de pensamiento racionales prometían la liberación absoluta respecto de las irracionalidades del mito, la religión, la superstición, así como del “lado oscuro” de la naturaleza humana.

La ciencia, entonces, más que como ciencia, se le asignó un papel de “componente” para perseguir la innovación tecnológica -la creación o modificación de un objeto- en aras de transformar y consolidar tanto instituciones como estructuras políticas, sociales y culturales modernas, ahora de la mano del capitalismo industrial. Es por ello que la ciencia se convirtió en mercancía al servicio del capital y de un progreso material que muchas veces, en nombre del hombre, niega al hombre mismo. Así entonces, las sociedades, en constante y compleja transformación, se desdibujan al tiempo que se reconfiguran dando paso a una sociedad ahora anclada ya no sólo en la ciencia en términos abstractos, sino también en su uso práctico que, contrariamente a lo que pensaban los iluministas, no había conducido automáticamente al ser humano hacia el progreso.

En este contexto, anteriormente la ciencia aludía a un campo limitado exclusivamente a la astronomía y a la navegación con el objeto de obtener información acerca de la naturaleza, a través de diversos instrumentos y del análisis matemático; no sucede así al momento en que la ciencia moderna, aliada con el capitalismo, vincula el saber artesanal medieval con el saber teórico abstracto que permitió caracterizar a Occidente como un todo alejado de lo tradicional en términos del trabajo a partir de la fuerza física del hombre, para dar paso a la incorporación de las máquinas como un medio y no como un fin en sí mismo¹⁶. Este hecho

¹⁶ Es decir, mientras que el siglo XVIII se había caracterizado por la extensión de la fuerza física del hombre representada a través de máquinas, artefactos y productos elaborados de forma manual o artesanal, para mediados del XIX la ciencia había impactado de manera decisiva en la transformación de la producción a través del uso intensivo de la energía, la maquinaria y los productos químicos, con lo que se comienza a diferenciar entre aquellos aspectos de carácter científico de los técnicos, es decir, empieza a sustentarse sobre aspectos científicos lo que se hace, produce, desecha, cambia o transforma, por lo que la ciencia no corresponderá únicamente al pensamiento y acumulación de conocimiento sobre hechos o acciones abstractas, sino que será el pensamiento llevado continuamente a la práctica y renovado por ella lo que permitirá introducir y generar útiles invenciones, así como mejoras mecánicas aplicadas-en principio y de manera inmediata- a las situaciones cotidianas de la vida.

modificó completamente la vida cotidiana de los individuos y el papel que la ciencia vendría a desempeñar como elemento social y colectivo.

De lo anterior se desprende que el período en que nacen el capitalismo y lo que se conoce como ciencia moderna, es el de mayor importancia por su amplitud, sus efectos y sus resultados, pues fue el momento en que se transformó la vieja industria gracias a la incursión de la ciencia en aspectos no considerados con anterioridad, tales como la electricidad, la mecánica, la óptica, el magnetismo, la química, la metalurgia y la biología. Es decir, la ciencia muestra su eficiencia y eficacia al determinar las directrices científicas e industriales, que de ahora en adelante, habrían de seguir las sociedades. Dichos criterios son los que caracterizarían la propagación del pensamiento dominante sustentado ahora por la interacción entre la técnica, la ciencia y la economía, donde la ciencia se convierte en parte fundamental de la vida económica.

“Si el siglo XVIII descubrió la clave de la producción, el siglo XIX encontró la de la comunicación [...] En dondequiera se propagó el industrialismo, quedaron destruidas las relaciones sociales feudales [...] Toda la iniciativa económica y política quedó en manos de la nueva clase de empresarios capitalistas [...] fue en este ambiente donde la ciencia adquirió la amplitud de sus actividades y su importancia.”¹⁷

Es a partir de este momento cuando la ciencia adquiere un lugar de primera importancia pues su influencia se dejó sentir en todos los ámbitos de la vida social, desde la política, la evolución intelectual, las concepciones que se tenían de la sociedad respecto a su entorno, hasta cuestiones más específicas como la prevención y tratamiento de las enfermedades o el desenvolvimiento de las instituciones académicas, entre otros.¹⁸

Esta nueva actitud respecto de la ciencia es, sin duda, lo que mejor caracterizó a la sociedad decimonónica sustentada en el aparato técnico y tecnológico de producción, ya no visto como la suma de instrumentos, aparatos o herramientas con efectos sociales o políticos, sino ahora como un sistema que se expande a tantas esferas y rubros como sea posible,

¹⁷ *Idem.* p.514.

¹⁸ Vemos entonces como el racionalismo enciclopédico, el movimiento científicista, las transformaciones de las instituciones políticas y sociales, son hechos que confirman el influjo del concepto ilustrado de la razón científica como una parte esencial en el proyecto de Occidente.

incluido el cultural, al grado que determinará no sólo las ocupaciones, aptitudes, actitudes y valores socialmente necesarios, sino también las necesidades y aspiraciones individuales. De aquí en adelante la ciencia será concebida como instrumento esencial en el progreso humano que, institucionalizada a través de la academia y apoyada por los círculos de poder político, será una pieza clave de cambio social, aunque no accesible para todos ni de manera igual.

“Este nuevo tipo de científicismo, tendrá como elementos principales: la experimentación y el análisis matemático, más que la razón científica abstracta, y se convertirán en la nueva guía de las ciencias humanas y hasta de la creación artística”.¹⁹

Lo anterior revela que, al converger la ciencia y la tecnología cada vez con mayor frecuencia, se abre paso a la construcción de *un único modo social que alecciona* a los individuos en todos los ámbitos, desde las relaciones económicas hasta la conducta moral, las concepciones culturales y la estructura del carácter, lo que deja entrever el gradual y creciente *“avance del poder del hombre sobre la naturaleza y sobre sí mismo”*. Ante esto, todos y cada uno de los individuos tendrán que trabajar arduamente en un mundo cada vez más competido, hecho que delinea un cambio en la dirección del progreso. Es decir, se le imprime una connotación distinta a la ciencia, dado que permite la exploración y creación de procesos e ideas nuevas con el objeto de alcanzar la entonces tan anhelada *libertad humana*.

El elemento para alcanzar dicha libertad es el conocimiento científico expresado -cada vez más- a través de la tecnología. De ahí que *la ciencia será útil en la medida que dé paso a la tecnología; pero, será el conjunto de sistemas de acciones basados en conocimientos y guiados por criterios pragmáticos de eficiencia y utilidad, es decir la técnica, lo que capacitará al ser humano para ejercer dominio y control absoluto de la naturaleza*. Dicho de otro modo, la ciencia moderna, a diferencia de la teoría antigua, tiene aún más presente la voluntad de poder y de dominio del ser humano, la idea de que progresa y, donde todo

¹⁹ Villacorta Baños, Francisco, *Culturas y mentalidades en el siglo XIX*, Madrid, España, Ed. Síntesis, 1993, p. 60.

aquello que va creando, modificando o transformando es para su seguridad, bienestar y calidad de vida.²⁰ Sin embargo:

“El nuevo mundo que nacía, además de la admiración, inspiraba un respeto que rozaba el miedo. Las grandes fuerzas desencadenadas, las máquinas en marcha, las visiones desveladas, eran signos de destrucción y de fantasmagoría tanto como de progreso.”²¹

Así, se vislumbraba un nuevo escenario físico y social que dotaba la vida del hombre de facilidades y comodidades nunca antes experimentadas en otras épocas de la historia. Por lo tanto, ahora las sociedades son capaces de ser todo lo imaginable o posible, *pero en el fondo ignoran lo que efectivamente son*. El nuevo o actual hombre europeo *soporta*, rodeado de una inusitada riqueza tecnológico-material, de la imaginación suficiente para inventar el argumento de su propia vida. En este momento, la idea del individuo ya es la idea de un hombre fragmentado que pasará a constituir el más claro ejemplo de cómo la civilización del último siglo, abandonada a su propia ideología, se ha traducido en términos de la ciencia, que ya no únicamente de la técnica, por lo que la primera será una de las cosas más elevadas que el hombre hace y produce, porque ahora la ciencia es creación. La ciencia será una de las cosas más altas, pero no la única.

“...han roto en pedazos al hombre europeo (...). Europa está hecha pedazos (...) resultado de la invisible fragmentación que progresivamente ha padecido el hombre europeo (...). Hay que reconstruir con los pedazos dispersos –disiecta membra– la unidad vital del hombre europeo. Es preciso lograr que cada individuo o –evitando utopismos– muchos individuos lleguen a ser, cada uno por sí, entero ese hombre.”²²

Por tanto, se deberá “*conservar en este paso a otra parte*” no el sentido de la cancelación, de la negación o el rechazo, sino más bien el de una nueva manera de ver el mundo, la religión, la sociedad, la naturaleza, el hombre, la cultura, la razón y la ciencia; de ellas, ésta última no admite la posibilidad de que las cosas sean de otra manera de como a ella parecen posibles. *Todo puede ser representado y convertido en transparente para la razón y por*

²⁰ En una sociedad, cualquiera que esta sea, en primer lugar se desarrolla un conocimiento técnico, el cual es necesario para desarrollar un conocimiento científico, esa técnica enriquecida con el conocimiento científico se transforma en tecnología, que a su vez permite un mayor desarrollo científico al establecerse una relación bidireccional entre ambas, donde ciencia y tecnología se nutren mutuamente.

²¹ Jonson, Paul, *El nacimiento del mundo moderno*, Buenos Aires, Argentina, Ed. Grupo Zeta, 2000, p. 638.

²² Ortega y Gasset, J, *Obras completas*, Madrid, España, Ed. Alianza, 1983, p.123.

ende para la ciencia. Sin embargo, el conocimiento no será lo que se encuentra, sino lo que se conquista, se adquiere y se reclama. Así, la cuestión es que la confianza ilimitada en la ciencia hace referencia a las posibilidades de apropiación del mundo físico por parte del hombre, idea que lo aleja de ser la fuente última y única de valores.

Este nuevo escenario reflejó no sólo el cambio de instituciones sino también la manera de enfrentar al mundo e incluso, la concepción del hombre mismo, porque ahora el hombre “es de la estatura de Dios” en la medida que se apropia de su entorno haciendo uso de los conocimientos científicos y tecnológicos que ha ido creando a lo largo de su historia. El nuevo hombre, el hombre moderno, ya no se organiza por un solo principio “un principio divino” sino que se constituye como una amalgama de tres ámbitos: la estructura tecnoeconómica, regida por la eficiencia y la utilidad; el orden político, orientado hacia la igualdad; pero sobre todo, pone a la cultura dirigida hacia la autorrealización, dando énfasis en intentar que *todo encaje en un único orden consciente y racional.*

La conjugación de estos tres ámbitos admitió una gran diversidad de interacciones e interrelaciones entre los individuos así como entre las sociedades, trayendo consigo una realidad cultural distinta, ahora en estrecha relación con la tecnología. Por tanto, las explicaciones que de la dinámica cultural se den o se generen ya no se ubicarán, en sentido estricto, en posturas progresistas o relativistas como las propuestas en la Europa occidental del siglo XVIII, ahora son indispensables perspectivas que contemplan a la diversidad de relaciones y estructuras de las sociedades. Sin embargo, dichas perspectivas -en este momento- no estarán distanciadas, separadas o alejadas de aquella a partir de la cual, se puede “medir y juzgar” cualquier patrón o dinámica cultural, pues esto se hará en términos del más o menos avanzado.

Este es el momento en el que la “superioridad evidente” de dicho modelo de organización social permanece como el eje articulador central de la sociedad industrial; la cual, ostenta una visión universal de la historia asociada a la idea de progreso -a partir de la cual se construye la clasificación y jerarquización de los pueblos, los continentes, y experiencias históricas-; el establecimiento irrevocable de las relaciones sociales y la naturaleza humana

de la sociedad liberal-capitalista; la constitución de múltiples disociaciones propias de esa sociedad, la necesaria superioridad de los saberes que produce dicha sociedad (ciencia) sobre todo otro saber y la creación e innovación científico tecnológica.

Esta construcción, que se piensa instituye la totalidad del tiempo y del espacio a toda la humanidad a partir de la experiencia europea, y que coloca su especificidad histórico-cultural como patrón de referencia superior y universal, proporcionará una forma de organización y de ser de la sociedad, sustentada en la noción del carácter objetivo y universal del conocimiento científico, conocida también como la cientifización de la sociedad liberal.

Lo anterior, respondía a la necesidad de ordenar e instaurar la lógica de la “civilización” conceptualizando prácticas económicas, políticas, sociales pero sobre todo culturales, orientadas hacia el control racional de la vida humana; sin embargo, ello requeriría un tratamiento específico de los diferentes ámbitos en los cuales se desenvolvían los seres humanos. Dicho tratamiento siempre estaría basado en el desarrollo de una ciencia objetiva, una moral, una cultura universal, y una ley; y cada uno de estos elementos estaría regulado por lógicas propias. Estas sucesivas separaciones se articularán con aquellas que sirvan de fundamento al contraste esencial que se establece a partir de las nuevas condiciones que vaya creando el modelo liberal de organización. Tal apreciación se vio reflejada al momento de comenzar a hablar de “las ciencias” a finales del siglo XIX, pues ahora todo será recuperado desde distintas perspectivas, priorizando diversos aspectos pero siempre apegados a lo científico, como es el caso de las Ciencias Sociales.

1.4 El surgimiento de las Ciencias Sociales: su importancia para la Cultura

Este es el contexto histórico-cultural que impregna el ambiente intelectual en el cual se da la constitución de las ciencias sociales como tales, principalmente en los cinco países liberales industriales: Inglaterra, Francia, Alemania, Italia y más tarde Estados Unidos donde, con la preponderancia que se le da a la razón y a la ciencia, al desarrollo científico-tecnológico y, con la llegada del capitalismo como sistema económico, se contempla a las

“nuevas ciencias” como las que asegurarían el conocimiento “objetivo de la realidad”, descubriendo las leyes que gobiernan la vida social humana para comprender, explicar y controlar su lógica. Es decir, serán las Ciencias Sociales pieza fundamental y constitutiva del proyecto dominante y en expansión de Occidente, que ahora rebasa los límites geográficos de Europa.

En este sentido, es a través de las Ciencias Sociales que se crea una plataforma de observación científica sobre el mundo de lo social, pues la reestructuración de la economía bajo el capitalismo, la redefinición de la legitimidad política de los Estados, la identificación del carácter y los valores peculiares de cada nación, demandaban una representación científicamente avalada sobre el modo como “funcionaba” la realidad social. Por tanto, las clasificaciones, conceptualizaciones, jerarquizaciones o categorizaciones que se elaboraran a partir de las Ciencias Sociales, no se limitarían a la fabricación de un sistema abstracto de reglas, sino que tendría consecuencias prácticas debido a la necesidad de “ajustar” la vida de los hombres al aparato de producción. Resultaba necesario *disciplinar las pasiones y orientarlas hacia el beneficio de la colectividad a través del trabajo*. De lo que se trataba era de ligar a todos y cada uno de los individuos al proceso de producción e industrialización mediante el sometimiento -de su tiempo y de sus acciones- a una serie de reglas, normas, patrones, conductas definidas y legitimadas por el conocimiento.

Así, las Ciencias Sociales se perfilaban como el aval respecto de cuáles son las “leyes” que gobernarían la economía, la sociedad, la política, la historia y tantas más, pero que también indicarían a los individuos cuál debería ser su comportamiento en las más diversas situaciones de la vida, pues *de la obediencia fiel a tales normas dependerá el mayor o menor éxito de los individuos, como de las sociedades industriales y científico-tecnológicas*. De aquí en adelante, todo acto del hombre ya no se asegurará mediante un control sobre el tiempo, las instituciones, las fábricas o la academia, sino a partir de la producción de bienes simbólicos y por la “atracción irresistible” que estos ejercen sobre los individuos.

En otros términos, las Ciencias Sociales figuran como vía para monopolizar el campo mismo de la verdad, de tal modo que la verdad sería la verdad científica o probada con métodos científicos. Sin embargo, para algunos pensadores e incluso científicos de la época, ello también denotaba que se habían dejado de lado *los sentimientos y las cosas importantes de la vida*, y que la ciencia no tenía la respuesta para las grandes preguntas sobre el sentido de la misma: ¿quienes somos? ¿de donde venimos? y ¿adonde vamos? El debate era que, mientras las Ciencias Naturales habían seguido sus actividades de forma separada de las Ciencias Sociales, éstas últimas no habían logrado, hasta ese momento, convencer de su eficacia para aplicar los métodos de la ciencia natural a los asuntos de los que hasta entonces se habían ocupado las humanidades. Pese a ello, con las Ciencias Sociales se elaboran conocimientos sistemáticos sobre las modernas sociedades complejas y su éxito mundano es innegable, pues reflejaron también los intereses sociales y de los grupos de poder.

“...las Ciencias Sociales basadas firmemente en la lógica utilitaria parecían haber quedado establecidas en definitiva.”²³

Ahora todo aquello que fuese recuperado por las Ciencias Sociales -sin restar importancia a las Ciencias Naturales- se encontraba bajo lineamientos liberales, supuestos sociales e ideas científicas que las hacían aceptables por la clase dirigente de la época, pero que a su vez tenían una influencia profunda sobre todas las otras formas humanas de pensamiento y de acción, tanto en el terreno filosófico como en el político, el religioso, el artístico y por ende, en el cultural. Y es justamente por ello que coinciden en considerar al capitalismo como el fundamento y sustento más apropiado para la sociedad que debía perdurar indefinidamente; de este modo, la clase dirigente forjaría una ideología para suministrar el conocimiento y la inspiración para conquistar, controlar, civilizar y poblar continentes.

Lo anterior indica que, del mismo modo que todo acontecimiento social produce transformaciones internas en las ciencias -sean naturales o sociales-, así también, y en forma progresiva, algunas de las transformaciones sociales se consumirían mediante los efectos de la ciencia; qué efectos directos o indirectos serían múltiples y se producirían en

²³ Bernal, John D., *La ciencia en nuestro tiempo*, México, Ed. Nueva Imagen, 2007, p. 276

las condiciones materiales de la sociedad y en las ideas por las que se sostienen y se transforman.

“La ciencias naturales y sociales han tenido, a través de la historia, la función catalítica de ser agentes [...] del cambio social y, en el curso de este proceso, se han transformado ellas mismas. Las trayectorias del desarrollo científico y del desenvolvimiento económico han marchado tan paralelamente en el espacio y en el tiempo, que no es posible considerar que su asociación sea casual.”²⁴

De ahí que las Ciencias Sociales, a diferencia de las Naturales ofrecerán -principalmente a Occidente- consideraciones y estudios que impliquen ciertos juicios de valor, y habrán de analizar y explicar “valores” en un contexto social e histórico específico que no involucrase un grupo de estudios por separado, sino el estudio de una y la misma sociedad que iba desarrollándose. En esta tónica, Occidente se mostraba como rector de un modelo de pensamiento dominante y omnipresente a partir de un sistema estable y compartido de creencias, conocimientos y valores que ligaban al hombre con su entorno y viceversa.

Ciertamente, el progreso que entrañaba Occidente se dio a partir del ritmo que imponían los propios acontecimientos, con una base sólida (valores) permitiendo cambiar el discurso pero preservando la estructura esencial; ejemplo de ello lo tenemos cuando Europa se autodetermina como la civilización que conduciría a la humanidad a la racionalidad. Entonces civilización, para Europa, significó tanto desarrollo superior como espiritual, mientras que en siglos anteriores, el progreso se consideraba en términos de las aportaciones individuales de los intelectuales. Para este momento, dichas aportaciones se ven ampliadas y diversificadas, lo cual permitió que ya no sólo se hablara de “valores universales” en abstracto, sino que ahora existía una dirección basándose en ellos.

En suma, Europa ya cuenta con un patrón de organización social y de configuración ideológica distinto del que hasta entonces se había concebido; es decir, adquiere una identidad específica que irá expandiéndose a partir de las cosas que producía, donde dicha producción tenía que ver con la industria y con la actividad material humana en sus múltiples aspectos, lo que puso de manifiesto la importancia de las Ciencias Sociales y las

²⁴ Bernal, John, D., *Op. Cit.* p. 436.

Naturales como inseparables de la producción de realidades. De ahí que es en esta época cuando se promueven y enfatizan los estudios en torno de la cultura como tal, por el tipo de efectos identificados al interior de las sociedades, relacionados con todos aquellos cambios que se habían venido gestando.

A la par que se desarrollaba el conocimiento en general y posteriormente las ciencias específicas, se conforman dos corrientes en torno de la cultura: la francesa y la alemana;²⁵ sin embargo, con el desenvolvimiento del progreso industrial y científico-tecnológico, dichas corrientes quedaron imbricadas y ello permitió que la cultura fuese abordada, tanto en términos históricos como sociales, para dar cuenta del desarrollo y progreso humanos. Es decir, la organización de la vida social ya no sólo en Europa sino también en otros continentes, producto de las transformaciones derivadas de las dos revoluciones (industrial y francesa), comienza a ser más uniforme y menos diferenciada aunque variase el sentido y significado de la cultura entre los países, pues poseían un punto en común que era la acepción de la cultura -ya para ese entonces- entendida como patrimonio simbólico de un modo estandarizado de pensar y de conocer que se manifestaba materialmente en artefactos o bienes, a través de la conducta social, e ideológicamente en la comunicación simbólica y en la manifestación de la experiencia social en el saber, en las creencias y en los valores. La cultura moderna se define entonces, a partir de:

“...la extraordinaria libertad para saquear el almacén mundial y engullir cualquier estilo que se encuentre. Tal libertad proviene del hecho de que el principio axial de la cultura moderna es la expresión y remodelación del “yo” para lograr la autorrealización. Y en esta búsqueda, hay una negación de todo límite o frontera puestos a la experiencia. Es una captación de toda experiencia; nada está prohibido, y todo debe ser explorado.”²⁶

Es en este contexto cuando disciplinas como la sociología y la antropología²⁷ recuperan a la cultura desde distintas perspectivas para abordar problemas relacionados con la estructura

²⁵ *Vid. supra.* Apartado 1.2.

²⁶ Bell, Daniel, *Las contradicciones culturales del capitalismo*, México, Ed. Alianza Universal, 1994, p. 26.

²⁷ El mencionar a la sociología y a la antropología como disciplinas que recuperaron a la cultura para ser estudiada, no quiere decir que sean las únicas que lo hicieron, sino que son desde mi consideración las disciplinas sociales más representativas desde las cuales se genera una multiplicidad de corrientes o enfoques en torno de la misma, poniendo énfasis en su contenido ya sea histórico, sistemático, funcional o estructural, por mencionar algunos, y cada una expone consideraciones sobre el carácter y significado de la cultura,

social y económica, incorporando el estudio de la cultura junto al principio de los derechos naturales que siguió orientando la vida, ya no sólo de Europa sino del resto de los lugares permeados por las ideas de un modelo dominante, para reconocer a su vez la realidad “histórica” de las naciones y el peso de los intereses sociales de clase.

Así, aun cuando en los inicios del siglo XIX ya se tenía un concepto si bien no único, si mucho más centrado en aspectos del individuo y su entorno, es sin duda en este siglo cuando se amplía más su significado, debido a lo complejo y variado de los elementos íntimamente relacionados con los comportamientos sociales de los hombres durante la época. La cultura es concebida como algo ilimitado en las potencialidades del hombre, y resultaba ser el medio para triunfar en sus objetivos de perfección individual y social basado en su naturaleza racional, en su capacidad de libre albedrío para influir sobre las circunstancias condicionantes de la conducta y de la organización social y, por tanto, inducir el comportamiento humano al objetivo de progreso social. La cultura pertenece definitivamente a la influencia francesa sobre la Europa refinada, pero ahora agrega otros elementos para ser considerados y estudiados durante este siglo, por lo que indica una forma particular de vida, de gente, de un período, o de un grupo humano ligado a la apreciación y análisis de elementos tales como valores, costumbres, normas, estilos de vida, formas o herramientas materiales, la organización social, entre muchos más.

En consecuencia, se aprecia el presente mirando hacia el pasado que le dio contenido, porque cualquiera de los elementos de la cultura nombrados proviene de las tradiciones del pasado, con sus mitos, leyendas y costumbres de tiempos lejanos, de manera que el concepto permite apreciar variedades dentro de culturas particulares como: la cultura de una región, la cultura del campesinado, la cultura de crianza, de la mujer joven, la cultura universitaria, entre algunas de ellas. Esto se entiende como el concepto abstracto de cultura que describe procesos de desarrollo intelectual, espiritual y estéticos del acontecer humano, como cuando se habla del desarrollo cultural de un pueblo o país a partir del progreso intelectual y social del hombre en general, de las colectividades, de la humanidad. En

partiendo de que ésta no es externa a los individuos, sino que les es inherente como seres humanos, creada por ellos, mantenida y explorada mediante la interacción social.

general, esta acepción del siglo XIX en torno de la cultura, se manifiesta como la suma de conocimientos compartidos por una sociedad, que utiliza en forma práctica o guarda en la mente de sus intelectuales; de ello deriva la visión que posee una sociedad acerca del mundo o del universo, incluyendo todas las artes, las ciencias exactas (matemáticas, física, química, etc.) las ciencias humanas (economía, psicología, sociología, antropología, etc.) y la filosofía, teniendo presente que, por mucho que ese pueblo o sociedad sepa del universo, siempre habrá áreas de conocimiento que no posee o desconoce. A partir de esto, la noción de cultura tuvo una marcada connotación, donde la apreciación del presente pensando en el desarrollo o progreso futuro de la sociedad para alcanzar aquello que llamamos el patrimonio cultural de la humanidad o simplemente “la cultura universal”, es central.

En el mismo sentido, además de estos elementos que caracterizaban a la cultura, se incluyó el aspecto del análisis y el psicoanálisis al interior de Occidente. En otras palabras, la cultura también se constituye por todas aquellas presiones intrapsíquicas, de origen social o colectiva, que constriñen la libre expresión del “yo”, repercutiendo en la personalidad de los individuos y por ende, de la sociedad.²⁸ A medida que culminaba el siglo XIX y con él, el fin del colonialismo moderno, se recurre a los conocimientos disponibles para darle un contenido distinto a la cultura aunque no completamente distanciado de las concepciones anteriores, ya no se trata sólo de la suma entre seres humanos y su cultura, pues en el siglo XX se comienza a concebir a los individuos en el marco de otras identidades colectivas, lo que no significa verlo separado del mundo restante; al contrario, este procedimiento implicaría redefinir todo lo que considerase Occidente como "propio", pero ahora a partir de un saber científico acerca de las diferencias de los grupos humanos.

Así, Occidente ampliaba su alcance reconociendo que no sólo Europa tenía historia y lograba un impacto, pero este debía ser resignificado para su conformación. Ello implicó recrear el sentido de la cultura con una interpretación jerarquizante de las diferencias entre *las sociedades*, lo cual ocasionó que muchas de ellas tomaran -aunque fuera parcialmente- parte de la cosmovisión, de las instituciones y las pautas culturales occidentales, incentivada tanto por el despliegue político militar como por el imaginario social de ser

²⁸ Dilthey, Wilhelm, *Teoría de las cosmovisiones del mundo*, México, Ed. Alianza, 1990, p. 49.

partícipes de aquello que se apreciaba como “moderno”. En esta idea, se perfilaba una identidad con pretensiones universalistas que se formaría a partir de los contrastes o discrepancias frente a otras sociedades, donde Europa y los *Otros* se convirtieron en visiones encontradas -o al menos así lo hizo notar Europa- dentro de un sistema de valores de la civilización occidental, lo que en realidad, en términos de la cultura, se tradujo como un elemento que daba la idea de unidad mental de la humanidad, retomada principalmente por etnólogos y antropólogos, en principio británicos, que manifestaban que la cultura no era otra cosa más que el resultado del devenir histórico de la sociedad.

Al respecto, Darcy Ribeiro señala:

“...las sociedades humanas, en el curso de largos períodos, fueron afectadas por dos procesos simultáneos y mutuamente complementarios de autotransformación, uno de ellos responsable de la diversificación y otro de la homogeneización de las culturas. Bajo la influencia del primero las sociedades tienden a multiplicar sus contingentes poblacionales y a diversificar las entidades étnicas en que éstos se aglutinan así como sus respectivos patrimonios culturales. Sin embargo, el segundo proceso impide que esta diversificación conduzca a una diferenciación creciente de los grupos humanos, y tiende a la homogeneización de sus modos de vida por la fusión de las entidades étnicas en unidades cada vez más inclusivas y por el desarrollo de sus patrimonios culturales a lo largo de líneas paralelas que tienden a la uniformidad.”²⁹

En un sentido analógico, estos procesos simultáneos y complementarios a los que alude Darcy Ribeiro, se dieron de igual forma en las ciencias. Fue gracias a las Ciencias Naturales en un inicio, y al posterior papel de las Ciencias Sociales, que *la creciente proximidad espacio-temporal del mundo* -ahora moderno- estaría estrechamente vinculada al desarrollo científico-tecnológico, donde todo era pensado y creado a partir del modelo de sociedad productivo-consumista acorde con las circunstancias y condiciones marcadas por la nueva línea de crecimiento y desarrollo económicos vislumbrados a partir de los intereses de las economías más avanzadas lideradas por Estados Unidos. Así, un nuevo espíritu recorrería el mundo: las nuevas tecnologías. A su conjuro ambivalente se instigan y se alumbran las esperanzas de *todas* las sociedades. Con esto “culminaba” aquella dura batalla frente a la religión y la filosofía del viejo régimen y sus visiones “falsas” del

²⁹ Ribeiro, Darcy, *El proceso civilizatorio. Etapas de la evolución sociocultural*, Venezuela, Ed. Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, 1970, pp. 20-21.

hombre, la naturaleza, la historia y, por ende, la cultura. Ahora, será mediante las Ciencias Sociales que por fin se pueda conocer “la verdadera naturaleza del hombre, de todos los hombres y su esencia de productores y consumidores”. Y por su parte, las Ciencias Naturales darán al mundo su motor y su sentido con el desarrollo de la tecnología, siendo ésta la que permitirá desplegar las fuerzas productivas hasta llegar a la sociedad de la abundancia ilimitada de bienes simbólicos y materiales, así como de ciertos patrones culturales. Por tanto, de aquí en adelante, la pluralidad y diversidad de culturas existentes en el mundo, sus sistemas de valores y capacidades acuñadas y experimentadas a lo largo de siglos, van a ser medidas a partir de la industria, las ciencias y la tecnología.

Es decir, aquella sociedad que se estaba construyendo y formalizando, estaba cifrada en el saber, en el conocimiento, en la institucionalización de las ciencias, en la conformación de una comunidad científica internacional y, casi inmediatamente, a establecer una conexión entre ciencia y tecnología en el área del sistema productivo, a través de la fábrica y su mecanización y tecnificación. Este contexto particular manifestaba, en definitiva, la consolidación de una nueva sociedad y una nueva cultura, donde el cambio social, aunque diferente en cada país y, dentro de cada uno diverso según regiones, tradiciones y estructuras sociales, sería una constante. En otros términos, la nueva cultura que surgía suponía estructuras diferenciadas y diversas, de complicadas a vastas relaciones, las cuales permitieron el desarrollo de enormes potencialidades para complejizar el proceso de Occidente como una sociedad con transformaciones cualitativas. A partir de este momento, Occidente aparece definido por su carácter científico, tecnológico, artístico y recreativo fundado en una sociedad política.

Esta “nueva” dinámica que se perfilaba como mundial, sustentada en las ciencias como instrumentos y en la tecnología, tendría alcances insospechados, pues mientras en el pasado era posible entender o vislumbrar procesos y costumbres sociales y culturales como un conjunto de fenómenos locales relativamente independientes, ahora la tecnología “parece” hacer del mundo un lugar “único e inseparable” en donde se articulan, cada vez más y de manera compleja, los distintos órdenes de la vida humana. Sin embargo, aun cuando esta tendencia era extensible a todas las sociedades, no parecía ser accesible para todos ni de

manera igual, puesto que existían grandes diferencias y circunstancias históricas que se explicaban a través de factores geográficos, humanos y culturales específicos, como lo es el caso de los Estados Unidos.

1.5 Occidente en expansión: el surgimiento de una cultura basada en la tecnología

Trasladar o llevar el modelo dominante europeo a otras partes del mundo no fue algo que se diera de manera inmediata; las condiciones bajo las cuales se erigió Europa -como modelo a seguir- distaron de ser homogéneas, pues su relación con los *Otros* consistía en la imposición de una determinada hegemonía histórica y en el desarrollo de determinadas relaciones de poder constituyendo, de esta manera, el tiempo y espacio de lo que en su momento se denominó conquista. En este marco, la expansión de dicho modelo en el continente Americano estuvo marcado por formas de multiculturalismo que se presentaban como un conjunto de diferencias entre las cosmovisiones de aquellos que se erigían como el ejemplo a seguir, frente a todos aquellos que no correspondían con dicha connotación, lo que implicó que no se le diese la importancia debida a las diversas y variadas estructuras sociales de otras partes del mundo.

Frente a ello, existen diversos elementos que permiten entrelazar la nueva dinámica que comienza a ser palpable en regiones alejadas de Europa; elementos de fundamental importancia de aquí en adelante serán: la razón y los valores; los límites cognitivos de la ciencia en cuanto capacidad humana; y las limitaciones éticas del quehacer científico y tecnológico como actividad humana. Cada uno de ellos se constituye como pasos sucesivos, en consonancia con el enfoque general del pensamiento dominante de la época. Primero, porque atiende a bases teóricas de la racionalidad científica y de la objetividad de los valores; después, porque considera los factores específicamente cognitivos de la actividad científica, que concibe estrechamente vinculados al progreso tecnológico; y, finalmente porque ofrece una reflexión ética sobre el quehacer científico y tecnológico condicionado por los anteriores.

Es decir, la institucionalización del saber y el quehacer científicos en Occidente mostraron la constitución y el empleo sistemático de la razón y el reconocimiento de las ciencias como parte del acontecer social. En otras palabras, se trataba de reconocer a las ciencias como el conjunto de formas particulares de saber, hazaña “deslumbrante” de la cultura en Occidente. De ahí que las ciencias ofrecían dar solidez a una sociedad avanzada en la cual los cambios que se generaran serían congruentes y compatibles con la economía existente y, por ende, con todas las instituciones sociales. En este sentido, *serán las consecuencias tecnológicas las que asumirán las particularidades de una “fuerza” impersonal y difusa con influencia en la vida social, económica y cultural, con elementos distintivos en cada sociedad, pero con una tendencia a uniformar y a estandarizar patrones y formas culturales en las sociedades.*

Ejemplo de lo anterior, y que resulta esencial al momento de aludir a la cultura y a la tecnología, lo encontramos en los Estados Unidos como nación poseedora de un significado cultural específico en el ámbito del continente americano, pues mientras América Latina se veía influida por las ideas, creencias, valores y formas de proceder de Europa, Estados Unidos, al tener históricamente una relación estrecha con Inglaterra, integraba su país por emigrantes europeos y se centraba en aspectos de orden económico y político venidos, tanto de la revolución francesa como de la revolución industrial, pero ahora bajo características y condiciones diferentes de las que se tenían en Europa.

La pregunta es casi obligada ¿por qué abordar en este apartado a los Estados Unidos? ¿Qué implica su tratamiento al final del presente capítulo, cuando en apartados anteriores no se esbozó? Pues bien, incorporar a la ahora nación más importante desde inicios del siglo XX, se debe a que esta nación emerge “exenta” de todo pasado medieval y funge como un modelo de sociedad en un amplio y fértil escenario rodeado por numerosos descubrimientos científico-tecnológicos, aunado al contexto histórico-social que lo acompañó en su formación, mismo que entraña una multitud de mediatizaciones e instrumentos sociales que generaron tensiones y distensiones, ya no sólo en el territorio propio, sino que esto se extendió a otras partes el mundo.

En virtud de lo anterior, los Estados Unidos, al ser un territorio virgen con una sociedad constituida por inmigrantes -colonizadores- que desde sus inicios funcionó como parte del sistema económico capitalista, aun con sus limitaciones económicas, contaba con recursos humanos de nivel “elevado” constituidos por sectores medios instruidos, de severa formación cristiana, impregnados por la herencia jurídica y política inglesa de clara inspiración antiabsolutista, y celosos, por lo tanto, de sus derechos, lemas que la vida en el nuevo medio se encargaría de agudizar, conformándose así un tipo de sociedad con características singulares y muy *modernas*³⁰

Dichas características se enmarcan en la idea de que existe una unidad que se arraiga en la convicción de compartir un destino común. Existe una gran coincidencia en los usos y costumbres fundamentales, así como en las metas generales, tanto económicas como políticas, curiosamente dentro de una gran heterogeneidad y una dosis elevada de individualismo. Si las metas conducían a las diferencias o a la disociación, los usos y costumbres llevaban a la unión, de ahí que la pluralidad de creencias y situaciones y la necesidad de aceptarlas como normales, impulsó a la sociedad norteamericana a tomar como base de su ideología, la creencia de que *el saber es una herramienta fundamental para la vida*, lo que explica la alta iniciativa, la capacidad de innovación y, en consecuencia, la elevada calidad y productividad del trabajo norteamericano que, a la postre, se extendería a los diversos confines del orbe.

Estados Unidos, que de alguna forma era una extensión de la sociedad inglesa principalmente, fue integrado por una diversidad de mentalidades netamente europeas y dadas sus características espacio-temporales, le permitió la reinención social y cultural de Occidente, caracterizada ahora por ser una sociedad que lejos de buscar nuevos conocimientos o nuevas maneras de ver el mundo, se preocupaba por innovar o aplicar nuevas técnicas, nuevos instrumentos y lenguajes que le permitieran remodelar todos los

³⁰ Los inmigrantes británicos instalaron sus colonias relativamente independientes unas de otras, y con vínculos muy débiles de dependencia con Inglaterra. Un hecho notable fue que la empresa encargada de instalar colonias tuvo su origen en la iniciativa privada, no en decisiones de Estado. Los particulares fueron los que aportaron los fondos necesarios para la emigración: compañías concesionarias, propietarios, filántropos, miembros de la nobleza y los mismos migrantes, que a veces poseían recursos propios para tomar a su cargo la aventura.

rincones de la sociedad pero que, a su vez, exigía nuevos esfuerzos de adaptación, lo que parecía sentar las bases de un *proyecto distinto para Occidente*. Distinto desde el momento que es en Estados Unidos donde todo se lleva a la aplicación práctica pero sobre una base tecno-científica, antes que estrictamente artesanal, derivado de la idea de que *la sociedad moderna* posee dimensiones políticas y económicas “estables”, puesto que ha sido creada y estructurada por necesidades específicas de ciertos grupos de poder. Dicho de otro modo, la sociedad estadounidense ha estado profundamente influenciada por la tecnología y ha adjudicado un valor mucho mayor *al saber cómo, que al saber por qué*.

En otras palabras, el contexto histórico-social de los Estados Unidos comprendió el periodo del capitalismo y coincidió con un ambiente idóneo para el desarrollo de una fuente independiente de estímulo tecnológico; es decir, el ascenso de la actividad consciente de la ciencia aunado al sistema económico, fue lo que vino a facilitar la continua expansión de la investigación científica, dedicada a la exploración de los secretos de la naturaleza y a su control para la utilización social. Asimismo, procuró un estímulo cada vez más importante para el avance tecnológico que, al acercarse el siglo XX, daba cuenta de que la ciencia y la tecnología habían llegado a convertirse en una fuerza sin precedente similar, que hoy es condición indispensable para la subsistencia de las sociedades.

De tal suerte, es en los Estados Unidos donde desde sus inicios, se privilegió el conocimiento científico-técnico (posteriormente científico-tecnológico) y su aplicación en aquellas actividades dirigidas a la satisfacción de necesidades humanas, lo que vendría a constituirse como uno de los elementos que daría sentido a la cultura de las personas y de las sociedades, cuya influencia se comienza a apreciar como el vehículo creado para *instruir hombres en tiempos y lugares con modos adquiridos de pensamiento y acción*. La herramienta, para ello, sería entonces la tecnología, que trasciende su papel como medio práctico hacia un fin determinado: *es un constituyente de la recreación simbólica que hace el hombre de su universo*.

En esta línea, evidentemente parece vano afirmar que la tecnología sea la única responsable de la cambiante visión de la humanidad acerca de la naturaleza, pero es claro que la

tecnología de cualquier época provee una ventana atractiva a través de la cual los seres humanos pueden observar, tanto su mundo físico como metafísico. En ambos casos, se le da a la *tecnología una enorme importancia como una imagen, un modelo, un símbolo o una ventana a través de la cual aproximarse a la realidad*. Pero no queda claro qué peso y hasta qué punto puede esta imagen distorsionar la percepción de la realidad e influir en el juicio que se puede hacer de la misma.

“Nuestra propia cultura tecnológica distorsionará fuertemente nuestras percepciones del mundo. El usuario de tecnología se encuentra enfocado en cierto modo por las herramientas que utiliza. La tecnología impondrá un determinado esquema de prioridades. Si no enfoca hacia algo, causa desatención respecto a otras áreas. Cualquier tecnología crea un nuevo esquema de hábitos mentales.”³¹

Lo anterior deja asentado que fue en los Estados Unidos, a partir de la importancia que se le asignó a la ciencia y a la tecnología, donde se dieron diversos giros reinterpretaivos de la realidad que, posteriormente, adoptarían las demás sociedades ya incorporadas a un modelo de pensamiento dominante, que no se desarrollaron como secuencias históricas sucedidas estrictamente unas después de otras. En otro orden, dichas reinterpretaciones se fueron entrecruzando en el tiempo para dar paso a una apreciación distinta de los sujetos y de su realidad; pero es, sin lugar a dudas, la dinámica de la totalidad de los giros, con su diversidad de direcciones y fuerzas, lo que generó *una especie de espiral de significados, sentidos y direcciones que transformaron substancialmente la idea de la cultura y la tecnología* que ahora se dirige hacia un nuevo horizonte, pero en cierta relación con el pensamiento ilustrado y el mito del progreso, sólo que ahora se trata de un progreso marcadamente tecnológico para establecer una nueva forma de apreciar al entorno y al ser humano que desnaturaliza a la tecnología y, en consecuencia, se proyecta hacia la deshumanización del ser humano, en diversos sentidos, particularmente en una escisión de su trascendencia.

Lo dicho hasta aquí nos lleva a plantear que toda aproximación al tema de las nuevas tecnologías y su influjo en el ser humano y su cultura, debe tener como marco de fondo que

³¹ Hugh McDonald, *The Effects of Technology on Business*, ponencia presentada en el «3rd International Conference Promoting Business Ethics», Niagara Falls, el 1 de noviembre de 1996, en <http://www.vaxxine.com/hyoomik/philo/numb1.htm>, consultada el 13 de mayo de 2007.

la tecnología no es el único factor en la vida de las personas y en la sociedad. Ésta aparece y se desarrolla en medio de muchos otros factores de distinto tipo que no hace, necesariamente, una referencia directa a ella. Cada vez es más claro que se debe tener en cuenta el horizonte de la cultura del ser humano, medio en el que surge y se desenvuelve. El desarrollo tecnológico forma parte de la cultura y como tal, está fuertemente influido por el ambiente en el cual aparece, como es el caso de la sociedad norteamericana que, a través de la tecnología, ha gestado una apreciación distinta respecto de la cultura basada en un intenso desarrollo científico-tecnológico anclado a las posibilidades de bienestar para el hombre, experimentando así “*una desespiritualización*”.

Es decir, el progreso de la técnica no se ha acompañado de un progreso espiritual paralelo. Como consecuencia de lo anterior, se ha producido en el hombre un desfallecimiento de los valores. Los valores éticos, espirituales, son el soporte del individuo para desarrollar su vida; si se pierden, éste se desorienta y puede actuar en forma anacrónica. En este sentido, las relaciones entre los hombres siguen un increíble progreso tecnificado que modifica la percepción del tiempo, entre muchas cosas más.

“...el vertiginoso cambio que experimentó [no sólo] la sociedad norteamericana intensificó los aspectos culturales y estimuló el interés por una amplia gama de transformaciones en todos los sentidos...”³²

Este progreso denominado ahora tecnificado, se vería reflejado sobre todo durante el siglo XIX y principios del XX, momento en el que los Estados Unidos adquiere la supremacía industrial iniciada a raíz del proceso de construcción de una economía manufacturera, lo que marcó y confirmó la transformación del país. Este desarrollo, en principio industrial - después científico-tecnológico-, contribuyó al aumento de la riqueza y al mejoramiento de las condiciones de vida de la sociedad norteamericana y se hizo extensible al resto del mundo.

“Muchos factores contribuyeron al desarrollo de la industria norteamericana: abundancia de materia prima; mano de obra abundante y en incremento; un

³² Brinkley, Alan, *Historia de los Estados Unidos. Un país en formación*, México, Ed. McGraw-Hill, 2003, p. 368.

florecimiento de la innovación tecnológica; el surgimiento de un grupo de empresarios ambiciosos, talentosos y a menudo despiadados; un gobierno federal ansioso de apoyar el crecimiento mercantil; y un mercado interno grande y en expansión, capaz de absorber la producción manufacturera.”³³

Estos factores, junto con la producción del hierro y del acero, permitieron el rápido desarrollo industrial y científico tecnológico -particularmente- de los Estados Unidos sustentado como señala Alan Birnkley, en:

“...grandes sociedades anónimas integradas en los Estados Unidos que a diferencia de las escuelas Europeas, buscaron y aprovecharon la aparición de tecnologías y persuadieron a un creciente número de empresarios de la necesidad de patrocinar investigaciones para mantenerse al día con los rápidos cambios que ocurrían en la industria. [Se] aseguró que la investigación se realizara en varios campos, y no sólo en aquellos que le interesaban al gobierno.”³⁴

En este sentido, hasta entrado el siglo XX los estadounidenses se habían contentado con dejar que una mayoría de los descubrimientos básicos en la ciencia y en la tecnología tuvieran su origen en Europa, mientras ellos seguían la política de “adaptar, mejorar y aplicar”. De ahí que se le adjudicara un alto valor a la realización de las cosas, preferiblemente en el tiempo más breve posible y con un mínimo de trabajo humano; es decir, ahí donde la ciencia tuviera una aplicación práctica, era invocada.³⁵ De lo anterior se desprende que numerosas invenciones, innovaciones y creaciones en los Estados Unidos, fuesen aplicadas y transmitidas ya no sólo a su propia sociedad sino a un número mayor de habitantes ubicados en otras partes del mundo. Algunos autores denominan a esto la “popularización de la ciencia y la tecnología” como una forma de explicar los grandes avances acontecidos que permearon el siglo XX y que se tradujeron en una constante redefinición de aspectos y valores representados en nuevas formas de recreación y entretenimiento, entre otros.

Así, se puede apreciar que el papel internacional que desempeñan la ciencia y la tecnología cambia de continuo ya que, durante la mayor parte del siglo XIX y el comienzo del siglo

³³ *Ibid.* p. 526.

³⁴ *Idem.*

³⁵ Rae, John B., “La tradición del know-how: la tecnología en la historia de Estados Unidos”, en *Tecnología y Cultura*, Barcelona, Ed. Gustavo Gili, 1978, p. 66.

XX, Europa fue la potencia dominante en investigación científica y desarrollo tecnológico. Hacia mediados del siglo XX, los Estados Unidos se transformaron en la potencia mundial dominante en tales campos. Este ascenso como potencia dominante será sobretodo a partir de las dos guerras mundiales, lo que implicó cambios en todos los ordenes de la vida humana, donde los Estados Unidos jugaría un papel fundamental -en especial- a partir de la tecnología e innovaciones, con repercusiones nunca antes vistas.

Los acontecimientos referidos significaron un campo de prueba para una gran gama de técnicas militares y otras tecnologías puestas en marcha a gran escala, por primera vez. Ambas guerras constituyeron un momento importante en el ascenso de los Estados Unidos como potencia en el ámbito mundial, consolidándose como “la cabeza del modelo de pensamiento dominante proveniente de Europa pero ahora con un matiz distinto de aquel continente”; sin embargo, dichas guerras también tuvieron un papel de creadoras y afianzadoras de lo que sería una *cultura multifacética* que se reorganizaba a partir de una economía sustentada en el desarrollo científico-tecnológico y creaba así nuevas instituciones sociales a través de las cuales la sociedad norteamericana -en principio- adoptaría la creciente cultura consumista que, posteriormente, se expandiría al resto del mundo.

Fue en los Estados Unidos donde esa cultura con tendencia consumista asentó sus raíces ante la necesidad de entender y comprender los cambios que se suscitaban en esa sociedad -independientemente de si eran o no importantes en ese momento- pero que a partir del análisis de dichos cambios, se resignificaría y se reforzaría todo aquel elemento que sustentara la idea de una sociedad avanzada pero, sobretodo, la idea de un modelo de pensamiento dominante, ahora con un centro alejado de Europa. Sin embargo, esto sólo se daría en la medida que se llevara a cabo una revaloración, ya no sólo de un saber acumulado sino de la utilidad de las ciencias en un sentido práctico inmediato de ahí que, tanto las ciencias naturales como las ciencias sociales, adquiriesen un papel esencial en el entrecruzamiento de diversos elementos con ciertas tendencias y matices para permitir tener “a simple vista un mayor entendimiento del ser humano y su relación con su entorno”.

Es decir, es en los Estados Unidos donde a raíz de las ciencias naturales y sociales, se abordarán distintos fenómenos o acontecimientos desde diversas perspectivas, insertando a las sociedades en la ideología dominante -generalmente conservadora o liberal- más que en el ámbito de la instrucción y la cultura, lo que permitió una función muy importante en sentido político: *la de alimentar el sentido de pertenencia a una cultura con una historia común y en una tierra compartida; lo mismo para los nacidos ahí, como para los no nacidos en ese territorio.*

Tras la primera guerra mundial, y luego la segunda, la influencia estadounidense en aspectos tales como la economía, la ciencia, la tecnología y la cultura, creció a nuevos niveles, característica precedida por una explosión en el ritmo de la producción de los conocimientos científicos que alcanzó un crecimiento exponencial. De ahí que las herramientas brindadas por las Ciencias contribuyeron a superar las barreras antes impuestas por la naturaleza; es decir, las ciencias exactas invaden nuevamente todas las esferas de la sociedad, pero sus más significativas aportaciones se relacionan con las nuevas áreas de la tecnología y su influjo en el ser humano. Todo esto acarrea nuevas o distintas formas de concebir, entender, comprender el entorno y su relación con los individuos, cuando se coloca al ser humano en la cima de las posibilidades de creación técnica y de expansión del conocimiento, de búsqueda asombrada, creación poética, generación de valores ideales, para dejar así validadas todas las características que le son inherentes al ser humano.

Será de aquí en adelante que la actividad científica transformará a las sociedades de una manera radical, donde habrá sistemas de valores que predominarán, y es aquí precisamente donde se inserta la cuestión de los valores en un sentido amplio, por lo que la ciencia es una modalidad de cultura en sí misma, y la tecnología la vía de transformación de la propia cultura.

CAPITULO 2

LA TECNOLOGÍA COMO BASE DE LA DIFUSIÓN MUNDIAL DE ESTRUCTURAS Y CRITERIOS OCCIDENTALES. CONSTRUYENDO EL FUTURO

En el capítulo anterior dimos cuenta del proceso y el contexto en el que surgen distintas apreciaciones de la cultura y cómo se fueron modificando dada su estrecha relación con las diversas esferas de la sociedad. Dichas concepciones, en un primer momento parecieron ser acabadas y únicas; sin embargo, a partir del siglo XIX el sinfín de valoraciones en torno de la misma confluyeron en un punto en común: lo económico. De ahí que la concepción de cultura, a partir del siglo XX, se apega a dicho aspecto de forma profunda, sobre todo en el momento en que Estados Unidos adquiere un papel relevante en el ámbito internacional.

Este es un país cuyo liderazgo se ha hecho sentir en diversos ámbitos sobre todo en aquellos relacionados con la economía y la tecnología, además de ser considerado como país difusor de ideas, costumbres, valores, entre otros aspectos, utilizando como medio la tecnología. En otras palabras, en la época actual, esta nación se ha convertido en la principal difusora de estructuras y criterios occidentales a nivel mundial. Es importante señalar que los Estados Unidos se desarrollaron en un contexto permeado por importantes transformaciones que delinearon el perfil mundial del siglo XXI, y que pusieron de manifiesto en todo momento la incesante corriente de innovaciones producidas desde siglos atrás, elementos decisivos para configurar condiciones, ambientes e incluso formas de vida.

En ciertos momentos llega a parecer errado presentar a este país como el modelo a seguir en Occidente, pero hay que recordar que se constituye y construye como una amalgama de ideas, valores, costumbres y tradiciones venidos de Europa pero que, al estar bajo condiciones geopolíticas distintas, adopta pautas socioculturales a partir de las cuales se piensa que *todo es válido, todo se permite y todo se difunde*, especialmente, aquello que implique el conocimiento útil y el consecuente desarrollo científico-tecnológico, así como ciertos valores que, sin pensarlo o predecirlo, están sentados sobre una base de

automatización que tiende a convertir al hombre en un accesorio o producto tecnológico caracterizado por una especie de “pobreza espiritual”, es decir, “nace el hombre con una soledad que proviene de desear las cosas equivocadas”.³⁶ Así, y a pesar de que se visualiza la desespiritualización del hombre, también comienza a difundirse la idea de que los Estados Unidos son la mejor nación del mundo, idea arraigada en la conciencia de casi todos los habitantes del planeta, aún vigente.

Dicho de otro modo, el siglo XX fue testigo de la consolidación de Estados Unidos como la única superpotencia apoyada en su poderío militar, sus ideales de democracia y su riqueza material. Al mismo tiempo, y para sustentar lo anterior, se hace evidente un avance plausible en los campos de la ciencia y la tecnología, de mejoras en la salud y de una mirada atenta hacia los derechos humanos, aunque también fue una época de incesantes guerras y conflictos que permitieron una caracterización distinta de Occidente, sustentada en una valoración incomparable de la ciencia y la tecnología, en adelante elementos que abren nuevos horizontes- en direcciones y sentidos distintos- respecto de los modos de organización social, económica, política y cultural, cualquiera que sea el ángulo desde el cual se evalúe.

Lo anterior indica que la apreciación que se tiene de la cultura a partir del siglo XX dista de aquellas elaboradas en siglos anteriores; por tanto, será a partir de este periodo cuando se privilegie el sentido práctico y utilitarista sobre cualquier otro. De forma especial, ahora las concepciones de cultura estarán ligadas a la producción y consumo de mercaderías que funcionen como impulsoras de valores e ideas, hecho que no se da por sí solo, es un proceso que entraña el uso intensivo de la tecnología: núcleo de lo que hoy en el siglo XXI se aprecia como una cultura universal o como algunos la llaman, una *cultura global*.

Esta nueva cultura, a la que muchos le asignan un carácter universal, ha implicado una infinidad de sentidos, direcciones y significados ante los cuales, el nuevo tipo de sociedad que se ha ido gestando necesitará desarrollar su propia moralidad, incorporándole todo lo conquistado hasta ahora. De ahí que, a partir del siglo XX, el quehacer humano se aleja,

³⁶ Berman, Morris, *El crepúsculo de la cultura americana*, México, Ed. Sexto Piso, 2007, p. 14.

incluida la tecnología, de aquellos preceptos asociados con los viejos sistemas económicos y políticos.

En este contexto, hablar de la propagación de estructuras y criterios occidentales entraña, por parte de los individuos, asumir una diversidad de formas de acción así como de pensamiento, con una directriz cultural específica a partir de la cual, las acciones del ser humano dependerán en gran medida o estarán sujetas al “orden objetivo de las cosas”; esto es, en adelante, todo individuo y colectividad, así como sus procedimientos y formas de acción e interacción reproducibles, trasmisibles y generalizables y, por tanto, generadores de cultura, estarán mediados por un conjunto de artefactos, técnicas y construcciones materiales que darán un sentido distinto a conceptualizaciones, representaciones, interpretaciones, legitimaciones y valores, así como a instituciones y formas de organización e interacción comunitarias, sociales, económicas, jurídicas y políticas; a reglas, roles, normas, fines, entre otros.

De esta forma, la concepción de la cultura, a partir del siglo XX, así como la difusión generalizada de dichos criterios, tendrá una connotación particularmente relacionada con dos ideas. Por un lado, la de *asimilación* y, por el otro la de *homogeneización*. La asimilación implica un proceso a través del cual algo pasa a formar parte de una unidad diferente; por su parte, la homogeneización entraña un proceso que busca que las partes integrantes del todo sean de la misma naturaleza, o bien, que no sean del todo ajenas, a tal punto, que lleguen a complementarse. En cualquiera de los dos casos, lo que es innegable es que las sociedades actuales se encuentran viviendo procesos cada vez más complejos, donde la tecnología es el punto nodal en el cual confluyen y convergen ideas, pensamientos, valores, actitudes, acciones, decisiones, instrumentos, todos ellos parte de la cultura.

Por tanto, a lo largo del presente capítulo se delinearán aquellos procesos que dan forma, contenido y sentido a las sociedades del siglo XX y posteriores. Dichos procesos representaron una nueva forma de apreciar y aprehender la realidad, más evidente durante la primera y segunda guerras mundiales, mismas que significaron la expansión y

diversificación del conocimiento científico-tecnológico para detentar, no únicamente el control y la manipulación de los fenómenos naturales sin precedente similar sino también, todo tipo de posibilidades, incluido el propio ser humano. En términos sencillos, las sociedades actuales y las posteriores dependerán en mayor grado de la ciencia y la tecnología para su propia existencia, cuyas características están profundamente marcadas por una incesante incapacidad de la tecnología de ir al encuentro de las necesidades afectivas y morales del hombre y, en consecuencia, se crea una tendencia a favorecer o determinar el retraimiento de los individuos y su incomunicabilidad recíproca, tanto a nivel local, regional, nacional como mundial.

2.1 La fortuna del pasado: el siglo XX

Sin lugar a dudas, las sociedades surgen y se desarrollan en un contexto específico, es decir, en tiempo y espacio definidos a partir de lo que cada sociedad conciba en su interior como aquello *objetivamente posible* para poder trascender, de ahí que muchas veces se empeñan en alcanzar “transformaciones readaptativas”. Aludir a dichas modificaciones implica hablar de un proceso que presenta elementos tanto de continuidad como de ruptura que colocan la vida social frente a un sinfín de contradicciones, así como a las formas que la organizan y que la hacen posible, dando muestra de que el mundo deja de ser un orden predeterminado y que deviene de la voluntad humana.

Es decir, dicho proceso expresa una ruptura trascendente con el pasado y reivindica la realidad social como un orden determinado por los hombres que se expresa mediante la enorme ampliación y diversidad de posibilidades de vida sin que exista correspondencia con aquellas representaciones perceptibles de la realidad, que habían sido establecidas a través de opiniones y creencias socialmente aceptadas, de tal suerte que se conforma una imagen general del mundo, a partir de la cual, se interpreta todo lo existente.

Este proceso que abre un mundo lleno de posibilidades, bien podría definirse como el causante de la crisis de una época, cualquiera que esta sea, que puede adquirir consistencia y perdurar; por lo que llega, entonces, a reclamar para sí toda una época: una época a la que

llamamos “de transición”, y que es ante todo *el lento paso de un orden recibido a un orden producido*.

En el caso de la sociedad occidental, desde el siglo XVIII se sustentó y desarrolló sobre bases progresistas; sin embargo, es durante el XIX cuando se le otorgó primacía a la economía, al desarrollo técnico, la producción industrial y la creación de estructuras sociales y políticas “firmes”, estableciéndose así como una época de metamorfosis para Occidente. Dichos cambios se dieron a la par del advenimiento de una nueva era de las fuerzas productivas, aunado al uso racional de la tecnología en el trabajo y de manera especial, al intercambio mercantil que fue la clave del éxito de Occidente. De este modo, en adelante las sociedades se articularán con base en diversas formas de entender y pensar a la realidad, pues como condición inevitable, los cambios tan profundos acontecidos en siglos anteriores transformaron los pensamientos y actitudes de millones de hombres y mujeres. Así, las sociedades ahora concebidas en un contexto, que va más allá de lo moderno, vislumbran al progreso no como una ley de la naturaleza, pero sí como un hecho inscrito completamente en la historia de la humanidad, que define nuestro tiempo a partir de su rico caudal cultural acumulado a lo largo de los siglos. Se trata pues, de un ideal “*liberador*” que enfrenta las formas tradicionales de organización social y cultural, y pugna por crear un mundo nuevo y un hombre nuevo y, todo aquello que aparece o acontece, es y será equivalente a un presente en permanente cambio.

Este proceso, determinante desde el triunfo de la racionalidad ilustrada del siglo XVIII, se neutraliza en el momento en que la burguesía consolida el sistema de producción económica de carácter capitalista; pero es a inicios del XIX que el industrialismo emprende una dinámica de “autonomía” respecto de grupos y clases sociales, característico de este siglo.

En otras palabras, se trata así de una forma de vida económica que ha sido rebasada por el crecimiento del mercado mundial, por el empleo masivo de procesos técnicos que ya no obedecen al esquema productivo de siglos atrás y por el papel decisivo que las ciencias desempeñarán en la conformación del futuro, algo que ya no admite discusión. Ahora, las sociedades intentan y pretenden reformularse radicalmente a partir de instituciones que den

cuenta de equilibrios y formas culturales que dan valor y vitalidad a Occidente. Dichas instituciones, independientemente del tipo que sean, deberán orientar sus esfuerzos hacia la conquista de un mundo en abundancia que, sin embargo, mantendrá una prosperidad limitada, ilusoria y llena de temores, lo que traerá como consecuencia más inmediata una nueva textura del pensamiento que *abandera* al placer y al estímulo de los sentidos como los valores dominantes de la vida cotidiana fragmentándola como totalidad, pues se cree en el futuro de la ciencia y la técnica, en tanto que, lo social se vuelve hacia el individuo, quien ahora sólo tiene ojos para sí mismo.

Es decir, tal estructura en el pensamiento tendrá como estandartes la búsqueda del placer y la evasión del dolor, ambos aspectos serán la directriz que guíe a los individuos hacia la libertad, la independencia, el bienestar y por lo tanto, a la felicidad. Ahora, el mundo libre significa un mundo en el cual cada nación y cada individuo pueden desarrollar su potencial con un mínimo de coerción. No obstante, lo que acontece al interior de las sociedades indica lo contrario, ya que gobiernos e instituciones se guían, tanto por sus ideologías como por sus intereses prácticos, desechando la idea del pacifismo como el camino idóneo hacia el progreso y construyendo una sólida fe, fundamentalmente, en la economía y el avance científico-tecnológico como medios útiles para conseguir cualquier objetivo que se propongan.

Así, el siglo XIX constituyó el gran periodo formativo de las sociedades actuales y representó una fase liberadora del desenvolvimiento humano; en la cual se pensó se había encontrado finalmente el verdadero camino hacia la prosperidad y el progreso ilimitados. Además, fue en esta época que se produjo la validación de las ciencias³⁷ como una de las características indispensables de Occidente. Asimismo, todo tipo de creaciones, innovaciones y aplicaciones allanaron el camino e inspiraron grandes transformaciones estrechamente identificadas con el desarrollo interno del sistema económico del capitalismo que pasó, de una fase dominada por la manufactura, a una de poderío de las finanzas y las empresas, que tendría su máxima expresión durante el siglo XX.

³⁷ Las ciencias serán las encargadas de proponer argumentaciones que den sentido a la realidad de los individuos.

En esta línea, podemos caracterizar a dicho siglo como un nuevo momento en el proceso de desarrollo del capitalismo, mediante el control del mercado y de los factores de predominancia económica, acompañada por la presencia y el uso de la fuerza militar, elementos que, en esencia, constituyen parte de un proceso que vendría a “modernizar” y “racionalizar” la vieja dominación por medio de la administración directa de las poblaciones y de los territorios que, al ser costosa e irracional, es sustituida por aquella que combina la independencia formal de los países con la dependencia real de sus economías. Esta nueva forma de superioridad logra abrirse paso a lo largo del siglo XX, constituyéndose en el fenómeno más crucial de la nueva era histórica. Triunfa de la mano de una potencia concreta, Estados Unidos, y de una ideología política definida, la democracia liberal. Será en nombre de la libertad y la democracia, e incluso en nombre de los derechos humanos, que se imponga en el mundo la nueva hegemonía: *Made in USA*.

En otras palabras, se consolida la supremacía de una nación donde la principal preocupación radica en la apropiación y desarrollo de las ideas liberales provenientes de Europa. Ahora, Estados Unidos centra su atención en todos aquellos conceptos utópicos que hasta ese momento no se habían llevado a la práctica, pues éstos eran importantes en la medida que seguían apuntando hacia caminos deseables y realizables. En este contexto, surge una corriente de pensamiento que caracterizará y dará sentido a la cultura en Occidente: el pragmatismo.

“Una doctrina proporciona a la gente un conjunto de explicaciones y justificaciones de su lugar en el mundo.”³⁸

Esta corriente de pensamiento permitió a Estados Unidos, desde sus inicios, forjarse y convertirse en la mayor economía del mundo, ya que fue un país que se desarrolló como un clásico modelo del capitalismo monopolista,³⁹ y su éxito vendría a confirmarse en el

³⁸ Bell, Daniel, *Las contradicciones culturales del capitalismo*, México, Ed. Alianza-Universidad, 1994, p. 263.

³⁹ La llegada de los Estados Unidos a la supremacía industrial no fue un proceso rápido. La construcción de su economía comenzó desde principios del siglo XIX. Desde antes de la guerra civil, el país poseía una industria bien establecida. Pero los norteamericanos estaban en lo correcto cuando aseguraban que los logros de las tres últimas décadas del siglo XIX opacaron el progreso anterior. Aquellos años confirmaron nada menos que la transformación de la nación. Cfr Brinkley, Allan, *Historia de Estados Unidos. Un país en formación*, México, Ed. McGraw-Hill, 2003, p. 570.

momento en que vence su tradicional tendencia aislacionista y anticolonialista, poco propicia para el desarrollo del capitalismo pero sobre todo, del conocimiento útil.

Fue en este país donde se incorporaron -en los diferentes aspectos de la ideología- las nociones de conveniencia y utilidad como fundamentos de la ciencia y la verdad. Las primeras fueron transformadas, de simples sentencias, en grandes principios ideológicos, que permearon las estructuras y los criterios occidentales, ahora dirigidos desde Estados Unidos para quien sólo “existe lo que es útil”.

Fue ahí -un campo abierto a las ciencias e influencia político filosófica proveniente de Europa- donde se cultivó, se formó y se forjó la idea de que la utilidad social es imprescindible en y para los individuos, por lo que todo será dirigido a partir del conocimiento preciso y técnico, independientemente del rubro o ámbito de que se trate. Según los pragmatistas, la sociedad no debería confiar en la guía de los ideales ni de los principios morales heredados, sino en los experimentos de la indagación científica. También afirmaban que ninguna idea ni institución (incluso la fe religiosa) eran válidas -así funcionarían-, a menos que pudieran pasar las pruebas de la experimentación.

El pragmatismo, por tanto, se convirtió en una visión del mundo de la clase capitalista que ha venido a significar la perspectiva particular de la vida y el modo de pensar creado en Estados Unidos, derivado de sus bases materiales y de las relaciones sociales correspondientes. En este sentido, serían sus líderes quienes tendrían *la visión* de destinar recursos, orientar objetivos, delinear intereses y hacerlos converger para conducir a su pueblo hacia el progreso, a la paulatina intromisión en los asuntos internacionales; al militarismo y a las guerras.

“El pragmatismo constituyó la respuesta lógica y necesaria: el firme compromiso de oponerse al expansionismo soviético y de mantener a las fuerzas estadounidenses en un continuo estado de disposición para salir a combatir.”⁴⁰

⁴⁰ Berman, Morris, *Op.cit.* p. 89.

En otras palabras, se pone de manifiesto la forma, como Occidente, pragmático y materialista del siglo XX, desde la visión liderada por Estados Unidos, se prepara para relativizar la idea de los objetivos ilimitados y la victoria absoluta, gracias a que la fuerza cumple un importante papel en la gran estrategia de crear un sistema mundial no-comunista, con una visión que sólo el pragmatismo facilitaría.

El ejemplo más claro de lo anterior han sido las dos guerras mundiales. En ambas, la contradicción derivada de la manifiesta rivalidad británico-germana resulta superada por un actor imprevisto que, sin tener ambas guerras en su territorio, será quien consiga al fin alzarse con la verdadera supremacía. Estados Unidos es el gran triunfador de las dos contiendas mundiales. Gran Bretaña, pese a quedar en el mando vencedor, junto con toda Europa, resulta ser la gran perdedora y jamás podrá recuperar su anterior predominio en la escena mundial. Es decir, el devenir del siglo XX y particularmente el desencadenamiento de las dos guerras mundiales, marcaría un cambio de escenario en el cual, muy pronto, los Estados Unidos desplazaron a Europa.

En otros términos -y aunque pareciese un atrevimiento-, podría decirse que las dos contiendas mundiales significaron la ruptura con el pasado; pero al mismo tiempo encarnaban una sola confrontación que no difería en lo sustancial: la hegemonía mundial. Sin embargo, cabe resaltar que mientras que en la primera no predominó el elemento ideológico, en la segunda, este factor fue determinante y tuvo como aspecto categórico a la tecnología, la cual, favorecería el desenvolvimiento de un nuevo período de confrontación mundial: la guerra fría, que acentuó la oposición ideológica entre los Estados Unidos y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (U.R.S.S.). La lucha de intereses dividió al mundo en dos bloques enfrentados, generando una situación de desconfianza permanente frente a las intenciones, planes y acciones de la parte contraria y constituyéndose como una fuente latente de tensiones y conflictos, donde el fantasma de la confrontación militar directa pendía sobre el mundo.

La guerra fría significó la competencia entre dos ideologías y dos sistemas socio-económicos. Por un lado, el capitalismo con los Estados Unidos a la cabeza y, por el otro,

el socialismo cuyo principal representante fue la U.R.S.S. La principal disputa que se presentaba entre ambos bloques fue en el plano científico-tecnológico. En dicho rubro se generó un enorme esfuerzo de investigación apoyado por el gobierno y las fundaciones con el objeto de: aplicar los avances suscitados a tantas esferas como fuera posible. Ejemplo de ello, lo encontramos en la economía, la psicología, la sociología y las ciencias políticas.

En otras palabras, durante el período de la posguerra, se asistió a un rápido proceso de institucionalización de las Ciencias Sociales en los Estados Unidos y en el mundo, pero sobre todo, de aquellas ciencias relacionadas con las significativas transformaciones sociales y políticas en el país que, se constituyeron en objeto de atención.

Así, cuando sobreviene el fin de la guerra fría, se pone de manifiesto que la hegemonía de los Estados Unidos, y su predominio sobre los otros países tendría consecuencias inmediatas en el campo no sólo económico sino en todos los ámbitos de la cultura y el terreno de las ideas. Gracias al poder económico de los Estados Unidos, en un primer momento, toda la atención de las diferentes ciencias sociales se vieron orientadas hacia su territorio, de ahí que se comienza a organizar en torno del conocimiento -tomando a este como eje axial, para lograr el control social y la dirección de la innovación y el cambio, lo que a su vez daría lugar a nuevas relaciones y estructuras sociales.

Por tanto, podemos aseverar que, el alcance de la guerra fría, con sus ejes y trasfondos, consistió en dar validez universal a todo aquello que acontecía y que respondía de manera terminante a las inquietudes y obsesiones de Occidente, personificado ahora por los Estados Unidos.

“...la Guerra Fría fue un conflicto global de carácter económico, político, ideológico y cultural, que tuvo como expresión principal la competencia en el desarrollo científico-tecnológico pero sobretodo en lo que respecta a la producción de armamento y medios de comunicación. Esto le permitió a Estados Unidos expandir valores, estructuras y criterios que aún siguen vigentes. Así, tras décadas de guerra fría y competencia con la Unión Soviética, Estados Unidos, emerge al final como el claro triunfador, dispuesto a imponer su predominio sin cortapisas”.⁴¹

⁴¹ En el centro de la rivalidad entre los Estados Unidos y la U.R.S.S. existía una diferencia fundamental en la forma como las grandes potencias preveían al mundo una vez terminada la segunda guerra. Una visión, fue la

Así, fueron los dos conflictos bélicos y la guerra fría los acontecimientos que permitieron perfilar a Estados Unidos como el nuevo centro de aquella cultura “universal” gestada en Europa, y dan cuenta, también, de los grandes cambios que se presentaron durante el siglo XX, período que ha sido denominado como “el siglo de Estados Unidos”, debido a que durante muchos años esta nación ostentó el primer lugar en cuanto a riqueza económica, militar y desarrollo tecnológico. Este último, sustentado en los impresionantes logros en diversos campos tales como la física, la electrónica, la ingeniería, la química, la bioquímica, la microbiología, la medicina, entre otras; logros que se materializaron, sobretodo, durante la segunda guerra mundial y la guerra fría e hicieron evidente el inmenso poder de la ciencia, reforzando la creencia en ella como una fuerza para el cambio social.⁴²

Será entonces, de manera particular en los Estados Unidos, donde se advierte con claridad que las relaciones entre la ciencia y la sociedad son conexiones indispensables para el desarrollo de cuatro columnas esenciales para Occidente: la intelectual, la política, la económica y, desde luego, la tecnológica. Así, la ciencia en el siglo XX adquiere por primera vez su función plena.

Es a partir de este momento que, saberes y conocimientos, se multiplican de manera asombrosa, gracias a la ciencia y la tecnología, que constituyen los elementos más sobresalientes de nuestra época, cuyo rasgo definitorio es la desmesura. Es decir, el siglo XX se caracteriza por ser una etapa histórica plagada de excesos, ya que se asiste a un gran desarrollo científico y tecnológico sin comparación alguna.

“[A partir de este momento]...el saber se produce a modo de mercancía y es consumido para ser valorado en una nueva producción”.⁴³

de un mundo en el que las naciones abandonaban sus creencias tradicionales en las alianzas militares y en las esferas de influencia para gobernar sus relaciones mutuas a través de procesos democráticos, con una organización internacional que sirviera de árbitro en las disputas y como protector del derecho de cada nación a la autodeterminación. La otra visión era la de la URSS, decidida a crear una esfera segura para sí misma en Europa central y oriental como una medida de protección ante una posible agresión proveniente de Occidente en el futuro. *Cfr.* Brinckley, Allan. *Op. cit.* p. 873

⁴² En la primera mitad del siglo se concreta la nueva realidad de la hegemonía estadounidense. La segunda mitad consolida este hecho y revelará la naturaleza militarista y hegemónica de su “destino manifiesto” a nivel mundial.

⁴³ Bell, Daniel, *El advenimiento de la sociedad postindustrial*, México, Ed. Alianza Editorial, 1973, p.138.

De igual forma, los descubrimientos son puestos al alcance de un gran número de personas con el objetivo de mejorar su nivel de vida; sin embargo, al mismo tiempo desatan un cúmulo de inseguridades en los seres humanos que, ante un mundo de referencias cambiantes y una tecnificación cada vez mayor, se desdibujan de su propia existencia. A pesar de esto, no podemos dudar que este siglo será recordado como aquél donde el principal factor que influyó en el desarrollo de las sociedades fue el adelanto tecnológico.

En esta línea, y como muestra de la urgencia de las sociedades por apropiarse de todos aquellos avances científico-tecnológicos, se encuentra el informe presentado por Vannevar Bush⁴⁴ en el año de 1945, *Ciencia: La frontera sin límites*. Este documento sienta las bases de lo que sería la política científica de Estados Unidos, especialmente, durante y tras la segunda guerra mundial. Dicha política se haría extensible a todo el mundo en vista de que defendía el modelo lineal de las relaciones entre ciencia, tecnología y sociedad; es decir que: más ciencia implicaría más tecnología y más tecnología implicaría más progreso nacional y bienestar social, de ahí que se tornase fundamental promoverla a lo largo y ancho del orbe como una especie de política de “cheque en blanco”, que coloca a la ciencia como el elemento al cual, los políticos deben conceder autonomía completa e invertir en ella para esperar que se desarrollen los avances tecnológicos que conducirán al progreso. En otras palabras, el informe plantea un programa de acción, en el que el gobierno acepta la responsabilidad de promover el conocimiento científico y el desarrollo tecnológico. Por ello, dicho informe estará fuertemente apoyado por diversos sectores debido a su alto valor estratégico (militar o comercial), con grandes medios materiales y humanos a su disposición y, con ello, mostrará a la tecnología como el instrumento disponible, universal y al servicio de todos.

“Es claro que el conocimiento ha sido siempre necesario para el funcionamiento de cualquier sociedad, pero lo novedoso, en el siglo XX, es el cambio en el carácter del conocimiento mismo. Este cambio puede apreciarse en la relación ciencia-tecnología: los adelantos en cualquier campo dependen cada vez más de la prioridad del trabajo teórico, que se convierte en el principio central, de la sociedad, surgen así las industrias basadas en la ciencia (electrónica, óptica) que dominan cada vez más el sector

⁴⁴ Fue un ingeniero y científico estadounidense. Es conocido por el rol político que tuvo en el desarrollo de la bomba atómica y por su idea Memex, que es un concepto precursor a la World Wide Web. Murió en el año de 1974. Cfr. Brinckley, Allan. *Op. cit.* p. 728.

industrial de la sociedad y proporcionan la primacía, según ciclos de productos, a las sociedades industriales avanzadas”.⁴⁵

Sin duda, Vannevar Bush encara los planteamientos ideológicos de diversos sectores, dentro y fuera de la sociedad estadounidense, que sostienen la idea de que cualquier actividad científica será siempre socialmente beneficiosa, y por tal motivo, debe ser apoyada sin pedir cuentas sobre sus resultados. Se trataba, entonces, de asegurar el futuro de la nación norteamericana a través del descubrimiento, el aprendizaje, la innovación y la especialización, además de promover el progreso de la ciencia para lograr avances en la salud, para la prosperidad y el bienestar; esto es, se trataba de invertir en las promesas de “hoy” para el logro del mañana. De este modo, los lineamientos a seguir por Estados Unidos, estarían enfocados a apoyar el flujo de innovaciones técnicas materiales y el flujo de innovaciones técnicas abstractas basadas predominantemente en el conocimiento de la actividad humana de invención e innovación, como valores culturales aplicables al conjunto de esferas de la vida social: los sistemas de conocimientos, de actividades, de organizaciones, de sistemas tecnológicos, y de ecosistemas y relaciones organizadas con el resto de la naturaleza. Así, este informe plantea el apremio de hacer coincidir esfuerzos de todo tipo para el despegue tecnológico de esta nación.

En este contexto, recuperar el informe de Vannevar Bush, nos permite comprender la forma como Estados Unidos sienta las bases “idóneas” para iniciar un desarrollo científico-tecnológico sin precedentes. Así, descubrimientos y avances científicos provocarán tantos cambios y de tal magnitud que, sin lugar a dudas, suponen transformaciones cuantitativas y cualitativas que se extienden más allá de la sociedad norteamericana.

En otras palabras, la nueva sociedad que se descubre, con su sistema de valores, sus códigos, sus normas, y en general, con la totalidad de sus mensajes, impregna la percepción colectiva de la realidad con una tendencia caracterizada por la aceleración del desarrollo científico-tecnológico, generando una mayor complejidad de todas las actividades humanas. En este sentido, no hay que perder de vista que la vida del hombre se despliega en campos cada vez más amplios y ricos, que contribuyen a que su existencia traiga consigo

⁴⁵ Bell, Daniel, *Op.cit.* p.143.

una constante ampliación de sus horizontes de vida, pues lo que ayer no era valorado e incluso se desconocía, más tarde se vuelve una exigencia de primera importancia.

2.2 La Occidentalización en curso del mundo actual: la cultura “en movimiento”

Las sociedades del siglo XX y posteriores son testigos de una fractura dentro sus estructuras, la cual se desprende de los ámbitos de la sociedad industrial clásica y acuña una nueva figura que destruye lo sagrado y da paso a lo profano, implica caos y egoísmo; lo cual, redundando en una fragmentación de la vida como totalidad y un funcionamiento asimétrico de la sociedad actual. En este sentido, cuando se habla de una “nueva sociedad”, bajo el contexto referido, ello significa que ésta asume una forma de organización abierta a distintas posibilidades; por lo tanto, su desarrollo consiste no solamente en generar nuevas y mejores condiciones de vida y reproducción del hombre sino, además, de mayor apertura en el ámbito sociocultural que facilite a los individuos asirse de todo aquello que les permita conquistar “su libertad” en el marco de su acontecer histórico. Cabe recordar que todo orden socio-histórico es una construcción constante del hombre que se da en un ambiente natural, pero no deriva de datos biológicos, ni forma parte de la naturaleza de las cosas; existe solamente como producto de la actividad humana.

Por ende, la tarea de construir un nuevo orden para remplazar al viejo y “defectuoso”, forma parte del rasgo permanente de las sociedades que han adquirido un nuevo significado y sobretodo, han sido redirigidas. Esta nueva orientación se caracteriza por importantes cambios, como la disolución de los vínculos entre las elecciones individuales y las acciones colectivas. En este sentido, podemos aseverar que, el desarrollo de las sociedades y por ende de la cultura en Occidente, se ha regido, básicamente, por un principio orientador asentado en el avance acumulativo de la tecnología productiva y militar surgido a raíz de las dos contiendas mundiales.

Aunado a ello, resulta indudable que el sistema económico del capitalismo continuó desarrollándose y difundándose por todos los rincones del mundo, haciéndose dinámico en

varios aspectos y volviéndose progresivamente poderoso, activo y agresivo. Ha conseguido transformar el complejo industrial militar en un componente estructural básico y dinámico de la reproducción ampliada del capital a nivel mundial, que comprende tanto a la producción material como a la cultural.

De esta forma, es un hecho objetivo que el mundo cambió mucho a lo largo del siglo XX pues, en poco tiempo, todas las esferas de la vida social, colectiva e individual, edificaron una etapa histórica en la que el desarrollo humano y el científico-tecnológico quedaron supeditados a la búsqueda de beneficios en un mercado cada vez más restringido.

Así pues, es claro que el mundo del siglo XX nace de la mano con el capitalismo como modo de producción y reproducción material y espiritual que se forma, expande y transforma, imponiéndose a cualquier otro modo social de vida y trabajo. Por tanto, no cabe duda que acontecimientos como las guerras mundiales, la depresión económica de 1929, la guerra fría y la caída del muro de Berlín en 1989, permitieron la conformación de una sociedad mundial cuyas relaciones, procesos y estructuras, antes poco visibles o aun insospechadas, confirieron nuevos significados a individuos, colectividades, modos de vida y formas culturales que nos permiten pensar en el presente, explorar en el pasado e imaginar el futuro.

Así, la nueva imagen del mundo y de la vida con sus valores triunfa y se impone de tal forma, que nada podrá aislarse de esa nueva concepción, donde el objetivo de las sociedades se dirige a satisfacer el *consumo desmedido* de los individuos: se persigue la gloria o la riqueza pero cada vez más, la riqueza. En esta línea, la cultura en Occidente adquiere connotaciones distintas que, de la mano del capitalismo, seculariza todo lo que encuentra por delante para transformarlo en mercancía, incluyendo signos, símbolos, emblemas y al hombre mismo.

En este contexto, los objetivos de las sociedades cambian y, con ello, se transforman sus actividades. Ninguna sociedad evade esa nueva dirección que imponen las circunstancias, aunque exista quien se niegue a ver la contradicción que esa nueva actitud trae consigo.

Así, mientras que el hombre tiene la posibilidad de usar todas sus habilidades sin menoscabo de alguna, al mismo tiempo, con sus necesidades, sus pasiones, pero también con sus ideales, parece ser la última realidad. En otras palabras, lo fundamental no es el hombre en sí mismo, sino aquello que expresa y cuanto encierra; por ello, debe retornar a lo más remoto y afirmar su valor olvidado, pero tratando de fundirlo, muy pronto, con lo más inmediato de su existencia. Este proceso volverá a repetirse una y otra vez, ya no se limita a lugares y grupos, sino que contiene una tendencia global que abarca la producción y la reproducción y no respeta las fronteras, de ahí la dinámica, cada vez mayor, del panorama social y, por ende, del cultural. Nada se ha perdido, todo se ha transformado mediante esa *operación sutil* que consiste en *modificar ligeramente* los valores atribuidos a los distintos elementos que constituyen la cultura, sólo que ahora, indiscutiblemente, ligada al aspecto tecnológico.

En esta línea, hoy día, la cultura se ve profundamente inmersa en una dinámica tecnológica -sin que esto implique que se identifique con ella-, pero de manera particular, evidente con la comunicación y las tecnologías de la información, que hacen que la cultura ya no esté ligada, exclusivamente, a un orden espacio-temporal preciso. Es decir, la comunicación y las tecnologías de la información son un acelerador de cambios que obedece, sobretodo, a cuestiones económicas más que a razones puramente sociales. Así entonces, será a partir de este momento que aquella afirmación de que *el hombre es lo que hace* se diluye, pues ahora es, y esta cada vez más ajeno, a las conductas propias de su experiencia.

En esas condiciones, el individuo se sujeta a un mosaico de comportamientos que no pueden generar ningún principio de unidad de personalidad y que en el fondo, no es sino la expresión de las dudas que lo han asaltado respecto de su sistema de ideas y convicciones, por lo que deja de proyectarse hacia el futuro y se apoya, por el contrario, en el pasado. Sin embargo, en la medida que el hombre experimenta dicho proceso, debe estar atento a su propia desorientación, ante la posibilidad de que el pasado se descomponga sin que se construya un porvenir.

"Vivimos en tiempos de cambios...El sujeto en el lugar estaba sometido a una convivencia larga y repetitiva con los mismos objetos, los mismos trayectos, las

mismas imágenes, de cuya construcción participaba: una familiaridad que era fruto de una historia propia, de la sociedad local y del lugar, donde cada individuo era activo. Hoy la movilidad se tornó prácticamente una regla"⁴⁶

De esta manera, Occidente -con Estados Unidos a la cabeza- se ve en la necesidad de avalar, justificar y unificar criterios en función de la realidad, que revela al mundo como algo dado y común a todos los hombres. Para llevar a cabo tal propósito, se requirió de un conjunto de acciones encaminadas a hacer de la cultura un concepto que perdurará y se perfilará hacia una misma dirección. Es decir, se trató de construir:

“...un sistema de referencia general donde tengan cabida [todos los puntos de vista]. Para construir una experiencia ampliada que se haga, en principio, accesible a hombres de otros países y de otro tiempo.”⁴⁷

Dicho sistema tomaría forma a partir del conjunto de interconexiones entre diferentes sociedades, basado en el desarrollo de las fuerzas productivas a escala mundial provocado, a su vez, por la estrecha interdependencia entre ciencia y tecnología, puestas al servicio de la producción que, inevitablemente, abrazaría una ideología común de consumo. *Así, la pretensión de asegurar un modelo capaz de unificar todas las realidades* se define con la creación de la Organización de las Naciones Unidas en 1945 que, como organismo de carácter universal, avaló el proyecto dominante de Occidente. No obstante, la institución encargada de establecer aquellas ideas que marcaran estándares para generar acuerdos relativos a la cultura, a nivel mundial, tomando como punto de partida *la construcción de la paz en la mente de los hombres*, sería la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) en tanto entidad especializada.⁴⁸

⁴⁶ Milton Santos, citado por Schaposnik–Mainero, “Sociedad y cultura afectadas por procesos reestructuradores emergentes de la globalización” en <http://www.fau.unlp.edu.ar>, consultada el 1 de noviembre de 2008, 14:20p.m.

⁴⁷ Ianni, Octavio, *La sociedad global*, México, Ed. Siglo XX, Quinta Edición, 2007, p. 60.

⁴⁸ La Organización para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) organismo especializado del sistema de Naciones Unidas fue fundado en 1945 cuando los bombardeos y la destrucción provocada por la Segunda Guerra Mundial estaba todavía fresca en la mente de muchos. Para muchos europeos, la lucha por la supervivencia era prioritaria. "Ya que las guerras comienzan en la mente del hombre, es ahí en donde hay que construir la defensa de la paz", señala la constitución de la organización, algo que sigue teniendo vigencia. Junto a la preservación de la paz, la educación para todos, la protección del patrimonio de la humanidad y la defensa de la diversidad cultural, el acceso a la información y reducción de la brecha digital, son todas competencias de la UNESCO. Actualmente, este organismo desempeña un papel de centro de intercambio de información y conocimiento. Al mismo tiempo, ayuda a los Estados miembros en la construcción de sus capacidades humanas e institucionales en sus diferentes ámbitos de actuación. En suma, promueve la

Frente a esto, la UNESCO se encargaría de generar y difundir aquella ideología dominante de Occidente que *unificaría* al mundo -atendiendo las exigencias de la nueva forma de producción global-, hecho que marcaría un antes y un después en la concepción de la relación hombre-sociedad-cultura. Así, y buscando llevar a cabo dicho cometido, construyó una noción de cultura que reflejara las diversas manifestaciones culturales existentes alrededor del orbe. Es decir, fue evidente la necesidad de formular un concepto más *amistoso* de cultura que denotara que el mundo de finales del siglo XX, se trataba de un sistema dinámico y no de uno completo y acabado como en épocas anteriores.

De esta forma, el concepto de cultura elaborado por la UNESCO, consideró:

“...el conjunto de los rasgos definitivos, espirituales y materiales, intelectuales y afectivos que caracterizan a una sociedad o grupo social. Engloba no solo las artes y las letras, sino también los modos de vida, los derechos fundamentales del ser humano, los sistemas de valores, las tradiciones y las creencias.”⁴⁹

Con base en dicha concepción, todo parecía indicar que la cultura occidental encontraría su cauce, pues el contexto del siglo XX hacía pensar que el mundo que se construía se ostentaba como la *única realidad por excelencia*, logrando de esta manera imponerse sobre la conciencia de los individuos, en tanto se les presentaba como una realidad ordenada e inevitable, ahora liderada por la nación que hasta ese momento había logrado el mayor nivel de desarrollo militar, financiero y científico-tecnológico: los Estados Unidos.

De este modo, sería la UNESCO el medio formal a través del cual se legitimarían las prácticas culturales provenientes, principalmente, de la sociedad norteamericana, a fuerza de querer mantener unido lo que no puede coexistir, y de silenciar las contradicciones más visibles. En otras palabras, dicho organismo imponía una visión particular de la realidad, para asegurar la victoria en la difusión mundial de estructuras y criterios occidentales. En la práctica, esto *supondría* un reconocimiento del mundo y de las culturas que fueron negadas y marginadas por el proyecto occidental, pese a encarnar desarrollos diferentes y

cooperación internacional en materia de educación, ciencia, cultura y comunicación entre sus Estados miembros y asociados. Cfr. <http://portal.unesco.org/es>, consultada el 13 de diciembre de 2008, 02:34 a.m.

⁴⁹http://portal.unesco.org/en/ev.php-URL_ID=29008&URL_DO=DO_TOPIC&URL_SECTION=201.html, consultada el 23 de diciembre de 2008, a las 03:21 a.m.

alternativos a la idea originaria de Europa y afianzada en los Estados Unidos, que terminó imponiéndose como dominante en el mundo actual.

“...provistos de las armas de la retórica [...] pueden seguir con la ilusión de dar normas al mundo y ganar unas batallas que organizan habiendo fijado previamente las reglas del combate, lo cual les asegura por adelantado el triunfo.”⁵⁰

Así, para Occidente todo éxito implicaba una recompensa que habría de encontrarse al momento que, tanto criterios como estructuras se expandiesen, mostrando así una imagen simplificada de supuestos valores universales e incitando hacia un modo de vida que, además de superfluo, no ha estado al alcance real de la mayor parte de la humanidad, en la medida que el concepto de cultura planteado por la UNESCO, lamentablemente, no ha reflejado los aportes culturales de todos los pueblos, por lo que la idea de que no hay un concepto único de cultura se reafirma.⁵¹

Tal aseveración toma su contenido del hecho de que hoy -al igual que en épocas anteriores pero de modo actualizado- la cultura se ha revestido de una multiplicidad de sentidos y direcciones, sobre todo, a partir de la intensificación del uso de las tecnologías de la información y las comunicaciones que hacen de la cultura un concepto difícil, por no decir imposible, de aprehender.

“...nuevas visiones muestran la complejidad de los mecanismos de formación de los recuerdos evocados por la memoria de las sociedades -la forma en que la mente humana transforma un haz de sensaciones diversas en un recuerdo-, sugieren caminos útiles para comprender el proceso de formación de la memoria colectiva...”⁵²

De este modo, frente a la ausencia de sentido del mundo, el concepto de cultura que planteó la UNESCO *permitiría* brindar a las sociedades un conjunto menos fragmentado de elementos socio-culturales, aunque estos no poseyeran la misma significación ni ocuparan el mismo lugar; por lo tanto, dicho planteamiento serviría para ajustar una relación cada vez

⁵⁰ Fontana, Joseph, *La historia de los hombres: el siglo XX*, Barcelona, España, Ed. Crítica, 2002, p. 140.

⁵¹ No es objetivo del presente trabajo hacer un análisis en torno de la diversidad de definiciones de cultura, ni mucho menos, llevar a cabo una diferenciación entre los conceptos de cultura nacional, de masas, étnica o popular. Se trata, básicamente, de una reflexión general respecto de la relación entre la cultura y la tecnología, temas que hasta no hace mucho tiempo se consideraban por separado, como si fuesen realidades distintas.

⁵² Touraine, Alain, *¿Podremos vivir juntos?*, México, Ed. Fondo de Cultura Económica, 2003, p. 59.

más compleja entre el pasado y el presente, donde el influjo de la tecnología se torna incuestionable.

Frente a esta nueva realidad, los individuos afrontan la necesidad de ordenar un mundo cada vez más inestable, donde todo es posible al mismo tiempo sin que se le pueda evitar, controlar ni comprender; es decir, la vida se acelera por la casi obligación de aprovechar tantas oportunidades de *felicidad* como sea posible, cosa que les permite ser alguien nuevo a cada momento, en un universo desprovisto de certezas. Es un mundo donde el pensamiento común de los individuos ya no estará regido a cada instante por la tendencia a concebir todo aquello como una verdad útil para toda la vida, ahora esta idea es sustituida por aquella de *usar y tirar, válido mientras no se diga lo contrario*. Es decir, al presente ya no existe una historia única, ni un punto de vista comprensivo capaz de unificar todos los demás sino imágenes del pasado propuestas desde diversos puntos de vista.

Es decir, se trata de no dejarse encadenar al legado del pasado, lo que conlleva a perder contacto con todas las referencias ideológicas, sociales y de comportamiento que habían determinado su actuación en siglos anteriores.

“Salimos de la época de los ‘grupos de referencia’ preasignados para desplazarnos hacia una era de ‘comparación universal’ en la que el destino de la labor de construcción individual esta endémica e irremediamente indefinido, no dado de antemano, y tiende a pasar por numerosos y profundos cambios antes de alcanzar su único final verdadero: el final de la vida del individuo.”⁵³

En este contexto, la cultura implica llevar el distanciamiento y el olvido a tantas esferas como sea posible, se trata de que los individuos usen su libertad siguiendo fielmente las reglas y modalidades de conducta, correctas y adecuadas, a determinada situación espacio-temporal que les permita reconstruirse constantemente. Esta característica se intensifica dado el incremento de las tecnologías de la comunicación y la velocidad con que se transmite la información, lo que produce la sensación de estar en el *balcón del mundo* sin saber demasiado, salvo por intuición.

⁵³ Bauman, Zygmunt, *Modernidad líquida*, Buenos Aires, Argentina, Ed. Fondo de Cultura Económica, 2002, p. 13

De este modo, la cultura pasa a ser un desafío en la medida que el individuo considera que su visión del mundo ya no depende de él y es siempre frágil, fragilidad basada en la reconstrucción de sí mismo a través de productos que aparecen en el mercado en número que se multiplica hasta hacerse incontrolable, al igual que la oferta de información con que su criterio es bombardeado por todas partes.

A partir de lo anterior, la perspectiva que el individuo tiene del mundo es que éste se ha vuelto pequeño y al mismo tiempo peligroso, porque existen situaciones que no comprende o entiende y que sin embargo, su actuar debe sujetarse en gran medida a ellas.

“Cada cual percibe todo, sabe todo, pero advierte también qué cosas los separan de los demás, aunque sin desear necesariamente acercarse a ellos. El otro, ayer, era diferente pero estaba lejos. Hoy también es diferente pero esta en todas partes... Habrá que hacer, pues, un esfuerzo considerable para entenderse. En todo caso para soportarse.”⁵⁴

En esta línea, a finales del siglo XX y principios del XXI, el reto para los individuos consiste en vivir de acuerdo con las exigencias de este nuevo tipo de sociedad, caracterizada por una lógica donde los medios de generación de riqueza poco a poco se han trasladado de los sectores industriales, a los sectores de servicios. En otras palabras, en las sociedades, la mayor parte de las actividades ya no están ligadas, exclusivamente, a la creación de productos tangibles sino a la generación, almacenamiento y procesamiento de todo tipo de información. Por lo que los sectores relacionados con las tecnologías de la información y las comunicaciones desempeñan un papel particularmente importante dentro de este esquema.

Por ello, la sociedad actual concede a dichas tecnologías el poder de convertirse en los nuevos motores de desarrollo y progreso a tal punto, que la cultura hoy se aleja de aquella concepción que enaltecía los aspectos *más sublimes* del espíritu humano a través de las artes, y preconiza todos aquellos modos estandarizados de conocer, de pensar y de ser, válidos siempre y cuando tengan como base la producción y difusión de información, artefactos y bienes. Así, la cultura comienza a ser una verdad predominante que, con la mundialización de los fenómenos y procesos sociopolíticos y la globalización comercial,

⁵⁴ Darcy Ribeiro. *Op. cit.* p.39

financiera y de las telecomunicaciones, se erige ya no en el prototipo de, sino en la cultura dominante que, por más que elogie la diversidad del mundo, no deja de proclamar la uniformización de la visión del mundo; en la cual, los modos de vida y formas de organización social surgidos, hoy día, difieren de aquellos impulsados por las instituciones de antaño.

2.3 Cultura y Tecnología: la profundidad de los cambios

Las transformaciones, alteraciones o variaciones trascendentales en y para las sociedades, indudablemente, se encuentran ligadas al conjunto de normas, valores y productos de las mismas. Dicho de otro modo, la modificación de las formas de vida de millones de seres humanos siempre ha estado ligada al éxito o fracaso de su producción simbólica, espiritual y material. En el caso de las sociedades de finales del siglo XX, y principios del XXI, es aún más evidente gracias a la expansión y difusión de numerosas innovaciones científico-tecnológicas que han producido colosales cambios de importancia sociocultural, reflejo de los valores y estilos de vida de Occidente.

Es decir, con el influjo científico-tecnológico, se dio paso a una cultura que relativizó sus propias creencias y obligó constantemente a integrar hechos desconexos, a discriminar y resolver, a crear y destruir, a construir y reconstruir. En fin, se instituyó un mundo donde no hay casi nada predeterminado, y menos aún irrevocable. En él, se dieron cita nuevas formas y procesos socioculturales de modo tal que se configuraron las bases del futuro inmediato.

Por ello, no es fortuito que, sociedades e individuos asistan a una modernización insondable; en la cual, el reconocimiento de los límites del saber y el mayor nivel de desarrollo científico han traído consigo una “nueva conciencia” del carácter reducido y limitado de cada forma de conocer y aprehender. Ahora, ya no hay fundamento preciso de la realidad, esto es, se ha establecido una relación ambigua entre significados y prácticas, ninguno de los cuales puede pretender tener la hegemonía sobre los otros.

A la sazón, desaparece el *telos*, es decir, con la imposibilidad de asignar a la existencia individual, a la evolución natural o a la historia, un fin intrínseco absoluto, cada fin aparece en su carácter de elección individual relativamente arbitraria que, finalmente, deja en suspenso el interrogante sobre el sentido propio de la existencia.

Esto, inevitablemente, nos lleva a un punto clave para Occidente que es el hecho de que, en el nuevo orden que se gesta, se aprecia la irrupción de lo nuevo, lo indeterminado. Es decir, con la transmisión de un mismo código de comunicación, hábitos cotidianos, técnicas de producción y regulaciones sociales se conforma un proceso de reproducción de orden cultural ligado tanto al aspecto tecnológico como a la institucionalización *del pluralismo de valores*. Esto ha conducido a que los fines se transformen en patrimonio personal de cada individuo en el sistema cultural; en el cual ya no existe una promesa de solución aplicable a todos por igual, y las soluciones posibles no otorgan a la sociedad en general un solo significado que permita asignar un lugar único e irrepetible a cada individuo.

En este sentido, sería difícil comprender las orientaciones culturales que presentan las sociedades actuales distanciadas de la tecnología que, bajo la perspectiva de universalidad, juega un papel esencial a tal grado que, poco a poco, regiones, países, continentes, colectividades, grupos e individuos son *deslumbrados* por ella, así como por la mercancía, el mercado, el dinero, el capital, la productividad y la ganancia que circulan de manera vertiginosa convirtiéndose, así, en los aspectos sustanciales de lo que Octavio Ianni denomina: *un nuevo ciclo de occidentalización*,⁵⁵ en tanto que replantea la mundialización de procesos sociopolíticos y culturales a partir de la expansión de la tecnología.

[La tecnología es] el tejido de nuestras vidas en este momento... [es] un medio de interacción y organización social.⁵⁶

Contrariamente a lo que podría pensarse, la tecnología no es una simple herramienta para ser aplicada, es muestra de un conjunto de procesos socio-históricos que se desarrollan

⁵⁵ Ianni, Octavio. *Op. cit.* p.44.

⁵⁶ Castells, Manuel. *Lección inaugural del programa de doctorado sobre la sociedad de la información y el conocimiento* en la Universitat Oberta de Catalunya, en <http://tecnologiaedu.us.es/revistaslibros/castells.htm>, consultada el 3 de enero de 2009, a las 22:37 p.m.

continuamente en los cuales, la mente humana se convierte en el elemento productivo de primer orden, siempre y cuando se trate de perfeccionar cuantitativa y cualitativamente el conocimiento y las habilidades necesarias para el desempeño de papeles económicos, sociales y culturales que, respectivamente, impone la nueva cultura mundial.

Esta cultura pone en marcha todos aquellos recursos de que dispone dicha tecnología, con la intención de aleccionar a individuos, pueblos, naciones y continentes; sin embargo, este proceso no fluye apaciblemente. En primer lugar, porque las naciones actúan de forma diversa, divergente o aun contradictoria; en segundo, porque los pueblos, grupos, clases o sociedades poseen sus propias características y condiciones y, por ello, continúan interrelacionándose culturalmente, devolviendo elementos culturales con componentes distintos.

En otras palabras, las ideas, los hábitos, las costumbres, los valores, entre otros, emergen con otros significados y perspectivas, en gran medida porque se debilitan o traspasan ciertas estructuras y criterios socioculturales occidentales, abriéndose ciertas posibilidades y particularidades -de todo tipo- que trastocan conceptos universales que expresaban y articulaban significativamente modos de ser, de pensar e imaginar. Dicho de otro modo, en la esfera cultural, no sólo resurgen tradiciones o configuraciones *caducas* sino que se revela un *todo nuevo* caracterizado por el fuerte e incontrolable influjo de la tecnología, lo que muestra la existencia de una pluralidad de mundos, en donde se crean y recrean numerosas y diferentes formas de vida.

“[La tecnología] tiende a conferir su luz a todo lo que toca, descubre, recubre, modifica, ilumina. Las cosas, las personas y las ideas, los espacios y los tiempos, lo real y lo imaginario se pueden alterar mucho o poco de manera lenta o repentina. Una iluminación general en la que se baña todo lo que encuentra y alcanza, cercano y lejano.”⁵⁷

En tal situación, las sociedades se definirán, indudablemente, con relación a mecanismos de producción, tratamiento y distribución de información, así como de la innovación e infraestructura necesarias para la utilización de la tecnología en todos los ámbitos de la vida

⁵⁷ Ianni, Octavio. *Op. cit.* p. 52.

social. Esto ocasiona que muchas de las acciones de los individuos se conformen en torno de ella, a tal grado que se convierte -la tecnología- en una especie de culto, en un mito, algo que otorga autoridad, ventaja, superioridad.

“La tecnología [...] está relacionada de muchas formas con las funciones de la inteligencia humana. No puede llevarse a cabo ninguna actividad mecánica ni intelectual sin [ella], lo cual explica la fuerza penetrante de la misma”.⁵⁸

De ahí que la tecnología se torna como algo incontrolable en la medida que los individuos son despojados de si mismos,⁵⁹ transformando los referentes con los cuales se organizaban a partir de valores y símbolos adquiridos en el ámbito de su territorio y colectividad. Ahora, dichos referentes son retomados desde cualquier lugar, desde cualquier colectividad, grupo, sociedad y en cualquier tiempo, cambiando por completo aquellos órdenes constituidos desde siglos atrás. En otras palabras, los individuos se convierten en extraños porque la tecnología penetra en todas y cada una de sus decisiones y acciones, a tal punto que ésta se independiza de los individuos y los hace producto de la misma.

Este proceso, característico de las sociedades actuales, lo mismo aproxima que activa e integra, aunque también diversifica, enajena y opone, tanto en el ámbito de las relaciones entre individuos, como en el de las relaciones entre colectividades, todo ello a través de las tecnologías de la información y las comunicaciones. Éstas se han convertido en el elemento central para la expansión y difusión de aquellos criterios y estructuras occidentales.

En este contexto, más allá de las definiciones que existen o se puedan dar de las tecnologías de la información y las comunicaciones (TIC), lo cierto es que éstas se constituyen como el medio a través del cual se transmiten formas simbólicas que determinan, en mayor o menor medida, ideas, pensamientos, imágenes, formas de ser, y tantas cosas más que en el

⁵⁸ Castells, Manuel, “El papel de las nuevas tecnologías en la reestructuración económica mundial”, en *Problemas en torno a un cambio de civilización: Modelos de futuro, nuevas tecnologías y tradición cultural*, Barcelona, España. Ed. Nuevo Arte Thor, 1988, p. 140.

⁵⁹ Cuando hablamos de las TIC, hacemos referencia a las técnicas y los saberes propios de una cultura, creados localmente y en un momento puntual de la historia de la humanidad. Sin embargo, para efectos del presente trabajo, se retoma el concepto de tecnología en lo individual, puesto que nos concierne lo que ésta representa, significa y simboliza para las sociedades y los individuos en todos los ámbitos, y no sólo en lo relativo al aspecto de las comunicaciones al que hacen referencia las TIC que, no obstante, más adelante abordaremos.

presente trabajo no terminaríamos de enumerar. No obstante, subrayo aquellos elementos que, en la actualidad, nos permiten hablar de una sociedad no sólo enmarcada por la tecnología y el cúmulo de información recibida, transmitida y difundida sino también, y por qué no decirlo, de una sociedad "materializada" por todo aquello que ve, consume, asume y asimila.

“...el crecimiento de las tecnologías de la información y las comunicaciones, abre nuevos caminos para que los individuos participen activamente, les brinda la posibilidad de nuevos mecanismos de identificación, generando sentidos de pertenencia que trascienden las fronteras. Sin embargo, dichos cambios permiten identificar la tendencia hacia la configuración de una cultura global.”⁶⁰

En este sentido, la tecnología unida a la ciencia, ha producido en los últimos decenios un cambio claramente perceptible en la forma de vivir y de entender la realidad. El desarrollo ineludible de la ciencia ha permitido conocer más y más cosas sobre el mundo que nos rodea, sobre los individuos y sobre las organizaciones sociales que se han construido. Pero de manera particular, la tecnología ha permitido a los individuos, además de transformar al mundo y las sociedades, transformarse incluso a sí mismos a tal punto, que pareciese acercarlos a lo que podríamos llamar *el viejo sueño de los Ilustrados*. Sin embargo, el uso de la tecnología ha traído consigo un modelo cultural en el que, tanto mensajes como contenidos, están adecuados a la búsqueda del “ser” a través de un consumo que particulariza, segmenta y arrasa con todo aquello que hasta ahora los individuos creían conquistado, llámese libertad, progreso, fraternidad o igualdad. Indudablemente, estas ideas han quedado inmersas y sujetas al ámbito tecnológico, esencial para entender el signo de nuestro tiempo.

Dichas ideas se encuentran enmarcadas por el consumo, el cual no habría sido posible sin la participación de las TIC's que fungen como portadoras y difusoras universales de imágenes, más o menos estandarizadas, de información y de contenidos que denotan una uniformidad de modos, hábitos y costumbres en todo el orbe. Es decir, cada día más, las tecnologías -visibles e invisibles- permean la vida cotidiana de las sociedades de tal forma,

⁶⁰ Castells, Manuel, *La era de la información economía, sociedad y cultura*, Ed. Siglo XXI, México, 2000, p. 243.

que dotan a los individuos de la “libertad de elegir” todo aquello que deseen, aunque siempre sus decisiones y elecciones están circunscritas dentro de criterios establecidos con anterioridad.

“[En la nueva sociedad] se presenta una nueva obligación (la obligación de elegir) como libertad de opción. Se podría decir que la tan estudiada, criticada y vilipendiada profecía de Rousseau ‘se debe obligar a las personas a ser libres’ se hizo realidad siglos después.”⁶¹

En definitiva, durante el siglo XX se configuró una nueva forma de entender la cultura en el momento en que la irrupción y desarrollo de las nuevas tecnologías conformaron una serie de cambios estructurales, a nivel económico, laboral, social, educativo, político y de relaciones, donde la información aparece como el elemento clave, aglutinador, y el consumo emerge como el elemento estructurador de este tipo de sociedad. En otras palabras, la información aparece como la panacea que vino a abanderar toda una serie de cambios que configurarían nuevas pautas sociales, motivadas por el consumo. Ahora, ya no se trata sólo de producir bienes tangibles, sino también de “producir” bienes ligados a la educación, la salud, la información, el medio ambiente, el entretenimiento, entre otros más.

Frente a esto, hoy día la cultura *se ha convertido en el caldo de cultivo* en el que las diversas explicaciones de la realidad en ámbitos tales como el político, técnico y social aparecen y se mezclan entre sí; constituye el tejido del que están hechas las relaciones técnicas, políticas y sociales donde las tecnologías de la información y las comunicaciones se materializan en el medio donde vivimos, en el vocabulario que utilizamos y en las normas y valores con los que juzgamos y somos juzgados. Nuestra vida se controla, en gran medida, mediante artefactos técnicos que incorporan reglas y hábitos o mediante decisiones basadas en procedimientos estandarizados o métricos.

Cabe destacar que ni la tecnología -del tipo que sea- determina la sociedad ni la sociedad determina la tecnología: ambos dominios se coproducen constantemente en un proceso en el que la distinción misma entre lo social y lo tecnológico se diluye, dado que se encuentran en estrecha interacción, a tal grado que la tecnología, al considerarse *socialmente*

⁶¹ Bauman, Zygmunt, *Vida de consumo*, México, Ed. Fondo de Cultura Económica, 2007, p. 105.

construida, es y seguirá siendo un factor estratégico en todas y cada una de las actividades de los individuos y las sociedades en un mundo que cambia vertiginosamente.

En otras palabras, con las TIC el trabajo, la educación, el ocio, el comercio, entre otros ámbitos, han cambiado significativamente; sin embargo, éstas no son las únicas transformaciones. A un nivel menos evidente, también la vivencia del espacio y del tiempo se ha alterado, así como la identidad individual y la colectiva y, por ende, los vínculos entre los individuos. Hoy, los seres humanos se relacionan entre sí, independientemente del lugar físico que ocupen en el mundo, se disuelven las fronteras y se desarraigan las cosas, las personas y las ideas.

En este sentido, la profundidad de los cambios en la sociedad actual se da a partir del momento en que las formas de relación y organización social, de difusión del conocimiento y del saber producen sus propios mitos y símbolos, generando así sueños de igualdad social, libertad, democracia, paz y armonía, ahora ya no sujetos a un discurso de tipo religioso, sino a una explicación del desarrollo de la sociedad que, en gran parte, se resume gracias al ideal permanente que ha tenido como eje central el motor mecánico.

Así, las sociedades arriban al presente con un bagaje colmado de nuevas tecnologías que potencian, como nunca antes, la comunicación pero también el aislamiento, la diversidad, la homogeneización, la creatividad, el consumo, la movilización social, la adicción a la trivialidad, el desarrollo democrático e, incluso la exclusión y el control.

En suma, la tecnología asiste a una verdadera metamorfosis cultural en donde la información se mueve casi con absoluta libertad por todas partes; es decir, lo que ocurre en un punto del planeta puede verse inmediatamente en todos los televisores o computadoras del mundo, crece el agobio por el exceso de información y la sensación de manipulación ideológica por los grupos de poder que, a través de los medios de comunicación masiva, configuran la opinión pública y afianzan determinados valores. Por lo tanto, las TIC imponen nuevos patrones en las relaciones sociales: nuevas formas de comunicación interpersonal, nuevos entretenimientos. Además, existe la tendencia hacia un pensamiento

único de vida -sobre todo en temas científicos y económicos- debido, en gran parte, a la labor informativa de los medios de comunicación, especialmente la radio y la televisión por la naturaleza de su cobertura.

Aunado a lo anterior, se intensifica la movilidad de las personas por todos los países del mundo, lo que hace necesaria la unificación de pautas de actuación que refuercen la sensación de pertenecer a una comunidad mundial, aunque los países más desarrollados van imponiendo su idioma, instrumentos y procesos tecnológicos, entre otros aspectos, impactando la identidad cultural de las sociedades.

Del mismo modo, se da gran importancia al momento presente y a la inmediatez, al *tener* por sobre el *ser*, por lo cual, se modifican las relaciones personales y familiares; ejemplo de ello es el incremento en el porcentaje de personas que viven solas (solteras, divorciadas o viudas), y la aparición de nuevos modelos de agrupación familiar: monoparental, homosexual, entre los más comunes.

Otro de los aspectos que ha caracterizado a la nueva sociedad es la consolidación de una globalización de la economía, que supone el desarrollo de grandes empresas y grupos multinacionales actuando en un mercado único en el cual, mercancías, capitales y personas se mueven con gran “libertad” por todo el planeta, haciendo necesaria una alfabetización científico-tecnológica de todos los individuos para que puedan adaptarse a las modificaciones en la organización del trabajo y en muchas de las actividades habituales que suponen el uso intensivo de las TIC. La imposibilidad de acceder a éstas, supone analfabetismo y marginación ya que, en la actualidad, se valoran los trabajadores cualificados, con iniciativa, capacidad y adaptación tecnológica y organizativa.

Estos son algunos de los elementos presentes en el torbellino cultural e ideológico de estos tiempos, donde los vínculos globales han hecho que las sociedades de todo el mundo se parezcan un poco más entre sí, al menos en los aspectos más superficiales. Pero también han generado mayores diferencias.

“[Existe]...una cierta disposición a la diversidad (...) a la coexistencia de diversas culturas en la misma experiencia individual (...) a relacionarse con el otro (...) a abrirse a experiencias culturales divergentes (...) a buscar el contraste (...) y a salir adelante y encontrarse un hueco escuchando, observando, intuyendo y reflexionando.”

62

En el seno de la sociedad actual se desdibuja la línea divisoria entre particularidades y universalidades heredadas del pasado y surgen otras; es decir, lo singular y universal no sólo se modifica sino que muestra significaciones recreadas, nuevas e insospechadas, lo que denota un cambio radical de dirección en la historia de la humanidad, *sin que ello implique la certeza de saber hacia dónde vamos*, dado que uno de los rasgos más significativos del desarrollo de la sociedad, hoy día, consiste en articular estrechamente hábitos, costumbres, formas, ideas e ideales de sociedades físicas e históricamente distantes.

En otras palabras, los múltiples referentes culturales existentes han modificado la forma de entender las delimitaciones de las sociedades, tanto en lo que respecta a los hábitos cotidianos de la alimentación o la vestimenta, como a los símbolos y significados. Lo anterior no indica que los hombres de este tiempo dejen de experimentar la cultura con las especificidades que le otorga el entorno inmediato donde se desarrollan; simplemente, la relación entre colectividad e individualidad se ha vuelto más confusa y ha implicado la mundialización del poder político-económico y, al mismo tiempo, una individualización relativa de las conductas y los valores. En gran medida, todo ello es resultado de la explosión de las TIC, debido a que éstas han ampliado y profundizado redes culturales por todo el mundo, erigiéndose así una sociedad fundada en la economía política del capitalismo, de la reproducción ampliada del capital y de la acumulación a escala global.

“A esta altura de la historia, lo singular y lo universal se impregnan de nuevas mediaciones y encuentra otras posibilidades de expresión, realización, desarrollo y florecimiento. Entonces las relaciones, procesos y estructuras [socioculturales] pueden manifestarse en nuevos espacios y tiempos. Ahora todo y todos se encuentran todavía más sujetos y activos a la máquina del mundo: individuo y sociedad, grupo y clase, movimiento social, partido político y corriente de opinión pública, ideología y utopía.”

63

⁶² Hannerz, Ulf, “Cosmopolitans and locals in world culture”, en *Theory, Culture and Society*, London, Sage, 1990, p.239.

⁶³ Ianni, Octavio. *Op. cit.* p. 57.

Así, este proceso global y continuo se ha convertido en una necesidad real para los individuos y las sociedades que hoy, se alimentan y retroalimentan de cambios súbitos y estímulos permanentemente renovados que, inevitablemente, conlleva la interconexión y la formación del tejido sociocultural de nuestra época. Al mismo tiempo, cada transformación o cambio implica la existencia de múltiples elementos que revelan confusión e incertidumbre en los individuos, sin importar el país o la región de que se trate. En otras palabras, puesto que este proceso es de carácter global se piensa que existe, por una parte, un sistema de referentes confiables e inmutables; y al mismo tiempo, se deja el camino abierto a la existencia de una abigarrada colección de formas, símbolos y, por ende, de elecciones que deben enfrentar y asumir, tanto individuos como sociedades. En este sentido, no se puede hablar de las sociedades del siglo XXI sin relacionarlas con el uso de la información y con el acceso social a las TIC para responder a las exigencias que el proceso mismo demanda a las sociedades y a los individuos.

En este contexto, en definitiva, no escapa a este proceso ninguna sociedad, pues como ya se ha mencionado, el impacto que ha tenido no ha sido necesariamente uniforme; es decir, no se ha presentado con las mismas características en los distintos escenarios. Por ello, no podemos dejar de lado el horizonte sociocultural que permea a América Latina, donde las tradiciones no terminan de irse y las tecnologías no acaban de llegar.

2.4 La difusión de una cultura dominante: la experiencia de América Latina

Pensar el mundo como una sociedad global en la que las relaciones, los procesos y las estructuras económicas, políticas, demográficas, geográficas, históricas, culturales y sociales se desarrollan a escala mundial, es una circunstancia que, en mayor o menor medida, marcó a las sociedades de fines del siglo XX y constituye una realidad, sin discusión, del actual siglo XXI.

Este hecho no es fácil de describir debido a la compleja problemática actual que caracteriza a las sociedades. Aún más difícil es tratar de comprender el significado que ésta involucra. La dificultad surge de la multitud de situaciones concretas que experimentan los diversos

países del mundo. Si bien gracias a la globalización el mundo tiende a estrecharse en términos económicos y comunicacionales, la pluralidad de contextos y de historias hace que sea complicado emitir un juicio único sobre la totalidad de las situaciones dado que:

“Lo universal “vive” como depositado en lo singular, pero no en cualquiera ni en uno solo a través de la historia sino en aquel que en un momento dado exprese mejor, a través de su singularidad, la ley y esencia de lo universal.”⁶⁴

En el caso de América Latina y su relación con el mundo, ésta se ha dado no por creación sino por reacción, no desde adentro sino desde afuera; es decir, echando un ligero vistazo a la historia latinoamericana podemos percatarnos de que su relación con Occidente considera diferentes posiciones políticas e ideológicas que "inventaban " la historia desde límites a priori que permitían fundar su realidad presente. En otras palabras, históricamente, América Latina es una región desintegrada y desarticulada cuyo desarrollo se orienta en la dirección de líneas sociales y políticas diferenciadas, por ende, hablamos de una región heterogénea en cuanto al grado de desarrollo y también en cuanto a sus orientaciones.

En este sentido e indudablemente, hablar de América Latina no significa que a todos los países los consideramos desde una misma y única visión puesto que hay que pensar que cada país de Latinoamérica, aunque posee rasgos comunes con los demás, también tiene diferencias de todo tipo pero sobretodo, divergencias culturales con el resto. Por tanto, mencionar a América Latina en el presente apartado indica que, aun cuando dicho continente sea parte de Occidente, existen claramente diversos niveles de profundidad en su desarrollo cultural.

Pero no basta con afirmar que América Latina es parte de Occidente, es menester señalar que tiene una manera específica de estar. En este sentido, siempre será necesario tener presente que hablar de cultura y Latinoamérica, implica tener como marco de referencia el pasado y el presente, y cada país cuenta con diferencias regionales profundas, determinando todavía hoy la personalidad nacional de la cultura de nuestros países, de sus regiones internas, de sus tonos en el lenguaje, modismos, música, arte, artesanías, creencias, etc.

⁶⁴ Fabelo Corso, José Ramón, *Los valores y sus desafíos actuales*, La Habana, Editorial Oriente, 2003, p. 225.

En esta tónica, es importante mencionar que Occidente ha sido presentado ante los ojos latinoamericanos, en distintas épocas y por diversas razones, como la máxima expresión de la idea de *universalización*. En esta línea, el descubrimiento de América marca el inicio del proceso de occidentalización y constituye también, de manera nada casual, un momento decisivo en la evolución del capitalismo como primera forma universal de organización económica, social y cultural. Podemos afirmar que América Latina es producto real de ese capitalismo, es *hija de la occidentalización del mundo*; es, de hecho, la sociedad que en su totalidad *híbrida* nace al mundo reinventada por la capitalización global del planeta.

“Nuestra historia ha estado [...] íntimamente vinculada con la de los protagonistas de los principales acontecimientos con significación universal. Para bien o para mal, América Latina nunca ha sido independiente de los procesos globales que han tipificado la evolución histórica universal.”⁶⁵

En otras palabras, ninguna región del mundo ha sido, en su desarrollo socio-histórico, tan dependiente de procesos globales no originados en su propio seno como América Latina, cuya historia y particularidad radican ante todo en su estrecho nexo con la universalidad. Ejemplo de ello han sido acontecimientos como la conquista y colonización, que permitieron el financiamiento del desarrollo del capitalismo en Europa; las guerras de independencia latinoamericanas, que se inspiraron en la revolución francesa; el tránsito del capitalismo a su fase imperialista, que tuvo como una de sus primeras manifestaciones en este continente, la guerra hispano-cubano-norteamericana. Del mismo modo, las guerras mundiales, así como la guerra fría, tuvieron sus respectivas repercusiones.

Para América Latina, estos y otros sucesos significaron una enorme suplantación de valores, hábitos, costumbres, estilos de vida, importados y ajenos a ella misma. Dicho de otra forma, todos estos procesos han caracterizado en cada momento las principales tendencias derivadas de la evolución histórica de América Latina es decir, *su impacto será diferente en cada territorio, grupo, nación o sociedad*, puesto que es un proceso asimétrico en cuanto a la economía, la información, los conocimientos y la cultura que significa, al mismo tiempo que dentro de las asimetrías existentes, confluyen ciertos patrones y estándares que exige el proceso occidental mismo.

⁶⁵ *Ibid.* p.220.

En este contexto, Occidente, con el protagonismo indiscutible que dentro de él hoy tiene Estados Unidos, no desiste en sus intentos de universalización. Desde hace varias décadas, el *american way of life*⁶⁶ se propaga a diestra y siniestra por el mundo creando un escenario caracterizado por múltiples y complejos modos y estilos de vida que se muestran como el instrumento que permite diversas transformaciones de la cotidianeidad.

Dicho de otro modo, América Latina, desde su conformación hasta nuestros días, ha estado enmarcada por una transformación institucional *rápida* y extensa. Es una especie de metamorfosis, donde todo lo habido no tiene origen ni fronteras, donde todo es, simplemente, impulsado por *ilusiones globales* que, a final de cuentas, pasa a formar parte de *la cultura consumista globalizada y de un compromiso ideológico universal*, donde las tecnologías de la información y las comunicaciones han tenido gran influencia en este proceso.

Es decir, hoy día, América Latina, se encuentra enmarcada en un contexto plagado de innovaciones científico-tecnológicas que provocan, entre otras cosas, incertidumbre respecto del sentido y el valor de la vida y, por ende, de las sociedades y los individuos mismos. Esto es, las tecnologías de la información y las comunicaciones, como medios de propagación, difusión y aprehensión de pensamientos, imágenes, ideas, valores, etcétera, han creado *un universo simulado* en el que no se excluyen por completo los sentimientos, los deseos, las inclinaciones y un sin fin de elementos inherentes al ser humano, sino que se incorporan más al igual que otros elementos de carácter material que denotan un cambio respecto de las actitudes y modos de vida de las sociedades latinoamericanas.

En este sentido, las sociedades dependen de la necesidad implícita del reflejo de sus valores y estilos a través de las tecnologías de la información y las comunicaciones, de los aparatos útiles y de los sistemas de difusión, expansión y consumo de productos de todo tipo pero, principalmente de aquellos que generen un impulso irresistible de querer estar "al día"; quiere poseer "lo último", con el paradójico resultado, por lo demás, de que cuando ha

⁶⁶ Expresión que da cuenta del estilo de vida americano (estadounidense) y que en términos generales, hace referencia a la forma de entender en los Estados Unidos el sistema democrático, la sociedad de consumo y la economía de mercado que tienden a universalizarse con la globalización.

adquirido lo "último", lo "nuevo" ya ha salido al mercado, es decir, se asiste al cambio perpetuo de las normas y en el estímulo de vivir al instante: el presente se ha erigido en el eje principal de la temporalidad social. Por tanto, se permite la cosificación del pensamiento en todas sus expresiones. Así, las sociedades hoy día, de manera particular las de América Latina, alcanzan un *nivel de bienestar extraño* a las de sus generaciones pasadas, otorgándole así un sentido distinto al ámbito cultural.

De este modo la cultura, entendida como un fenómeno social que sólo existe por la relación organizada entre los miembros de una sociedad, se convierte en un aspecto estratégico en y para las sociedades actuales, que tiene como base principal a los medios de difusión, sean los tradicionales como la imprenta, los más modernos de la electrónica o los de último minuto vinculados al Internet y las múltiples expresiones de la comunicación computacional. En palabras de Paul Hawken:

“...nuestras mentes están siendo invadidas por adictivas [tecnologías de la información y] medios de comunicación que sirven a los auspiciadores empresariales cuyo objetivo es reconfigurar la realidad para que los [usuarios] olviden el mundo que los rodea.”⁶⁷

Es decir, en América Latina el desarrollo tecnológico acelerado ha ido aparejado a un proceso de globalización que en lo económico, ha significado una ampliación de los mercados financieros, comerciales y de las innovaciones informáticas y de telecomunicaciones. Sin embargo, la globalización también ha servido para resaltar las diferencias y para colocar sobre el tapete el tema de lo cultural como el espacio que se rebela a ser homogeneizado por una cultura única -básicamente norteamericana-, el cual aparece hoy más imbricado que nunca con lo comunicacional, como espacio donde se debaten los conflictos por el ejercicio del poder simbólico, el poder de las palabras, las significaciones y los valores.

“...en América Latina, este proceso viene siendo percibido sobre los marcos de una apertura económica, donde la racionalidad instrumental sustituye los proyectos de emancipación social y estimula la desintegración del tejido social.”⁶⁸

⁶⁷ Korten, David C., *Cuando las transnacionales gobiernan al mundo*, Santiago de Chile, Ed. Cuatro Vientos, 1998, p. 121.

Eso nos dice que el campo de la cultura ilustra la *cercanía* que proporcionan las tecnologías de la información y las comunicaciones en América Latina no resulta sencillo, puesto que es cierto que aproximan regiones, continentes o naciones, pero al mismo tiempo las alejan al volverlas más complejas y diversificadas en términos culturales. Particularmente, esta diversificación obedece a factores de distinta naturaleza, desde los contrastes geográficos, tecnológicos, hasta los económicos y educativos, además de otras condiciones más específicas como pueden ser la edad o el sexo, por ejemplo. En conjunto, estos factores propician la formación y reproducción de elementos culturales característicos a partir de los cuales se refuerzan, construyen o transforman vínculos entre las sociedades e individuos; no obstante, actúan en favor de una *aparente uniformidad cultural* que se da en tanto que este proceso de globalización consolida y hace viable la creciente articulación intercultural de todas las sociedades humanas consideradas a distintas escalas, constituyendo un potencial de enriquecimiento asombroso de la experiencia humana en medio de la diversidad.

Desafortunadamente, esta potencialidad se ve enfrentada por la globalización neoliberal que supone un proyecto explícito de imposición hegemónica, con base en una economía capitalista, un modelo dominante, el pensamiento único y la homogeneización cultural. En este contexto, es indudable que en el mundo contemporáneo operan tendencias fuertemente orientadas hacia una determinada “unificación del mundo”, cuya fuerza es mucho más intensa de las que se han conocido en el pasado.

Así pues, América Latina es testigo y partícipe de una progresiva conjunción intercultural a través de la cual se están articulando todas las sociedades, y los múltiples niveles de la actividad humana están conformando un sistema interdependiente que combina y recombina espacios y temporalidades. No obstante, el elogio indiscutible del tipo de globalización difundida ha llevado a sus exponentes a sostener la consideración de una globalidad homogénea, uniformadora, promovida por Estados Unidos y corporaciones multinacionales. Estamos hablando de una globalización impulsada por la expansión del

⁶⁸ Borja Jordi, Castells, Manuel, *Local y global. La gestión de las ciudades en la era de la información*. Madrid, Ed. Taurus, 1997, p. 24

mercado internacional que no integra sino que fragmenta, que genera desigualdades y que promueve una erosión de las identidades.

En este orden de ideas, se habla de un proyecto hegemónico que busca imponer la masificación, un orden económico excluyente, un pensamiento único y una uniformidad cultural que tiene por modelo a la versión reducida de la cultura de masas norteamericana; por otro lado, la articulación real o potencial que de manera creciente configura órdenes de interconexión entre identidades societarias de distintas dimensiones, como es en el caso de América Latina. Por tanto, cuando hablamos de una aparente uniformidad cultural, hacemos alusión a la forma como las sociedades, especialmente las de Latinoamérica, asumen los productos, imágenes, mercancías e ideas difundidas que, inevitablemente, incorporan un modo de entender la realidad, cuya concepción responde, fehacientemente, a los parámetros de la ideología dominante, siempre liderada por los Estados Unidos.

A partir de esto resulta evidente que en América Latina, dada su posición geoestratégica respecto de dicha nación, las transformaciones provocadas por las TIC han impactado, más allá del aspecto económico, el ámbito sociocultural, con una incidencia inmediata en la vida cotidiana de los individuos. En otros términos, hoy día las TIC son el principal instrumento en y para la expansión de determinados valores.

“Hoy concebimos a América Latina como una articulación más compleja de tradiciones y modernidades (diversas, desiguales)...”⁶⁹

En otras palabras, las sociedades de América Latina se encuentran ante *una nueva manera de estar en el mundo* donde priva un modo de vida, de comportamiento, de pensamiento, de aspiraciones, de ocio, esto es, de vivir la vida, de pensarla, de relacionarse con la naturaleza y con otros individuos, de expresar las emociones y anhelos. Se trata pues de una mayor circulación de productos pero, sobre todo, de una rearticulación profunda de la relaciones entre sociedades y, por ende, de los procesos simbólicos que constituyen lo cultural y las formas de producción y distribución de bienes y servicios.

⁶⁹ García Canclini, Néstor, *Culturas Híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México, Ed. Grijalbo, 1989, p.23.

A nivel mundial, pero de modo particular en América Latina, la mediación de las tecnologías de la información y las comunicaciones ha dejado de ser algo instrumental para transformarse en estructural, pues lo que ha cambiado no es el tipo de actividades en las que participan los individuos sino su capacidad para procesar símbolos y significados. Por tanto:

“...se trata de comprender entonces que las tecnologías de la información y las comunicaciones remiten hoy no a unos aparatos sino a nuevos modos de percepción y de lenguaje, a nuevas sensibilidades y escrituras...”⁶⁷

En este contexto, insertar a América Latina en la dinámica mundial implica comprender a las TIC como parte sustantiva del campo de la cultura, pues han definido la relación de exposición y apertura en la que se hallan los individuos; es decir, por un lado, llevan adelante la tarea de transformar y de recrear lo propio y, por el otro, de conseguir una apropiación creativa y una invención de *lo otro*. Por tanto, la cultura se ha convertido en el espacio estratégico de comprensión de las historias, las experiencias y las memorias, es decir, entender todo aquello que significa el *vivir juntos*.

Por esta razón, y dada la multiplicidad de procesos multidireccionales que se entrecruzan y articulan entre sí, el vínculo entre cultura y tecnología se constituye como una fuerza capaz de introducir transformaciones y de emprender una búsqueda del sentido y del significado de las relaciones entre individuo y sociedad, en virtud de que abarca el conjunto de procesos a través de los cuales determinada sociedad representa e instituye *imaginariamente lo social*, concibe y gestiona las relaciones con los otros, o sea las diferencias; ordena su dispersión mediante una delimitación que oscila entre el orden y el desconcierto lo cual, hace posible el funcionamiento de la sociedad local y global y los actores, y, por tanto, ya no es posible pensar hoy los procesos, los medios y las prácticas de comunicación sin asumir que se vive en un mundo globalizado.

De este modo, hablar del presente de América Latina significa realizar un despliegue de su pasado; sin embargo, referirse a su futuro implica aludir a su presente porque en este aún

⁶⁷ Martín Barbero, Jesús, “Tecnificadas, identidades, alteridades: des-ubicaciones y opacidades de la comunicación en el nuevo siglo”, en *Diálogos de la Comunicación*, México, ITESO, 2000, p. 12.

esta naciendo -lleno de promesas- su futuro. Desde esta visión, el futuro es más importante y decisivo que el pasado y el presente. El pasado y el presente fueron un día futuro.

Y hablar del futuro de América Latina en el mundo actual implica señalar que dicho continente avanza, con adversidades, hacia un mundo sin fronteras en muchos ámbitos: políticos, comerciales, financieros, sociales, productivos y culturales, lo que genera riesgos y oportunidades en un contexto lleno de incertidumbre, que resulta muy difícil de manejar para millones de individuos y, dado el vertiginoso desarrollo tecnológico que se está desarrollando, cualquier sociedad, individuo o clase se ha vuelto frágil ante cualquier producto imagen, idea o elemento antes extraño. Más que nunca, la cultura estará orientada al consumo y al entretenimiento, al uso de bienes e imágenes. El impulso central, es y será *comprar para ser*, y América Latina se mueve en este espacio.

Estos cambios tan dramáticos revelan que nos enfrentamos a un cambio de época trascendental. Las sociedades, a través de la historia, se constituyeron por personas y grupos que compartían un espacio y un tiempo, que competían entre sí para imponer sus respectivas opiniones respecto de lo que deberían ser los objetivos e intereses sociales. Hoy, ya no están sujetas a los límites del espacio-tiempo. En ellas, los valores y objetivos pueden establecerse sin referencia a lugar, pasado o futuro, las expresiones culturales, de cualquier tiempo y espacio, pueden establecerse en un solo contenido, sujeto a continuas y arbitrarias modificaciones, listo a ser transmitido, en cualquier momento, según los intereses de quien lo envíe y del estado de ánimo de quienes lo reciben.

Es una cultura con estas características la que ha definido categorías, perfilado comportamientos, generado políticas, cultivado sueños y ha creado no pocas pesadillas, pues apenas comienzan a consolidarse nuevas situaciones, surgen renovados impulsos de cambio y transformación que obligan a adaptarse constantemente a un entorno altamente variable e inestable. El futuro se vuelve bastante impredecible y Latinoamérica debe asumir grandes riesgos ante la velocidad de estas transformaciones. El mundo de la información y la comunicación sólo se sostiene con nuevas informaciones y comunicaciones. El riesgo de quedar aislado si no se participa de estas tendencias, puede pagarse caro.

En suma, y dado que concebimos el vínculo cultura-tecnología como una dimensión de todos los fenómenos sociales, distinguible analíticamente pero no separable como proceso autónomo, habrá de entenderse que el análisis de dicha relación, desde la dimensión cultural, está íntimamente unido con el estudio del plano histórico, económico, político y financiero de las sociedades, cuyas particularidades permiten distinguir tendencias, limitaciones, convergencias y divergencias de esta dinámica global que, hoy día, muestra otra intensidad, e implica factores inéditos. Este proceso está relativizando y modificando tradiciones, confrontándolas vertiginosa e inesperadamente con innumerables historias, creencias, valores y costumbres, como podemos percibirlo en países como México.

La apertura al mundo que México ha experimentado en las últimas décadas es una muestra vívida de este proceso con carácter global que fue introduciéndose, silenciosa y paulatinamente, en nuestras vidas cotidianas. De ahí que sociedades como la mexicana, con todas las diferencias que la caracterizan, vayan abandonando radicalmente sus parámetros anteriores, por considerarlos arcaicos; no obstante, no se encuentran parámetros de relevo, que no sean la más absoluta libertad, con sus mejores y sus peores opciones, todas igualmente válidas.

CAPÍTULO 3.

MÉXICO EN EL CONTEXTO GLOBAL: UNA LEVE MIRADA A SU DINÁMICA SOCIOCULTURAL ACTUAL

Por razones de sinceridad y honestidad intelectuales, considero oportuno aclarar que las siguientes reflexiones son, necesariamente, generales e inacabadas. Son generales porque intentan sistematizar la dinámica sociocultural actual de la sociedad mexicana, sin establecer las diferencias existentes entre los diversos estratos sociales.⁶⁸

Son reflexiones inacabadas porque no pretenden dar cuenta de todas y cada una de las transformaciones y todos los hechos sino, selectivamente, de los que, de acuerdo con la línea de la investigación, podrían ser más significativos, en virtud de que se muestran como criterios unificadores, para dar lugar a múltiples y confusas, e incluso contradictorias formas de interacción social, teniendo como trasfondo la modificación de costumbres, símbolos, signos y valores de las sociedades. En otros términos, el presente trabajo está pensado, básicamente, como una aportación -aunque mínima- a la discusión sobre la realidad que, actualmente, enfrentan las sociedades -específicamente la mexicana-, donde lo único seguro, al menos en lo referente a sus resultados inmediatos y no tan inmediatos, es la incertidumbre que nace de la “inevitable necesidad” de olvidar, borrar, dejar y reemplazar, características intrínsecas de la globalización.

Abordar el tema de la globalización, una vez más, podría parecer para muchos una redundancia. Sin embargo, el tema es tan ininteligible y con tantas facetas, que siempre existe la posibilidad de aportar algo diferente, sobre todo si es visto como un proceso *pluridimensional* en el cual se pueden distinguir, además del económico, otros aspectos tales como el político, y el sociocultural que, en estrecha conexión, mantienen al mundo en una transformación permanente.

⁶⁸ No espere el lector encontrar -a lo largo de este capítulo- una dilucidación precisa respecto del impacto social y cultural que el proceso de globalización ha tenido en cada clase o estrato social en México, pues el objetivo es realizar una aproximación inicial y general respecto de los cambios y transformaciones culturales que ha implicado dicho proceso en el contexto actual.

Dicha transformación, alude al profundo engarce entre la trayectoria histórica de Europa, Estados Unidos y América Latina, originada desde el momento en que la idea de progreso se asume como el principio fundamental del proyecto occidental, asignando así un carácter privilegiado a la creencia en el desarrollo infinito de la razón, para considerar a la ciencia y a la tecnología como factores fundamentales para la difusión de dicho proyecto a escala mundial. En otros términos, la globalización puede asumirse como la realización de dicho proyecto, en esencia originario de Europa pero vigorizado en Estados Unidos quien hoy, en pleno siglo XXI, ha impuesto una dinámica basada, principalmente, en la aplicación intensiva de los conocimientos científico-tecnológicos en todos los ámbitos de la sociedad, “obligando” a conectar realidades diferentes, con sentidos y trayectorias diversas. Por ello, la globalización se convierte en el punto de referencia ineludible al momento de reflexionar respecto de los procesos actuales en todo el orbe.

Cabe señalar que de la globalización es posible distinguir múltiples trayectorias que difieren, sobre todo en sus comienzos pero que, a medida que avanzan, empiezan a converger; por ello, realizar un análisis detallado de estas se encuentra más allá de las posibilidades de este trabajo; de ahí que, después de mencionar en forma breve y general ciertas características que distinguen a las trayectorias europea y norteamericana, el paso por Latinoamérica nos permitirá contextualizar el México actual y, eventualmente, desprender características compartidas.

Con base en lo anterior, la trayectoria europea comienza a partir de procesos internos y en forma incipiente alrededor del siglo XVI, se afianza con la Ilustración en el siglo XVIII y se consolida con las revoluciones francesa e industrial. Es importante recalcar que durante el periodo de la Ilustración se configuró la forma de pensamiento que establecería las bases del progreso, llevando implícita la idea de evolución y de superación, individual y colectiva, lo que imprimió en las sociedades la convicción de que lo nuevo siempre es mejor y lo último mejor que lo primero, incluidas las prácticas socioculturales y las instituciones que cada sociedad pudiese poner en marcha y desarrollar. No obstante, no es sino hasta mediados del siglo XIX y comienzos del XX, época de oro del capitalismo, que las ideas de ley, máquina, orden y progreso se constituirían como la plataforma que llevaría

a una etapa de estabilidad y crecimiento económico; así como de consolidación de “lo moderno”, y a la readecuación de la “cuestión social y cultural”.

Por su parte, la trayectoria norteamericana es históricamente próxima a la europea y resultado de un auténtico “trasplante” cultural a otra tierra -colonización-, pero se diferencia de la europea porque su progreso inicial es retardado por el poder colonial inglés, hasta la independencia. Una vez lograda esta última, el proceso de construcción de la sociedad norteamericana continúa siendo diferente de la europea, porque Estados Unidos parte sin el peso del régimen antiguo europeo, lo que haría de esta una nación culturalmente diversa, pero al mismo tiempo homogénea.

En lo que se refiere a la trayectoria latinoamericana -conquista-, ésta inicia a principios del siglo XIX con los movimientos de independencia. Cabe resaltar que, en este caso, no se da un trasplante cultural desde Europa como en el caso de Norteamérica, pero sí una influencia importante de las ideas centrales de la Ilustración, que debieron readecuarse a un espacio cultural indo-ibérico bastante resistente, en primera instancia, debido a que se adoptaron ideas liberales como la educación laica, la construcción de un Estado republicano y la adopción de formas democráticas de gobierno. En segundo lugar, a diferencia de la trayectoria europea, la industrialización se pospone y se sustituye por un sistema exportador de materias primas que mantiene el atraso de los sectores productivos latinoamericanos.

De este modo, el recorrido histórico de Latinoamérica desde el siglo XIX fue más político y cultural que económico; y a pesar de sus limitaciones, los avances logrados van de la mano con la reconstitución del ámbito cultural en el que los valores de libertad, democracia y científicidad experimentaron un adelanto considerable. No se trató de que los nuevos valores y prácticas ilustradas desplazaran totalmente al polo cultural europeo, pero sí lo modificaron y readecuaron de forma importante, poniendo al descubierto los puentes culturales que enlazaban ambos espacios. Es decir, las interacciones económicas, sociales, políticas y culturales entre una y otra sociedad fueron las que, principalmente, instaron a Latinoamérica a convertirse en sujeto activo en el proceso de occidentalización que, una

vez entrado el siglo XX, le permitió ser partícipe del concierto internacional, de manera particular, en el momento que los Estados Unidos se consolida como la potencia mundial.

En este sentido, a pesar de la manera como se desarrollaron las trayectorias norteamericana y latinoamericana, no se debe olvidar que ambas son derivaciones de la cultura europea, es decir, participan de la herencia -aunque en modo distinto- de las ideas de la Ilustración que, sin lugar a dudas, son la base sobre la cual, aún hoy día, se sustenta el proyecto occidental. Sin embargo, para el caso de los Estados Unidos esto ha significado una integración sociocultural sustentada en un razonamiento pragmático, en formas de producción y de organización del trabajo, así como de regulación de la vida social; esto es, descansa sobre una concepción del mundo donde predominan ciertas pautas, socialmente inculcadas, que se convertirían en los paradigmas de evolución humana a la que se encaminarían pueblos y regiones.

Por otro lado, la trayectoria de América Latina ha representado una unión lenta y difícil. En primera instancia, porque nació encuadrada en un cuerpo de valores e instituciones sociopolíticas en gran medida heredadas, donde sus estratos dirigentes no desarrollaron un espíritu empresarial apropiado a las características de un contexto híbrido. En segundo lugar, porque la revolución industrial colocó a esta región en condición de consumidora de los productos industrializados ajenos, que la han mantenido en una situación de subordinación. Este hecho ha provocado una inserción incompleta en la economía mundial y, paralelamente, la ha empujado a asumir ciertos modelos e ideales de ordenación sociocultural, inevitables en la dinámica global actual, cuya característica principal ha sido la de imponer cambios radicales en diferentes ámbitos de la condición humana, lo cual exige que sean repensados.

Una de las esferas donde son más evidentes dichos cambios es la cultura que, pensada en la sociedad presente, implica apreciarla estrechamente ligada a un sinnúmero de procesos de comunicación, cimentados en la producción y el consumo de signos y símbolos, a su vez, distribuidos a través de las tecnologías de la información y las comunicaciones cuya capacidad de penetración es colosal. Por ende, en el mundo actual, donde las conexiones entre lo local y lo global se aceleran como resultado de los notables avances de las TIC, se

identifica un vínculo indisoluble entre cultura y tecnología como poderoso instrumento que funge como elemento de cohesión, en cuanto se vuelve inevitable.

Frente a esto surge una de las interrogantes que, desde sus inicios, ha guiado esta investigación: ¿Cuáles son las características que asume la cultura de un mundo globalizado, en la realidad mexicana? La respuesta a este cuestionamiento, lejos de parecer pretencioso, intenta ilustrar el marco de significados que encierran las experiencias de una nación que, al igual que muchas otras, ha profesado gran admiración por formas de vida, sueños y aspiraciones estrechamente vinculadas con el avance científico-tecnológico, lo que ha provocado, entre otras cosas, que el individuo asuma una existencia diaria dispersa entre desapariciones y resurrecciones, tanto de valores como actitudes, como formas de pensamiento que se renuevan o bien se silencian.

Dicho de otro modo, esta nueva forma de ver el orden y de interpretar los valores corresponde con una disímil forma de relacionarse y de pensar, provocada, la mayor parte del tiempo, por la explosión e incidencia de la tecnología en la vida diaria de los individuos, que en el caso de la sociedad mexicana hace que enfrente el dilema entre evolucionar o seguir su propia vía.

3.1 En busca de una ubicación, características actuales.

Toda sociedad no es sólo reproducción y adaptación; también es creación y producción de sí misma. Tiene la capacidad de definir y, por lo tanto, de transformar por obra del conocimiento, sus relaciones con su entorno y de constituir su medio. Es decir, la sociedad humana dispone de una capacidad de creación simbólica gracias a la cual, entre una situación y las conductas sociales, se inserta la formación de sentido que se constituye como un sistema de orientación de las conductas.

La sociedad es el único sistema natural conocido que posee esa capacidad de formar y de transformar su funcionamiento, a partir de la imagen que tiene de su capacidad de actuar sobre sí misma. Frente a esto, *la sociedad no es lo que es, sino lo que se hace ser*, ya sea

por el conocimiento que crea un estado de relaciones entre la sociedad y su entorno; por la acumulación que retira una parte del producto disponible del circuito para desembocar en el consumo; o por el modelo que capta la creatividad en formas que dependen de la acción práctica de la sociedad sobre su propio funcionamiento. Así, la sociedad crea el conjunto de sus orientaciones sociales y culturales mediante una *acción histórica* que es a la vez trabajo y sentido.⁶⁹ En otras palabras, se forma la imagen de una sociedad que no es sólo un sistema de intercambios internos o externos sino, ante todo, un agente de producción de sí mismo, de creación de las orientaciones, de la acción social a partir de la práctica y de la conciencia de la producción del trabajo. Así pues, este tipo de elementos los que hacen que una sociedad se muestre más compleja, desplegando zonas de incertidumbre, de desorganización, de innovación, de disidencia, pero también de imaginación.

En este sentido, todo intento por comprender o explicar a las sociedades exige, necesariamente, echar una mirada a determinadas circunstancias que han sido condición inherente de su presente. Dicho de otro modo, cualquier explicación del presente, parte de la exploración de una serie de turbulencias históricas que han afianzado la orientación de las sociedades para incorporar el cambio.

Así las cosas, explicar el mundo surgido en las postrimerías del siglo XX implica aludir a la tecnología, la información y las comunicaciones como elementos estrechamente vinculados, que han constituido una nueva era en la cual la cultura asume un carácter distinto, aunque invariablemente apegada a una directriz económica.

Si bien en otros periodos la cultura invocaba diferentes dimensiones de la realidad y trascendía la vida cotidiana, es decir, expresaba la injusticia de la libertad, la contradicción entre ideología y realidad, la separación de la productividad intelectual de la material; proveía un ámbito protegido en el que las verdades prohibidas podían sobrevivir en una integridad abstracta, separadas de la sociedad que las suprimía; se apreciaba como aprendizaje y experiencia cotidianos, era oposición y adorno, protesta y resignación, hoy día, debido a que la transformación física del mundo ha implicado la transformación mental

⁶⁹ Touraine, Alain, *Producción de la sociedad*, México, UNAM-IFAL, 1995, p. 25.

de sus símbolos, imágenes e ideas; se aprecia envuelta -aún- por la ilusión del progreso; pero ahora tomando la vereda tecnológica que se convierte en factor clave capaz de cuantificar la realidad actual.

En esencia, la cultura asiste al encuentro de las nuevas tecnologías de la información y las comunicaciones sin advertir, de forma precisa, cual es el nuevo sentido y el significado de las mismas pues la mayoría de los individuos, simplemente, se sienten como ciudadanos del mundo al estar en contacto con dichas tecnologías, por lo que se aplauden los logros, pero se olvida quién es el hombre y cuál es su lugar frente a la naturaleza y la sociedad misma.

Por ello, ahora se ensalza una sociedad en la cual los vínculos sociales tienden a estar mediados por la tecnología, y el sentimiento de pertenencia esta sujeto a su incorporación que, en apariencia, promete alguna certeza, alguna seguridad, aun cuando su objetivo no sea ni más ni menos que la promesa de estar a la moda o bien, de tener la certeza del reconocimiento, aprobación e inclusión. De ahí que no es gratuito que la cultura actual se encuentre sujeta a la novedad y a la inestabilidad como elementos cardinales en un mundo globalizado y, más aún, cuando al ser humano y todo lo que hay en el mismo, se le asigna el papel de objeto de consumo y de novedad, es decir, a temas como el sexo, la salud, la educación, el dinero, las relaciones personales, la comida, sólo por citar algunos, se les dota de cualidades de tipo, fundamentalmente, instrumental.

En esta línea, hablar de cultura en el contexto actual implica tener presente la serie de dificultades que surgen al momento de abordarla, especialmente, porque en ella confluyen elementos de la más diversa índole, ya sean antiguos, modernos y *reciclados*, haciendo que las sociedades apelen a diversas estrategias según las circunstancias que se les presenten. Esto es, que se ajusten a las presiones cambiantes, haciendo suyos elementos culturales ajenos sólo para ponerlos a su servicio, lo que trae consigo la modificación de las reglas y dinámicas tradicionales con las que las sociedades de antaño se articulaban, organizaban y participaban colectivamente. Pero este no ha sido un cambio *per se*; ha tenido como uno de sus principales impulsores, como ya se ha señalado antes, a las TIC que se han encargado

de producir, difundir e internalizar datos y sentidos, la mayor parte del tiempo, contradictorios para los individuos.

Esta creciente tendencia ha producido una atmósfera cultural colectiva donde las relaciones entre individuos, al ser mediadas por las TIC, dan forma a un nuevo tejido social caracterizado por ciertos patrones de comportamiento que, inculcados o impuestos, más o menos por la “fuerza”, hacen posible que se construyan significados a partir de un conjunto de atributos basados en las nuevas tecnologías, la memoria colectiva y la ciencia universal, pero también por la pasión y la razón. Es decir, será este el marco interpretativo a partir del cual los individuos asumen “nuevos” y distintos roles en el mundo global en el cual, se integran diversas dimensiones que posibilitan una nueva interacción entre individuos, máquinas, tecnologías y contextos sociales.

Como ejemplo de lo anterior, hoy día el funcionamiento de las TIC ha traspasado la operación práctica de todas las instituciones sociales básicas, a tal grado, que existe la tele administración pública, el tele deporte, la tele política, la tele banca, la tele oración, la tele medicina, la tele venta, la tele diversión, la radio asistencia psíquico-emocional, la radio orientación vial, la radio iglesia, la radio orientación sexual, el ciber amor, las ciber comunidades, entre otras; y es a través de ellas donde diariamente se *construye o destruye mental y afectivamente a los individuos*.

Esta nueva estructura social está determinando decisivamente la cultura, porque en ella los individuos construyen o destruyen su realidad cotidiana, es decir, evalúan lo que existe o no, lo que es bueno o malo, lo que hay que recordar u olvidar, lo que es importante o no, lo que es verdad o mentira, lo que son valores o *antivalores*, lo que es virtuoso o no, lo que hay que hablar o silenciar, lo que hay que admirar o rechazar, y lo que es el éxito o el fracaso. De este modo, se puede afirmar que el peso de las TIC envuelve todos los ámbitos sociales, y es tan acentuado sobre la conformación mental de la sociedad, que podemos decir que *la realidad* no son éstas, pero sí contribuyen sustancialmente a construir la esencia de esa realidad que reconoce la mayoría de los individuos.

En otras palabras, la sorprendente expansión tecnológica ha creado, en la primera década del siglo XXI, una sociedad altamente mediatizada en sus procesos colectivos de interacción por las tecnologías de la información. No son la política, pero hoy no se puede hacer política sin la acción persuasiva de los sistemas de información. No son el aparato jurídico, pero hoy los medios se han convertido en los "tribunales electrónicos" que linchan o absuelven a las figuras públicas antes de que el Estado recurra a los procesos legales. No son los partidos políticos, pero producen el mayor *caudillismo electrónico* que toda la capacidad proselitista directa que realizan las organizaciones políticas. No son la economía, pero ninguna economía contemporánea puede funcionar sin el *consumo* que producen los medios.

Así, son los medios a partir de los cuales se personifica la forma de vida no sólo económica sino social y cultural al estilo de occidente, cuya esencia ideológica se define a partir de un conjunto de valores *volátiles, egoístas y hedonistas*, que enmarcan las conductas individuales y colectivas; donde las acciones y decisiones ‘envejecen’ con tal rapidez, que son obsoletas antes de que siquiera se tenga la opción de conocer adecuadamente el sentido de las mismas. Esto encuentra su razón de ser en el imperativo ideológico que requiere la dinámica cultural que intenta *homogeneizar* la mayor parte de los campos del imaginario social, con base en el consumo y el disfrute. Por ello, las sociedades tienden a construir y reconstruir una atmósfera sociocultural cuyas directrices son determinadas por la frivolidad, el consumo excesivo, la "novedad", *lo light*, el espectáculo, el show, entre otros.

“La vida en la sociedad moderna no puede detenerse. Hay que modernizarse, léase: desprenderse, día sí, día también, de atributos que hayan rebasado su fecha de caducidad”.⁶⁹

De este modo, las sociedades tienen que reajustar constantemente su existencia, para no *desvanecerse* en el continuo intento por insertarse en la dinámica mundial. Los reajustes son tantos y de tan diversa índole que, durante el proceso, la dimensión cultural ha pasado a significar algo distinto a lo que otrora se consideraba como único. En otras palabras, en nuestros días, la cultura se define a partir de cómo se asume el proyecto original de la

⁶⁹ Bauman, Zygmunt. *Vida Líquida*, Barcelona, España, Edit. Paidós, 2006, p. 11.

modernidad, a tal grado que se encuentra en una posición vacilante que la ubica en el centro de un mundo extremadamente abrazado por la tecnología y el consumo.

Ambos elementos se han convertido en una especie de religión, a tal punto que son la base sobre la cual se erige un tejido sociocultural desde el que se edifica gran parte del sentido más profundo para vivir que, a su vez, se apoya en una estructura de valores que fomenta el individualismo sobre las relaciones solidarias; acentúa la competitividad por sobre el trabajo compartido; exige una marcada admiración por la libertad y felicidad de forma aislada y no grupal. Además, el valor supremo de la "eficiencia" se plasma sobre cualquier otra cualidad humana; se "abandonan" los valores tradicionales para *asimilar* los "modernos" que exaltan la posesión del dinero y mercancías como base del reconocimiento y la valoración social, y se convierten en el *nuevo cristal para mirar la vida*.

En el reflejo que ese nuevo cristal irradia, las sociedades parecen desconocerse a sí mismas, porque se proyectan como una sombra de la tecnificación excesiva que las desdibuja como unidad. Su nuevo rostro promueve el "futuro divertido" y no la participación. Impulsa el "culto a la juventud" y el desprecio a los viejos por improductivos. Prefiere la vida moderna, entendida como el estilo de vida que permanentemente se ajusta a la adquisición de la última novedad y el rechazo a lo tradicional y lo antiguo. Sigue el principio de ganancia salvaje a costa de lo que sea, y no la obtención de riqueza material respetando los órdenes de la vida social.

Es así como los individuos asumen y reproducen patrones de conducta similares, moviéndose en la misma dirección sin entender, la mayor parte de las veces, el sentido de los mismos, por lo cual sus vidas se encadenan a una sucesión infinita de ensayos y errores donde no existen certezas más o menos confiables. Además, se privilegia la precaución de no permitir que las cosas (animadas o inanimadas) prolonguen su visita más allá de lo deseado por encima de las técnicas para retenerlas, y del compromiso a largo plazo. A partir de esto, en las sociedades actuales, el tipo de vida que el individuo desea vivir, cómo decide vivirla y qué elecciones hace para lograrlo dependen de sí mismo, y es el único culpable si todo eso no le conduce a la tan añorada felicidad.

Se trata pues de un modo de vida donde la velocidad, el exceso y el desperdicio privan en todos los ámbitos lo cual, entre otras cosas, ha producido una pérdida del sentido de la realidad que queda supeditado a una percepción ilusoria de la misma. En otras palabras, las TIC han provocado una estandarización de comportamientos sociales y visiones del mundo que poseen contenidos que, a su vez, difunden una serie de símbolos y de valores en los que subyace la idea permanente de *competitividad* como interrelación casi única entre los seres humanos. Del mismo modo, se profundiza y extiende una concepción de la realidad que les impide comprender los parámetros de sus propias conductas. Es decir, se produce una *desarticulación axiológica* que refuerza las tendencias egoístas de los individuos ejerciendo, al mismo tiempo, un poderoso efecto de *uniformidad*.

De lo anterior se desprende que las sociedades han tendido a modificar su organización, sus instituciones e incluso, han alterado de forma fundamental la reordenación de sus componentes, a tal grado, que están por fin y verdaderamente desencantadas ante la realidad que supone el nuevo orden mundial que, entre otras cosas se erige a partir de la transformación radical del espacio y el tiempo: dimensiones fundamentales de la vida humana.

En lo que atañe a estas dos dimensiones, es importante resaltar que funcionan como elementos clave en la evolución de las sociedades inmersas en el contexto global actual, dado que permiten que éstas se asuman y reconfiguren de forma distinta. Por ello, el propósito de retomar ambos elementos, en este momento, es sólo para establecer las nuevas condiciones espacio-temporales que determinan el vínculo entre naciones, como en el caso de Estados Unidos y México.

En esta tónica, es sustancial subrayar el papel que ha desempeñado Estados Unidos como representante y actor principal de una visión del mundo que privilegia ciertos patrones normativos, ya sea relativo a formas de producción como de organización del trabajo, o a la regulación de la vida social y cultural a la que se han encaminado, en menor o mayor

medida, continentes y regiones, para las que *el hacer creer acaba creando el hacer.*”⁷⁰ Así entonces, sería precisamente esta nación la que recuperaría tal idea como un precepto aplicable al conjunto de experiencias formativas que dan origen a transformaciones que han ido más allá del cambio en los valores. Esto es, se trata de un proceso profundo de variaciones culturales que han remodelado el panorama político, las orientaciones religiosas, el papel que desempeñan los sexos y las costumbres de las sociedades actuales.

Dichos cambios se relacionan con una preocupación común: la necesidad de sentido de seguridad que la religión y las normas culturales absolutas habían proporcionado en siglos anteriores, siendo ahora las TIC las encargadas de llevar a cabo tal cometido. En otros términos, son éstas a partir de las cuales el individuo asigna sentido a un mundo globalizado, liderado por Estados Unidos. Tal liderazgo surge desde el momento en que esta nación se plantea como objetivo vital el desarrollo, aplicación y difusión del conocimiento científico-tecnológico; y lo define como el instrumento principal, disponible y universal, que debería ponerse al servicio de todas las sociedades para asegurar su futuro.

De este modo, la difusión de las TIC ha traído la modificación de las relaciones entre países y regiones, sin importar su ubicación espacio-temporal. En lo que se refiere al vínculo entre Estados Unidos y México, ello implicó la convergencia de sus historias y sus raíces, y provocó la yuxtaposición de sus realidades, acentuando la interdependencia para generar, a su vez, una interconexión más compleja que en cualquier época anterior.

3.2. La presencia de lo nuevo: ¿tránsito o adopción?

Como segmento de la realidad, debido a la multiplicidad de procesos que lo constituyen, el presente supone una mezcla desconcertante de elementos de la más diversa índole. Si bien tal combinación implica la alteración de un orden determinado, también admite la ampliación de sus posibilidades y el establecimiento de puntos de articulación que lo complementan y enriquecen.

⁷⁰ Castells, Manuel, *La era de la información: economía, sociedad y cultura*, Ed. Siglo XXI, México, 2000, p. 408.

De este modo, la idea del presente asume un papel de primer orden al momento de abordar el tema de la cultura en el mundo globalizado; dado que este último se constituye como un todo producto de múltiples procesos, entre los que destacan la expansión del capitalismo y con él, la del imperialismo occidental, la consolidación de una nueva división mundial del trabajo, el desarrollo del sistema global de medios de comunicación, la formación de sociedades nacionales, el sistema de relaciones internacionales, así como la difusión de las concepciones ilustradas de individuo y de humanidad.

En este sentido, una sociedad puede no experimentar un cambio cultural radical en generaciones. Sin embargo, cuando se altera el *sistema de referencias* de la cultura, su importancia es transmitida a las siguientes. Baste señalar que el producido en la Europa Ilustrada se extendió a otras partes del mundo, llegando al continente americano con España, Portugal, Francia e Inglaterra; y aun cuando se tratase del mismo territorio, el proceso asumió características distintas según la zona o región en las que tuvieran influencia.

“Todo proceso de conquista implica un cierto grado de imposición de la identidad cultural de una sociedad y las metas particulares de la empresa histórica en que ella esta empeñada sobre la identidad y las metas históricas de otra...trae siempre consigo, de manera más o menos radical un desquiciamiento de la identidad social, un efecto desdoblador o duplicador de la misma.”⁷¹

En el caso de la colonización británica de América del Norte, protagonizada por oleadas de inmigrantes, fue más profundo que en el resto del continente puesto que ahí se generaron las condiciones sociales, políticas y culturales para que Estados Unidos surgiera como nación abierta a influencias de todo tipo que harían de esta, el nuevo centro del sistema de referencias.

En lo que atañe a los cambios culturales producidos en los Estados Unidos⁷² que, inevitablemente, se han extendido a la sociedad mexicana, se puede afirmar que han tomado lugar desde la segunda mitad del siglo XX, etapa caracterizada por la

⁷¹ Echeverría, Bolívar, *Las Ilusiones de la Modernidad*, México, UNAM/El Equilibrista, 1997, p. 190

⁷² *Vid. supra*. Apartados 1.5 y 2.1

intensificación de los capitales, el desarrollo de las tecnologías, las comunicaciones, las mercancías y la mano de obra, integrándose en un mercado a escala internacional, provocando así una mayor interrelación entre ambas sociedades.

Esta correspondencia se ha desarrollado de modo gradual y disparejo con resultados heterogéneos y contradictorios, debido al despliegue de diversas lógicas que coexisten y pugnan entre sí en el seno de estas naciones. Lo anterior las ha llevado a alcanzar diferentes grados de modernización, esto es, de desarrollo productivo, de diferenciación cultural-urbana y de complejidad organizacional. En este sentido, resulta crucial entender cómo se ha producido dicha relación.

De manera inicial, se puede señalar que el vínculo entre una y otra se ha distinguido por un cúmulo de acontecimientos históricos que ha creado, entre otras cosas, tendencias al conflicto, sentimientos y actitudes encontradas, dando como resultado una relación difícil y en constante cambio derivada, a su vez, de la cercanía geográfica que ha determinado la necesidad de desarrollar una serie de lazos, a pesar de las diferencias existentes. Definir esta relación tan compleja es sumamente laborioso porque cada una ha establecido y puesto en práctica elementos socioculturales -tanto internos como externos- en función de sus intereses y necesidades, con el objeto de concretar y manejar sus estrategias de comportamiento.

Así, en la relación entre México y Estados Unidos, la tendencia se ha orientado hacia la incorporación de esquemas similares de actuación, no sólo por la dependencia económica sino en lo que esta derivó: la dependencia tecnológica, que ha llevado al primero a experimentar vínculos tan estrechos con el segundo, hasta el punto de adoptar valores y patrones de conducta provenientes de la sociedad norteamericana, tales como: la necesidad intensa de concentración en el “ahora”, una necesidad constante de exploración y desafío a la autoridad, una fascinación con los extremos, apertura al cambio y a la reinvención, entre otros.

La adopción de estos y otros patrones de conducta, se ha insertado en un contexto global, que ha colocado una serie de significaciones predominantes en los EE.UU como prototipo de la cultura occidental. Esto es, se ha generado un proceso centrado en la influencia que Norteamérica ejerce en otras partes del mundo, imponiéndose como “la cultura universal” que “deben” compartir todos los habitantes del planeta, en la medida que aspiren a ser usuarios de todos los bienes que la tecnología moderna ofrece, y a participar en la sociedad del siglo XXI.

A este proceso, se le ha denominado *americanización* y, en líneas generales, se puede definir como la importación masiva y unidireccional de elementos e iconos culturales *estandarizados* procedentes de un sólo país -Estados Unidos- que, para gran parte del planeta, ha sido sinónimo de *occidentalización*. Esto último, denota una perspectiva reduccionista que equipara la larga historia de occidente, con la de la sociedad estadounidense. No obstante, es importante señalar que aun cuando dicha tendencia sea objeto de críticas, ello no implica que se aleje totalmente de lo que Occidente proclamaba antaño, a saber: libertad, igualdad y progreso. Esto es, aunque las reglas del juego sigan siendo mayoritariamente occidentales, estas adquieren una connotación distinta al momento que Estados Unidos se desempeña como nación hegemónica a partir de la Segunda Guerra Mundial.

Fue este evento lo que permitió que la mayor parte de las sociedades siguieran un patrón de costumbres provenientes de la estadounidense, convirtiéndose en un hecho sin precedentes para alcanzar tal magnitud, que pareciera ser que si no se siguen dichos esquemas, no puede clamarse para sí el significado que, en los últimos cincuenta años, han generado todos y cada uno de los avances científicos y tecnológicos. Esta vertiginosa carrera propició, entre otras cosas, el igual avance de los medios masivos de comunicación, como el cine, la radio, la televisión y ahora, el Internet, gracias a todo, el proceso de expansión y asimilación de patrones y conductas de estilo americano, ha sido prácticamente incontenible, pues ha resultado mucho más fácil y sencillo adecuarlos a los propios, que crear otros. Con esto, actualmente ya no se trata de regresar al origen de todo, sino de validar *todo o casi todo* lo proveniente de aquel país, convirtiéndose prácticamente en la "única ventana al mundo".

A este respecto, y a condición de no olvidar que se trata de simples coyunturas analíticas que explican la enmarañada realidad social, se puede afirmar que la manera como México se ha acercado a dicha ventana, ha sido a través de un conjunto de transformaciones modernizadoras, incitadas principalmente por Estados Unidos, a partir de seis rubros primordiales que operan con mayor intensidad en el mundo de hoy.

La primera de ellas es la industrialización, que ha fomentado y arraigado la vinculación entre los países, definiendo sus relaciones político-económicas. Al mismo tiempo, y considerado como un transformador social, figura el consumo, que no se ha reducido a su dimensión económica. Por el contrario, en México, al igual que en muchas otras naciones, se ha recorrido a pasos gigantescos el camino de un consumo que desborda de productos campesinos, artesanales y domésticos, para dejarse invadir y sumergir por los bienes y servicios industriales, específicamente, a través de ese canal multiforme integrado por las TIC que, inevitablemente, se agregan a las necesidades tradicionales, convirtiéndose en una necesidad en sí mismas.

Como tercer transformador, tenemos a la urbanización que, plagada de una serie de particularidades ha agregado a las ciudades “elegantes”, múltiples barrios populares y otros suburbios industriales. Aunado a este, se encuentra el cuarto criterio: la escolarización, que ha significado un esfuerzo cuantitativo y cualitativo provocado por el crecimiento demográfico y las necesidades del mundo actual.

De la misma forma, los medios de comunicación han permitido una modernización a escala planetaria que, de la mano del la administración burocrática -sexto transformador del mundo moderno-, han demostrado una gestión masiva, y con efectos socioculturales indudables, que responden a las exigencias del proceso de globalización.

“La hegemonía [estadounidense], su predominio como forma de organización de la experiencia vital a escala planetaria se expresa precisamente en ese rasgo singular: en la difusión de una modernidad que a la postre se impone universalmente como experiencia y como imagen del progreso que lo hace posible, contradictoriamente bajo las modalidades del mercado internacional, el estado interventor, la burocratización de

la existencia colectiva, la aplicación del conocimiento al control del medio, la secularización de la vida social y la masificación del consumo cultural.”⁷³

Todos estos transformadores capitalistas han supuesto, sobretodo, para los países en desarrollo como México que, además de la libre circulación de mercancías se garantice la expansión de la industria mediática norteamericana y se asegure el flujo de productos simbólicos de distinto tipo generen importantes recursos económicos y favorezcan la expansión y difusión de su estilo de vida.

“...la cultura americana lleva en sus entrañas una serie de formas culturales que ha ido asumiendo al ponerse en relación los pueblos que, por diversas circunstancias históricas, han entrado en contacto con ella. Formas culturales que son, a su vez, expresión de situaciones y actitudes humanas tan diversas, que puestas las unas junto a las otras resultan contradictorias.”⁷⁴

De ahí que podemos asegurar que, fue gracias a dichos criterios que la relación entre México y Estados Unidos se intensificó. Esto es, con la expansión del capitalismo comercial estadounidense, en el decenio de los años cuarenta se indujo la penetración a gran escala de la “cultura del negocio”, las comunicaciones y el intervencionismo del vecino país, generando una especie de apertura mexicana relacionada con la disponibilidad y recepción de la modernidad, especialmente, vinculada con la distribución y el consumo, ambos, aspectos que habrían de asegurar la difusión y expansión del *american way of life*.⁷⁵

“El tema de la cultura occidental en [México] es, por tanto, propiamente el del *pastiche cultural*. Imitación, mímica de estilos y formas, de valores y contenidos, hechas seriamente sin pretensión de parodia o ironía, sin distancia, sino como única forma de participar en una experiencia (la modernidad) que viene impulsada por el mercado y por el poder, por la difusión de modelos de necesidad y consumo...[México] está condenado a la modernidad y es, por este destino, una parte integral de la experiencia cultural de Occidente. Pero lo es además, por su historia, sus tradiciones, el lenguaje de sus clases cultas. Y lo es, sobretodo, por su ubicación en la esfera inmediata de influencia del centro principal y más activo de la modernidad en el presente: [Estados Unidos]”⁷⁶

⁷³ Brunner, José Joaquín, *América Latina: cultura y modernidad*, México, Ed. Grijalbo, 1992, p.165.

⁷⁴ Zea, Leopoldo, *América como conciencia*, México, UNAM, 1972. p. 90.

⁷⁵ La expansión del estilo de vida norteamericano en México ha obedecido, principalmente, a los vínculos que alcanzó al participar con Estados Unidos y los aliados en la Segunda Guerra Mundial, donde el primero otorgó materias primas indispensables para la guerra emprendida, por el segundo, contra las potencias del eje.

⁷⁶ Brunner, José Joaquín, *Op. Cit.*, pp.171-172

De lo anterior se desprende que, con el fin de ejercer su liderazgo y asegurar sus intereses, Estados Unidos se vio obligado a propagar, profundizar y reforzar, en gran medida, los tradicionales componentes económicos y militares de su política tanto interna como externa, agregando una nueva dimensión: la cultural. En tal sentido, es menester recalcar que después de la Segunda Guerra Mundial, con el gran avance científico y tecnológico suscitado, desarrolló un proyecto que le permitió revertir su previo curso aislacionista y aceptar, aunque con reparos, el papel de liderazgo que se le entregaba no por otra razón -a pesar de que las había- que mantener un mundo seguro para sí mismo.

Este proyecto consistió en caracterizar “el lado humano” de su política, sobretodo hacia el exterior, capitalizando las transformaciones que llevarían a la gente, las ideas y el conocimiento al primer plano de los asuntos internacionales. Su contenido abarcaría la amplia gama de actividades culturales, educacionales y científicas entrelazadas con los aspectos políticos, económicos y militares de su estrategia.

En otros términos, el lado humano de su política exterior estaría estrechamente vinculado con el desarrollo de la gente, dentro y fuera de sus fronteras, con sus capacidades y conocimientos, comportamientos y valores, y todas sus potencialidades creativas, así como con múltiples maneras de transmisión y aplicación de ideas y saberes a través de las tecnologías de la información y las comunicaciones.

Para México, lo anterior representó participar de la modernidad, no sólo por su cercanía geográfica sino dadas sus relaciones históricas con el país vecino, mediante la incorporación de valores, significados y símbolos que se hicieron presentes dentro de la cultura mexicana, aún considerada tradicional y atrasada, rural y provincial, católica y conservadora. Este proceso se sintetizaría con la apropiación de un conjunto de principios, entre los que sobresalen: la “felicidad”, la “comodidad”, la “realización” y la “prosperidad”, como valores de la vida diaria y moderna, urbana también y, por supuesto, cosmopolita.

“La Segunda Guerra Mundial marcó para México un hito en su historia económica y política y en su vida exterior. En el terreno económico colocó al país en el umbral del

crecimiento acelerado al imponerle un ahorro nacional forzoso y alentar en buena medida los procesos productivos, aunque al mismo tiempo pusiera obstáculos graves a ese desarrollo. Políticamente, la guerra permitió o de hecho obligó a establecer las bases para una relación estrecha con Estados Unidos como consecuencia de la creciente colaboración militar y económica que, de paso, habría de contribuir a diluir en parte el sentimiento antinorteamericano que había prevalecido en el país.”⁷⁷

Es en este contexto como México demostraría sus esfuerzos para hacer caber su proyecto dentro del campo de la cultura occidental, a través de la herramienta que tenía a su alcance: la relación con Estados Unidos. Ello le permitiría ampliar sus posibilidades de participación en el mundo globalizado, mientras que, para el país norteamericano implicó dar por sentada su hegemonía, lo que en esencia, no significaría otra cosa que definir los parámetros a los cuales las sociedades tendrían que sujetar su comportamiento sociocultural.

De ahí que *el american way of life* como una concepción que expresa los valores y las aspiraciones de un amplio sector de la población estadounidense, paradigmáticamente, es una imagen constantemente presente entre ciertos sectores de la sociedad mexicana, particularmente en los medios urbanos. Para muchos resulta un modelo alcanzable y totalmente ajeno, aunque se presente maquillado y ofrezca sólo el ángulo "bonito" del rostro; para otros, en cambio, es una aspiración real, un modelo que se desea imitar y en ese sentido orientan sus decisiones y esfuerzos.

Cabe precisar que, a pesar de que este estilo de vida no sea general ni siquiera dentro de los Estados Unidos, como sociedad mucho más diversificada culturalmente de lo que se suele imaginar o suponer, pues se caracteriza por un estado permanente de seducción y obsolescencia; por un sistema que rinde culto a la mercancía y al exceso de uso de información ha provocado en los diversos sectores sociales mexicanos la ilusión de alcanzar niveles de vida, si no iguales, al menos más cercanos a los norteamericanos.

Así las cosas, un nuevo ciclo del proceso de occidentalización del mundo se desarrolla y amplía. Es una occidentalización simultáneamente social, económica, política y cultural que se presenta de forma desigual, articulada y opuesta; originaria de Europa y vigorizada

⁷⁷ Torres, Ramírez Blanca, *México en la Segunda Guerra Mundial*, México, El Colegio de México, 1979, p.9.

en Estados Unidos, se extiende por países y continentes, en arranques sucesivos, frecuentemente contradictorios.

En virtud de ello, se sintetizan modelos y valores socioculturales, modos de vida y trabajo, formas de pensamiento, posibilidades de imaginación. Junto con los principios de libertad, igualdad y progreso, a su vez, supeditados al mercado, la producción de mercancía, el lucro y el plusvalor.

3.3 México: ¿Por qué vive y consume como lo hace?

Hablar de la difusión de un proceso es hacer referencia a la dispersión y generalización del mismo, no solamente con implicaciones geográficas; más aun, lleva en sí un conjunto de manifestaciones simbólicas que asumen características específicas como resultado de los aspectos espacio-temporales donde se inserta. En este sentido, la unidad entre espacio y tiempo se convierte en un criterio básico para aproximarse a la realidad sociocultural mexicana.

En esta línea, y como se ha señalado en otro momento, la globalización acorta las distancias y difumina las fronteras nacionales, cubriendo el planeta de complejos tejidos de redes tecnológicas en forma progresiva, que permean todas las actividades del hombre y proveen a ciertos núcleos centrales de una información acuciosa e inmediata de lo que sucede en el plano físico y social en todas las latitudes.

La globalización, entendida como momento de madurez del capitalismo o como la idea de que todos somos parte de un mismo núcleo, la aldea global o el ángel y diablo de las brechas económicas entre países, nos lleva solamente a un mismo punto: hacia la reflexión en torno de las transformaciones que en la vida cotidiana ha generado.

No hay duda de que las fuerzas de la globalización han cambiado las relaciones políticas y económicas de los países; en el entorno cultural, el fenómeno ha modificado el rostro de muchas de las culturas del mundo. Tratar de entender hacia dónde lleva la globalización en

estos términos, nos traslada a matizar para detenernos en un elemento que para el desarrollo del presente trabajo, es importante: el contexto. Si bien, las fuerzas homogeneizadoras de la modernidad no penetran de la misma forma en todos los rincones del planeta, los contextos culturales entablan una lucha entre sus fuerzas y las de la globalización que tienen que ver con ideologías, tradiciones, creencias y con la manera misma de entender la cultura.

Frente a esto, la globalización y sus efectos en un espacio cultural como el mexicano, que se nutre de diversos modos de vida, supone un repertorio de entornos culturales tan diferentes como sus propios modos y creencias. Por ello, salirnos del imaginario colectivo de la globalización como un ente homogeneizador y trasladarnos a contextos reales de la vida cotidiana, nos lleva a la práctica imposibilidad de pensar una cultura global. No obstante, intentar presentar una perspectiva ligeramente distanciada de dicho imaginario nos permite caracterizar cómo se ha dado el proceso en México, sobretudo a partir del estrecho vínculo con su vecino país del norte, principal difusor de patrones de comportamiento y formas de vida amparadas y cristalizadas por las tecnologías de la información, las comunicaciones y los transportes.

Si bien es cierto, que tanto la conquista como el colonialismo, como procesos europeos, significaron la transformación económica y social de México, su relación con Estados Unidos representó el paso hacia nuevas condiciones cualitativas y cuantitativas que provocaron que la cultura mexicana se *ajustara* y, en ocasiones, se *erosionaran* aún más sus valores para incorporarse *eficientemente* como sociedad y sin restricción alguna, a la nueva estructura de competencia y de acumulación de los mercados mundiales.

En este punto, cabe mencionar que numerosos autores han considerado estudiar la dinámica sociocultural de México a partir de la conquista; otros más se remiten incluso a etapas anteriores; sin embargo, en el presente trabajo lo importante no es ubicar a México en determinada época sino más bien, reconocer que el contexto geográfico y sociocultural bajo el cual se erigió como nación, lo ha insertado en un proceso plagado de diferencias y similitudes, de unidad y diversidad, de distintos grados y modos de perfilar las

representaciones colectivas y las múltiples maneras de pensamiento que han influido -y siguen influyendo- en la vida cotidiana de millones de individuos.

Por ello, hablar de México en el contexto global actual entraña construir una suerte de “entelequia”, pues entra a la globalización orientado por las circunstancias nacionales e internacionales, y el combustible ideológico de un grupo privilegiado que toma decisiones a través del poder político y económico. Ante esto, es difícil establecer con exactitud el momento histórico en que esta nación se inserta en la dinámica económica global. Sin embargo, podemos indicar que con la llegada de la revolución tecnológica a nivel mundial, la inserción de México se hizo evidente. En este sentido, resulta viable presentar ciertos lineamientos que dieron pauta para su inclusión en el contexto global.

Se puede afirmar que México se incorpora a la economía mundial orientada por la *modernización*.⁷⁸ De hecho, desde que obtuvo su independencia política de España, las élites mexicanas, una y otra vez, se han inspirado en el exterior para modernizar el país y para encontrar modelos para reproducir.⁷⁹

Por ejemplo, los liberales y conservadores del siglo XIX -involucrados en largas guerras civiles- tenían ambos de dónde escoger sus modelos externos -y proveedores de capital- favoritos. Otro ejemplo a citar, y que resulta de gran relevancia para México, es la dictadura de Porfirio Díaz (1876-1910); periodo que marcó al país por su esfuerzo económico innovador, sobre todo porque se realizó una serie de cambios en cuanto a su organización institucional, de infraestructura tecnológica y científica, impulsados -en todo momento-, por políticas de inversión extranjera, promoción de industrias, modificación de leyes de patentes, estructuración financiera y bancaria; así como en lo concerniente a la “refinación” y explotación de las artes, entre otros aspectos.

⁷⁸ La modernización puede entenderse como un proceso socio-económico basado en el uso intensivo de tecnología para la producción en masa. Este término se expande a partir del ascenso de Estados Unidos como potencia mundial. Cabe mencionar que no se pretende llevar a cabo una reflexión en torno de lo que es o no modernización, simplemente se hace el empleo de dicha palabra para efectos de lo que se pretende explicar. Cfr. Giménez, Gilberto y Pozas, H. Ricardo (coords). *Modernización e identidades sociales*, México, UNAM, 2002, pp. 3-32.

⁷⁹ Stavenhagen, Rodolfo, *Política cultural para un país multiétnico*, México, SEP, 1988, pp. 40-52.

Una etapa característica está representada por el porfiriato, donde un aspecto destacado fue el papel que desempeñó la élite gobernante en el ámbito de la cultura, especialmente porque se dedicó a admirar todo aquello que procedía de fuera, en particular lo proveniente de Francia: lecturas, formas de hablar, modas, vestido, costumbres que, en cierto modo, eran “máscaras vanas” que se oponían al “rostro de múltiples rostros y expresiones humanas” de la nación mexicana. Se trataba pues de una percepción de la unidad cultural en la diversidad y la diferencia.

Lo anterior, puede explicarse como una relación “imitativa”, yendo al extremo del endiosamiento por lo externo, con lo cual se buscaba ocultar lo nacional, considerado como vergonzoso, debiéndose borrar de la memoria o, al menos, dejar de lado, ya que resultaba una práctica vana de los valores de la cultura francesa en una época en que, bajo el supuesto de imponer un dique o barrera a las tendencias expansionistas de los Estados Unidos de Norteamérica, la cultura política favorecía los intereses económicos de Francia e Inglaterra.

Con la llegada de la Revolución, debido al contacto entre los combatientes revolucionarios en las diversas regiones del país, afloraron distintas formas de hablar y, al mismo tiempo, surgieron formas variadas de música y costumbres que, poco a poco, iban definiendo un tejido de redes socioculturales institucionalizadas que, a su vez, permitieron acotar la identidad nacional y el carácter de los mexicanos, algo que el porfiriato se había empeñado en ignorar. Sin embargo, favorecido por la política oficial del gobierno de Álvaro Obregón, se imponía hasta formar una corriente vigorosa llamada “cultura nacional”, la cual se vería beneficiada con la fundación de la Secretaría de Educación Pública, pues se creaba un nuevo espacio de poder franqueado por los flujos culturales y simbólicos, donde participaban activamente intelectuales, pintores, escultores, literatos, historiadores, antropólogos, abogados, historiadores, etc.

Durante el período posrevolucionario, especialmente después de 1940, la perspectiva de la cultura da un giro inesperado, especialmente porque esta etapa coincide con la segunda guerra mundial, la cual propició entre otras cosas, la expansión y difusión de la tecnología a todos los niveles. En este escenario, el gobierno mexicano ejerció dos roles fundamentales:

el primero de ellos, como promotor para atraer el capital extranjero, por lo que instituyó la ampliación de una clase empresarial doméstica -una burguesía nacional siempre dependiente-, ligada al mercado interno en expansión y a los crecientes sectores medios.

El segundo rol fue como “ingeniero social”, ya que a través de las tecnologías, que poco a poco se iban difundiendo, buscó perfilar la “regeneración mental y física” de la sociedad mexicana, conformándola con “nuevos ciudadanos”.

Así, imaginado como el elemento primordial en y para la organización mexicana, este “ciudadano nuevo” combinaba rasgos del proletariado obrero y campesino, y de la clase media. En lo relativo a sus costumbres, privilegiaba el disfrute del dinero como instrumento de poder y como medio para obtener el bienestar material y la vida confortable, los placeres sexuales, el deporte, los viajes, la locomoción, y una multitud de diversiones excitantes que comenzarían a constituir la variada perspectiva donde se proyectaría la existencia de sí mismo; es decir, el mexicano moderno sería aquel que se erige orgulloso y dominador, despreciando la antigua moralidad y con una ansiedad por transmitir los atractivos que le ofrecía la civilización. Este fuerte impulso introspectivo, con ciertos aires renovadores que ejerció el gobierno, permeó toda la estructura social y se intensificó gracias, entre otros factores diversos, a su destino geográfico, esto es, a su cercanía con Estados Unidos, que lo condujo a una integración económica con esta nación, mucho antes de que se hablara de un Tratado de Libre Comercio.

“México, se ha alimentado, durante toda su existencia, de cultura europea, pero también de la norteamericana, y ha sentido tal interés por esta última y aprecio por su valor, que al hacerse independiente...la minoría más ilustrada, en su empeño de hacerse culta, se aproxima aún más a ella.”⁸⁰

Esta proximidad se tornó incuestionable con la propagación de la tecnología, misma que permitió a México embarcarse en un ambicioso proyecto de modernización que, si bien ha pretendido abarcar todos los ámbitos de la sociedad, se ha orientado, principalmente, a impulsar su desarrollo económico y tecnológico con la ‘esperanza’ de que todo el resto, es decir, la modernización política y cultural, se darían como consecuencia. Sin embargo, esto

⁸⁰ Monroy Rodríguez, María del Rosario, *Historia de México III*, México, Ed. MAC, 1996, p. 343.

no se ha presentado de forma automática como se pensaba o imaginaba, puesto que el impacto cultural de la globalización en una sociedad como la mexicana -siempre abierta y expuesta al influjo externo- ha planteado la dificultad de percibir la cuestión como un problema.

Por lo anterior, es importante señalar que, en realidad, desde sus inicios como país independiente, México ha asumido la formación de cierto carácter nacional cosmopolita desde el cual se han reproducido estilos de vida diversos pero que, ahora, en la primera década del siglo XXI, priva el estadounidense, el cual continúa ejerciendo un enorme efecto sobre la población mexicana, pues se ha ido apropiando de los usos y costumbres de la sociedad.

Es preciso comentar que traer a colación el pasado mexicano tiene una finalidad sintética y explicativa, sin pretender un estudio exhaustivo de los períodos mencionados por sí mismos sino más bien, a guisa de mención de momentos definitorios. Dicho de otra forma, en esta parte de la investigación, los complejos elementos sociales, culturales y económicos del pasado constituyen un recurso argumentativo para hacer inteligible el contexto actual.

En este marco, uno de los dilemas de la sociedad mexicana del siglo XXI radica en la experiencia de una realidad que ya no es la misma de los tiempos en que el país se consolidó como una nación. Entre la sociedad nacional de los siglos XVIII y XIX y la actual, hay muchas diferencias cualitativas y no sólo cuantitativas. Las mismas carencias, desigualdades, tensiones, anomalías, irracionalidades, entre muchas más que enfrentaron los mexicanos, reaparecen hoy día pero con otros significados y sentidos que, -hay que subrayarlo-, a través de los medios de comunicación e información, son proyectados como el único medio para participar de la dinámica sociocultural global.

Ello ha implicado que las transformaciones ocurridas en los ámbitos de la organización social, cultural y simbólica de México, en cierto modo, hayan desarticulado la correspondencia entre la realidad y las exigencias de los individuos, pareciendo que éstas sobrepasan sus propias capacidades para hacerles frente, generando así niveles de angustia

y, aunque parezca contradictorio, al mismo tiempo permite elegir cursos de acción para dotarlos de significado y lograr una “precaria, pero tolerable”, coordinación entre las decisiones y acciones, en un contexto de profunda incertidumbre “axiológica y simbólica”.

Dicho de otro modo, lo anterior implica señalar que coexisten puntos de vista contradictorios en la sociedad, y el significado de la experiencia de un evento en un contexto social no puede ser traducido en términos relevantes para la experiencia de otro contexto diferente. Así, las disímiles experiencias se vuelven ilimitadas y, en lugar de una sociedad afirmada sobre principios universales fijos, hay un pluralismo de espacios sociales regulados por criterios flexibles y eventuales. Es decir, al diluirse las limitaciones de la tradición, la estratificación y la localización, se extiende una especie de *idolatría* y un *paganismo* sobre todo hacia lo tecnológico que toma el lugar de las creencias colectivas institucionalizadas, donde la pluralidad de significados y perspectivas se expresan como una enorme ampliación de las posibilidades de vida, sin que exista la articulación simbólica correspondiente.

En el caso de México, la sociedad ha tenido que pagar el precio de dicho proceso: la pérdida de la idea de conjunto, de una visión integrada de la vida social, donde ha desaparecido la experiencia de la imposibilidad de asignar a su existencia individual, su evolución natural o a su historia, un fin intrínseco absoluto, pues “cada fin aparece en su carácter de elección, relativamente arbitraria. Ya no existe una ‘promesa de solución’ que valga para todos y las soluciones posibles no confieren a todos los [mexicanos] un solo significado, no señalan un credo generalizado que permita asignar un único lugar a cada individuo”.⁸¹

En este sentido, la sociedad mexicana ha dejado de requerir las posibilidades limitadas de interacción cara a cara para su propia formación y reproducción, y se apoya cada vez más en sus propias condiciones estructurales; desde el punto de vista de los individuos, esto lleva a concebir a las relaciones sociales como “despersonalizadas” y “abstractas”. Los

⁸¹ Uribe Ortega Graciela, *Geografía Política. Verdades y Falacias de fin de milenio*, México, Ed. Nuestro Tiempo, 1996, p. 220.

individuos que dan o reciben servicios especializados en roles cada vez más diferenciados, los convierten en elementos intercambiables. La interacción se convierte en el espacio de realización de la intimidad. Y ante la disolución de los lazos externos, -tales como el parentesco, obligación social y tradicional-, emergen las relaciones puras como prototipo de las nuevas esferas de la vida personal, cuyo valor se encuentra en las recompensas que la misma relación proporciona.

Es decir, en la sociedad mexicana, las formas de vínculo social, en la actualidad, comienzan a transitar en esquemas de socialización cambiantes que se estructuran a partir de un lazo que permite la pertenencia a una multiplicidad de comunidades emocionales, inestables y abiertas, donde las características de los vínculos sociales son las convocatorias puntuales, la fluidez y la dispersión. En otras palabras, las condiciones de complejidad cultural facilitan el tránsito de la prevalencia de estructuras asociativas en el largo plazo, al predominio de relaciones sociales basadas en comunidades afectivas con una lógica de red sustentadas en una estructura simbólica, que funcionan por un proceso de atracción y repulsión, según la elección de acuerdo con los propios gustos. Dicho de otro modo, los vínculos sociales hoy día, se basan en un proyecto de largo plazo, predominando la realización en el presente del impulso por estar juntos.

Esta situación podemos apreciarla sobre todo con la cada vez mayor penetración del uso de la tecnología (con la introducción de la robótica y la informática) en el estilo de vida de los mexicanos, que se ve reflejado en el vestido, la dieta, el entretenimiento, y su impacto se observa en los cambios que han experimentado las diversas expresiones de la cultura mexicana tales como: artesanías, música, tradiciones, por mencionar algunas, las cuales se han venido abandonando, transformando o mercantilizando en respuesta a las demandas de la dinámica social, económica y cultural global.

Así, poco a poco, la cultura [mexicana] tiene, en los medios audiovisuales, una fuente importante de creación y de transformación. Y, en la medida en que los medios se vuelven cada vez más omnipresentes en la vida cotidiana de los [mexicanos], es esa cultura la que permea y se va volviendo dominante conforme pasa el tiempo. Aumenta

y se consolida la exposición a sus productos: la cultura de masas, cultura industrial de la modernidad.⁸²

Lo anterior también se ha hecho evidente, por ejemplo, en los pueblos originarios que, urgidos por encontrar nuevas fuentes de ingreso frente al agotamiento de los recursos tradicionales, y la presión del mercado, se han visto forzados a incursionar en la promoción, a través del *cibespacio*, de la explotación turística de la biodiversidad de sus territorios y la riqueza cultural de sus tradiciones. Todo esto nos lleva a pensar en el carácter homogenizador de la globalización, la presión que ésta ejerce sobre las culturas locales y, sobretodo, de las respuestas de los pueblos y comunidades ante este influjo, que están demostrando una gran capacidad de adaptación, apropiación y reconstrucción.

En este sentido, es oportuno recordar que las culturas no permanecen estáticas e inmóviles; al contrario, están sujetas continuamente a procesos de transformación y renovación, ya sea por factores endógenos o exógenos. Los cambios políticos, las innovaciones tecnológicas, los ritmos económicos, las tendencias demográficas, la influencia de los medios, son tan sólo algunos de los múltiples factores que inciden en dichos cambios.

3.4 ¿Evolucionar o seguir un patrón ajeno?

En su vida cotidiana, los hombres viven dentro de una realidad que se presenta y aprende como ya objetivada, y posee un sentido subjetivo sólo a partir de que se concibe como algo coherente y ordenado. Esto es, la experiencia del hombre acontece dentro del mundo de la vida, que es social, tanto en sus orígenes como en su conservación; por ello, es capaz de producir un mundo que luego experimentará como *algo distinto a un producto humano*. Ello se debe, entre otras cosas, al hecho de que la vida social está cubierta por un conjunto de definiciones cognitivas y normativas de la realidad, diversamente relacionadas con distintos sectores del orden institucional que, en muchas ocasiones, suelen ser discrepantes, por lo que requieren de algún tipo de organización integral aunque, al mismo tiempo, de carácter parcial.

⁸² Rapaille, Clotaire, *El Código Cultural*, México, Ed. Norma, 2007, p.55

Lo anterior, para permitir que se dé sentido a la acción de los individuos en su totalidad en un marco de referencia universal que sea compartido por el conjunto de los miembros de determinada sociedad, para mantenerla unida y hacer que siga funcionando ante cualquier situación.

En esta línea, y de forma acentuada, en la primera década del siglo XXI, la vida de los individuos suele estar segmentada a un grado elevado y es cada vez menos fácil establecer lineamientos y/o patrones de conducta debido a la velocidad con que se dan los cambios.

En ese sentido, la sociedad, hoy día, corresponde a una nueva configuración. Formación social que ciertamente posee sus raíces históricas pero que hoy se consolida y, al transformarse, accede a un nuevo “grado”, adquiriendo un nuevo significado, otra dinámica. Así pues, el encuentro cotidiano con los demás obliga a tomar en cuenta a aquellos cuya vida está dominada por significaciones, valores y creencias diferentes e incluso, contradictorias. En este sentido, el universo simbólico no puede verse como un cuerpo firmemente cristalizado o lógicamente coherente de definiciones de la realidad; por el contrario, está estructurado de modo impreciso y dista bastante de ser una constelación estable de la realidad, de ahí que la reciprocidad entre individuo y sociedad llega a experimentarse como una forma de lucha.

En este contexto, y como ya se ha señalado en otro momento, lo anterior puede explicarse a partir de la revolución científico-tecnológica iniciada a mediados del pasado siglo XX, generando un sin fin de transformaciones, entre ellas: el advenimiento de nuevos satisfactores del tiempo libre; atractivas opciones de entretenimiento; la gestación de una nueva cultura de consumo en diversos estratos sociales -acordes a su poder adquisitivo-; el desarrollo de nuevas relaciones sociales cimentadas en la información y no en la producción; el desmantelamiento de un considerable número de los principales centros de poder; la crisis de los estados nacionales, todo esto distingue lo que parece anunciar el advenimiento de las *sociedades de redes*, derivadas éstas del predominio de las tecnologías de información y las comunicaciones que, en términos concretos, no son otra cosa que hablar del predominio que, en su momento, han ejercido los medios de comunicación

electrónicos, tales como el cine, la radio, la televisión y, ahora Internet, siendo este último el que ha impulsado cambios definitivos en las principales actividades humanas, de forma más rápida y profunda que en otras etapas históricas.

Si bien es cierto que actualmente vivimos en un mundo globalizado que depende de forma creciente de las TIC, donde los procesos de producción, las fuentes de alimentación, la medicina, la educación, la comunicación o el transporte, están fuertemente ligados a ellas, también es cierto que, al mismo tiempo aunque de modo distinto, éstas han minado los desenvolvimientos económicos y sociales de muchas naciones, México incluido, donde han desfigurado, parcialmente, la estructura sociocultural interna.

En lo que respecta a la sociedad y la cultura mexicanas, al no quedar al margen del influjo de las TIC, ha significado que millones de mexicanos puedan establecer comunicación con alguien al otro lado del mundo; escuchar y seleccionar música; realizar actividades escolares o laborales; o bien, jugar y entretenerse, de ahí que también han constituido el reflejo y extensión de los sentimientos y las pasiones humanas.

En este sentido, en el plano cultural, las percepciones o los pensamientos cotidianos, así como las ideas científicas o la creación cultural que resultan de las informaciones emanadas de fuentes muy sesgadas en sus intereses y valores, son moldeados de formas muy diferentes. Así, en México se han creado espacios culturales, éticos o políticos, ausentes de diálogos entre sí e inducidos a no integrarse en una unidad, cada uno con su propia visión y ejercicio, y según sus condiciones geográficas y socioeconómicas.

La transmisión informativa de carácter masivo generada y vertida por las TIC, provoca un síndrome de estar en la modernidad mediante el cual la población consume pasivamente lo que se le presenta, y muchos llegan a convencerse de que la vida es un conjunto de imágenes fugaces que se traslapan y que no pueden comprenderse en su totalidad. Hay un sometimiento sistemático, directo e indirecto, de todas las actividades culturales a una valoración de eficacia y eficiencia semejante a la de la productividad industrial. Junto a ello, hay un imperativo, tácito o explícito, a decidirse entre una supuesta inevitable

disyuntiva entre lo nuevo y lo viejo, la “modernidad” o la tradición, si se quiere salir del atraso material o espiritual.

Asimismo, y como parte importante del proceso de la globalización en México, se ha promovido la generación o estimulación del consumo de nuevos productos, induciendo nuevos valores y pensamientos que tienen mucho que ver con la posesión de bienes materiales puestos en el mercado y que pueden resultar inaccesibles para las grandes mayorías, enfatizando el individualismo como proyecto de vida y muchos otros rasgos sociales que pueden ser muy negativos, como el desprecio por lo propio o a la confusión moral.

Esto ha conducido a la violación constante de los valores pues, apoyándose generalmente en los medios masivos de difusión, ocurre la sustitución de aquellos valores por otros, donde nos exponemos al bombardeo de información que se despliega ante los grupos, las comunidades y los colectivos que constituimos, y en los cuales nos insertamos.

En este sentido, en las condiciones actuales la dominación de los medios masivos de comunicación por un número cada vez más reducido de grupos de poder, producto de esta globalización transnacionalizada, se torna un proceso irreversible donde las fronteras tienden a disiparse, aunque de ninguna manera se evaporan, y las costumbres y culturas experimentan un proceso de aproximación e incluso de fusiones que tienden a correr en una sola dirección desde los centros a la periferia, concentrando siempre su dominio en las élites que atesoran o comparten, sus medios de capital y sus capacidades tecnológicas para fortalecer su influencia sobre el pensamiento y los valores de la población.

La gravitación de los medios de comunicación actuales, como ahora la cibernética enlazada a la telefonía, desempeñan un papel decisivo en ese proceso de aproximación entre los países y los individuos. Sin embargo, esos mismos medios son factores que enfatizan la diferencia que ya existe, tanto en las sociedades como en las mismas naciones. Muchos piensan que se trata de un proceso natural e irremediable, frente a lo cual no hay poder humano o divino que pueda oponerse, donde todo se convierte en un material de archivo

que no tiene utilidad en el presente o el futuro. Este fatalismo frente a la divinidad tecnológica resulta justamente de la excesiva concentración de los medios de información masiva en ciertos grupos, y condiciona nuestro estilo de vida y los productos a consumir. Es decir, a través de los medios se moldean valores, ideas, aspiraciones, sentimientos, hábitos de consumo y de vida, todo lo que atañe a la esfera espiritual y material de los individuos.

En otras palabras, el proceso de globalización en México ha encarnado la fragmentación de las frágiles estructuras culturales y tiende a provocar su rápido desvanecimiento a través de la imposición -implícita- de otras prácticas culturales que tienden a enfatizar lo efímero de la existencia, semejante a la corta vida de los computadores en que la obsolescencia es cuestión de segundos; por ello, se rechaza el pretérito y se oscurece el futuro, creando el mundo de hoy, móvil, incierto, dispuesto en imágenes que surgen y desaparecen demostrando la fragilidad del mundo, lo inútil del propósito de comprender la totalidad, la verdad irrefutable del espacio y del tiempo fragmentado.

En suma, México como tantas otras naciones, se encuentra frente a un flujo de información que generaliza la cultura norteamericana e incluso, se llega a decir que la cultura contemporánea es la cultura norteamericana, ya que son estos los que han convertido a los medios fundamentales de comunicación en objetos de diversión y entretenimiento. A través del cine, la televisión y más recientemente Internet, Norteamérica ha esparcido su cultura por todo el mundo.⁸³

En este sentido, podemos decir que la incorporación de nuestra sociedad a los procesos de globalización internacional no comienza con la penetración cultural, la pérdida de identidad nacional y la instauración de los principios capitalistas en el campo de nuestra conciencia colectiva; pero si se inicia a través de las TIC, una nueva fase acelerada de transformación de valores mediante la circulación de nuevas ideologías para apuntalar el fortalecimiento del sistema productivo y la distribución de mercancías que exige el contexto global. De lo anterior se desprende que podamos asegurar que las dinámicas que acarrea la globalización

⁸³ Friedman Milton y Rose, *Libertad de elegir*, Barcelona, España, Ed. Grijalbo, 1980, p.265.

no operan sobre una tabla rasa o sobre un recipiente vacío; por el contrario, tratándose de México, ellas operan de forma muy diferente según la región o localidad de que se trate, como se muestra a continuación.

En lo que toca al consumo en México, las pautas con las que los individuos han guiado sus conductas al momento de definir qué producto o servicio adquieren, han constituido un escenario difícilmente descriptible, puesto que han existido diferentes esquemas de consumo para los mismos productos según el nivel de ingreso, y pueden identificarse diferentes patrones generales ya que para ser modernos, estar al día y mantenerse adaptados a la permanente dinámica de cambio que se vive, hay que consumir constantemente los nuevos productos, especialmente extranjeros, que produce la modernidad: consumo, igual a progreso social.

La apertura económica del mercado mexicano ha significado la producción de una acelerada modernización del consumo nacional, ya que la sociedad mexicana, sin estar preparada, ahora produce muchos productos que se venden en otras latitudes. Así, comparando la vinculación que se da entre producción, innovación y consumo, observamos que en relación al consumo, se ha dado un disparo brutal en la velocidad de reacción de los consumidores que se han lanzado a la adquisición de los productos importados, mientras que la velocidad de reacción de las empresas nacionales para producir los bienes que se requieren es a veces menor.

“...un patrón de consumo es un interactivo espacio de disputa sobre los bienes materiales y simbólicos que produce la sociedad y las maneras de usarlos”.⁸⁴

De esto se desprende que la forma como se consume actualmente, se encuentra inmersa en un estilo de vida exaltado por los medios de comunicación en niveles tan amplios, que no es posible esperar que la sociedad mexicana escape a las necesidades y aspiraciones que son creadas e incorporadas culturalmente. Por ello, los individuos existen en el corazón del

⁸⁴ García Canclini, Néstor, *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. México, Grijalbo, 1995, p. 56.

consumo visto como la organización total de la vida cotidiana, donde todo es “apropiado” y “simplificado” en una ineludible *felicidad abstracta*.

“[...] El trabajo, el tiempo libre, la naturaleza y la cultura, todas las actividades que antes estaban dispersas y separadas, y parecían irreducibles, [...] finalmente han sido mezcladas, manipuladas, acondicionadas y domesticadas en la actividad simple de la compra perpetua”⁸⁵

Esto aunado al papel que -en las últimas décadas- están desempeñando los medios de comunicación, al pasar de ser un mecanismo de incentivación y motivación social a través de la publicidad, para convertirse en el principal promotor de una dinámica ideológica caracterizada por un *dominio del terror*, lo que ha forjado la convivencia de hábitos, costumbres, valores tan distintos, que parecen disipar al individuo mismo.

En otras palabras, en los medios de comunicación actuales lo que no es visible y no tiene imagen, no merece ser difundido y, por lo tanto, no existe. Se privilegia el *choque emocional* que las imágenes producen por sobre cualquier otra cosa, colocando a los individuos en el centro de un sistema global de valores, donde se fomenta la agresividad, la competitividad, el desprecio y el rechazo por cualquier proceso que implique autocrítica y análisis intelectual. Estos son los lineamientos que conducen el flujo de informaciones, de signos y símbolos a escala global. Esto es lo que, entre otras cosas, ha traído consigo la interconexión creciente entre todas las sociedades.

Entonces, hoy día, se “admira” todo aquello que provenga de Norteamérica, se admira aquel orgullo que pregonan los americanos, vemos la apatía e incluso el “desprecio” que sienten hacia el resto del mundo y que, en general, viven encerrados en sus fronteras; se nos muestra en imágenes la importancia de la religión y de la práctica religiosa en el país; en el amor al dinero se nos presenta el afán por crear empresas y obtener ganancias, descuidando así la vida social; se nos explica la jerarquía social marcada por el dinero, el afán de “trepar” en esta jerarquía a cualquier precio; del poder de la individualidad, y de sus consecuencias; se habla de la gran cantidad de violencia en el mundo; se aprecia el gusto por lo obsceno; se trata brevemente el “pudor”, y de ahí se salta a la mala alimentación, al

⁸⁵ *Idem.*

sobrepeso, a las ansias de comer sin parar. También se habla de los productos “freaks”, y al mismo tiempo, se expone el humor; descubrimos una oleada de adolescentes con la cultura de la televisión, el video, el ordenador, etc. que ignoran al compromiso familiar, y lo que esto conlleva; y se habla del ordenador, de Internet, del bit, de las empresas y anuncios en la red, el Chat, del trabajo por ordenador desde casa; y del nuevo modelo de vida al que se puede llegar con esto. Esta visión anuncia que todo en México debería ser transformado en riqueza e integrado a la producción de mercancías para presentarlo como un nuevo orden, evocando imágenes que aluden a la homogeneidad y a la aparente integración.

“En un mundo en que las cosas deliberadamente inestables son la materia prima para la construcción de identidades necesariamente inestables, hay que estar en alerta constante; pero sobre todo hay que proteger la propia flexibilidad y la velocidad de readaptación para seguir cambiantes pautas del mundo de afuera.”⁸⁶

De esta tónica se desprende, entonces, que México ha atravesado por procesos de asimilación y homogeneización que han hecho a este país constituirse como una nación multicultural. No obstante, más allá de conceptualizaciones abstractas sobre estos procesos, lo que es indudable, es el hecho de que México se encuentra inserto en un proyecto dominante -ahora dirigido por los Estados Unidos- que se ha tratado de imponer a una sociedad culturalmente diversificada y plural que ha ofrecido resistencia y hasta hoy subsiste apegada a su propio proyecto, que es diferente. En la situación de fin de siglo los principios uniformantes no sólo han crecido sino que tienden a unificarse a escala mundial, lo que indudablemente implica mayores presiones para las sociedades, en este caso la mexicana.

De esta manera, la realidad mexicana no puede pensarse a fondo y sin tomar en cuenta, de una u otra manera, la presencia de los Estados Unidos. Ante esto, discusiones sobre diversos temas derivados de la estrecha relación con dicha nación, resultan fundamentales; baste el ejemplo en torno de la frontera norte para hacer de esta una línea que nos una y no una que nos separe, tiene -ambas posibilidades- repercusiones amplias y profundas en todos los ámbitos de vida de los mexicanos.

⁸⁶ Bauman, Zygmunt, *Modernidad líquida*, Buenos Aires, Argentina, Ed. Fondo de Cultura Económica, 2002, p. 92.

En el caso de México, como sociedad no negamos la complejidad y sus consecuencias, sino que las incorporamos como referencia en la búsqueda de alternativas, y logramos algún grado de efectividad para solucionar con éxito las exigencias que la complejidad impone. En este sentido, adoptamos, por tanto, una perspectiva en la que suponemos que, a pesar de las dificultades, hay lugar para imaginar creativamente respuestas satisfactorias que, aunque no solucionan completamente los dilemas que se generan, constituyen alternativas viables para poder vivir con ellos. De esta manera, los mexicanos nos enfrentamos con nuestros propios límites.

Por tanto, el individuo es un ser abandonado por los instintos, sin procesos conductuales fijos, expuesto a un exceso de estímulos en ausencia de parámetros biológicos para responder a ellos, por lo que se encuentra amenazado por la incertidumbre. Debe, entonces, construirse un *mundo adaptado artificialmente* que compense sus deficiencias emocionales, afectivas y espirituales. Y este mundo artificial, en tanto producto de la interacción social inevitable, es precisamente la cultura. Entender que este proceso no es exclusivo de nuestro país, significa responder a ciertas tendencias que se han generalizado; entre ellas destaca el desconocimiento, por parte de la mayoría de las personas, de las razones que las motivan a hacer las cosas que hacen. Esto se ha convertido en una especie de *precepto*, utilizado y explotado hasta su máximo nivel, por aquellos sectores encargados de producir y difundir todo tipo de mercaderías. Dicha norma se basa en la cuestión emotiva, como elemento clave para dejar una impresión en la memoria individual y colectiva. Ésta, se convierte en la directriz principal del proceso de *aprendizaje social* en la sociedad actual.

En esta línea, dicho aprendizaje consiste en un conjunto de emociones que crean una serie de *conexiones significativas* que se refuerzan con la repetición. Estas conexiones generan cierto grado de condicionamiento para ver el mundo de maneras previsibles. Y es precisamente, a partir de esto, que un amplio sector de la sociedad mexicana, imita las tendencias y patrones de vida de los norteamericanos.

En este sentido, la cultura, específicamente a través de sus instituciones, cumple con una función de descarga que ordena y estabiliza, y brinda, a través del tiempo, previsibilidad y continuidad, una base para el entendimiento y una garantía de confianza mutua en un orden no cuestionable. El paso a una cultura que relativiza sus propias creencias, por el contrario, obliga constantemente a integrar hechos desconexos, a discriminar y resolver.⁸⁷

En consecuencia, en el tema de la cultura en México existe un juego de niveles muy distintos de continuidad y discontinuidad de los individuos y las sociedades con respecto de sí mismos. Es decir, estamos en una nueva cultura de lo eterno y lo efímero, es una temporalidad fragmentada que se enlaza con la nueva lógica universal con la que se completa el nuevo modo de aprehensión simbólica de la experiencia social.

⁸⁷ Gleizer, Salzman Marcela. *Identidad, subjetividad y sentido en las sociedades complejas*, México, FLACSO, 1997, p. 73.

CONSIDERACIONES FINALES

Hablar de consideraciones finales en la presente tesis, implica llevar a cabo reflexiones en dos sentidos: por una parte, respecto del tema aquí abordado y, por la otra, hacer alusión al proceso de elaboración de este escrito. Sin duda, el lector seguramente desea encontrar a manera de lista y de forma inmediata la palabra “conclusiones”, puesto que es común encontrar este término al final de una tesis; no obstante, aquí hablamos de consideraciones finales puesto que el tema abordado tiene un sin fin de perspectivas, sentidos y direcciones, además de que carecería de significado ser tajante o concluyente, sobre todo en un tema como el de la cultura. En esta línea, más que llegar a desenlaces definitivos, mi trabajo ha estado orientado a expresar reflexiones que me han preocupado de manera constante y ante las cuales no encuentro una respuesta definitiva. Es decir, no adoptaré una posición fija e irrefutable sobre el tema, menos aún cuando lo primordial se torna en lo que ha implicado el proceso de elaboración de la investigación, sus posibles alcances y sus límites. Cualquiera diría que elaborar una tesis de licenciatura es cuestión de “más o menos” ordenar información, editarla y se acabó. Sin embargo, desde mi punto de vista, no coincido con ello.

Iniciar con el proceso de elaboración de un proyecto que permita el desarrollo de una tesis, entraña no sólo cuestiones académicas y profesionales, también tiene implicaciones emocionales y efectivas las cuales, para la gran mayoría, pasan desapercibidas, puesto que están más interesados en los resultados concretos e inmediatos. No puedo negar, que al momento de iniciar el proyecto, pocos nos detenemos a echar una mirada a nuestra propia vida y a contrastarla con la realidad que estamos viviendo, ello es entendible debido a los grandes y variados roles que debemos emprender de forma constante. Sin embargo, quienes nos detenemos a dar un vistazo al tiempo y espacio en el que nos desenvolvemos, sin lugar a dudas, encontramos otra mirada y otra perspectiva del lugar donde nos encontramos, sobre todo cuando decidimos realizar una tesis relativa al tema de la cultura.

A través la historia, el género humano ha tenido la tendencia a considerar que el universo es permanente, estático e inalterable. Esta visión contribuyó en la antigüedad a formar la idea

de que es un producto perfecto de la divinidad porque a los ojos del ser humano medieval, por ejemplo, el sol salía con mucha puntualidad cada día, los astros y las estrellas cruzaban con constancia el cielo nocturno, las estaciones se sucedían con gran regularidad y las posibles variaciones a esta armonía eran tan pequeñas, que no eran observadas o no se consideraban como reales alteraciones al concierto universal. Por ello, los movimientos aparentemente erráticos de los planetas, las estrellas fugaces, los eclipses y otros fenómenos extraordinarios para aquellos días, eran objeto de curiosidad y de estudio para tratar de encontrarles una explicación que no rompiera con esta idea de estabilidad. Estas y otras ideas, hoy sabemos que no permanecen inalterables, que seres humanos, como sus ideas, pensamientos, visiones y perspectivas cambian de continuo, no permanecen inalterables.

Así, el sentido de la presente tesis, también se encuentra en una dinámica, en un espacio y un tiempo determinados. Es una tesis que inició con ideas básicas que poco a poco se han ido conjuntado y conformando, y donde el tiempo y la mirada que voy teniendo, también, ha cambiado de continuo, seguramente cuando concluyan estas consideraciones habrá que hacer otras y, para ese entonces, lo que pensaba antes se verá matizado por otros elementos que iré incorporando.

La consideración de la cultura, en tanto es una compleja red de significados, denota que es a través de la cual los individuos y las colectividades tratan de dar cuenta de lo que creen "ser" en referencia a una determinada concepción de lo que se "ha sido" y de lo que se pretende "llegar a ser" remite, de manera directa, a la temporalidad como "síntesis simbólica superior" de la experiencia humana. Ésta, junto con el tiempo-espacio, constituye no tanto un indicador de una diversidad cultural, más bien constituye el modo en el que las mismas culturas, dinámicamente articuladas se auto-conciben, se representan y auto-instituyen contándose, narrándose en relación con el "otro" y con lo "otro".

Así, las sociedades se realizan desde la construcción de sus diferencias con las demás a través de mecanismos sintetizadores de lo heterogéneo. Ahí es donde entra en juego la idea de que las sociedades y su cultura no viven "en" el tiempo, por ellas no "pasa" el tiempo como exterioridad objetiva, más bien crean sus propias y muy diferentes temporalidades

que establecen entre, de un lado, las seducciones de un presente problematizado, de un presente que, en su propia finitud y límites de posibilidad, invita a pensar, a decir, y a actuar de una forma singular -no sujeta a ninguna necesidad trascendente-, y, de otro, el doble horizonte, siempre móvil, siempre redefinible, de las "experiencias" (acumuladas en el pasado a partir de un determinado uso de la "memoria"), y de las "expectativas" (proyectadas hacia un futuro más o menos abierto).

Me sitúo, pues, como ser humano parte de un proceso condicionado, donde la simple identificación simbólica de los objetivos de las acciones selectivas de un presente que se interroga sobre sí mismo constituye, en sus múltiples conformaciones culturales, una interpretación de la experiencia presente, en función de una determinada diferenciación entre modalidades temporales del pasado y del futuro. El tiempo es, ante todo, un problema de historia cultural por cuanto ocupa un primer plano en la concepción del mundo, que caracteriza a tal o cual cultura, así como otros componentes de esta concepción como: el espacio, la causa, el cambio, el nombre, la referencia del mundo sensible y del suprasensible, la relación de lo particular a lo general y de la parte al todo, el destino, la libertad...

En consecuencia, en el tema de la cultura existe un juego de niveles muy distintos de continuidad y discontinuidad de los individuos y las sociedades con respecto a sí mismos. Dicho en otras palabras, enlaza, en los distintos contextos culturales así configurados, con la doble perspectiva de la reproducción y la modificación o rechazo de los patrones de interacción, los códigos afectivos y los órdenes institucionales prevalecientes en los diversos marcos socio-históricos. No obstante, lo anterior tampoco presenta un carácter uniforme en la medida en que no toda novedad es alternativa ni funcional a la cultura dominante: la diferencia entre lo antiguo y secundario representa la posibilidad de situar mis reflexiones desde esos nuevos parámetros como respuesta a una nueva experiencia supeditada al preponderante papel económico-social, político y cultural ejercido por las nuevas Tecnologías de la Información y la Comunicación.

Así, estamos ante una nueva cultura de lo eterno y lo efímero, es una temporalidad espacialmente multidimensional pero fragmentada, y ello se enlaza con la nueva lógica universal con la que se completa el nuevo modo de aprehensión simbólica de la experiencia social. La configuración de esta nueva forma espacio-temporal, ligada al nuevo poder de los flujos de información, tiene incidencia directa en una nueva conformación del sujeto individual y colectivo, en su relación consigo mismo y con los demás.

Dicha imagen es congruente con la idea de la constante redefinición de las sociedades, los espacios de circulación (autopistas, áreas de servicios en las gasolineras, aeropuertos, vías aéreas), los espacios de consumo (super e hipermercados, cadenas hoteleras) y los espacios de la comunicación (pantallas, cables, las ondas de las transmisiones electrónicas) que representan espacios que, aunque no físicamente inmateriales, comportan la desterritorialización de unas relaciones sociales no duraderas. Son cuestiones perfectamente identificables con las sociedades que entrañan, pues, paso, tránsito, indeterminación del sujeto y de lo vivido, lo cual se corresponde con la nueva ética utilitarista, consumista e individualista.

La nueva dinámica representa la nueva frontera de una individualidad confinada sobre sí misma; la des-simbolización de la relación social; la desatención del exterior inmediato del otro a cambio de las ilusiones y las imágenes servidas por las TIC's. De ese modo, la apropiación simbólica excluyente de determinados lugares de vida demuestra el carácter contradictorio de este proceso que pretende ser el intento de concordancia entre las sociedades dentro de fronteras estrechas y del carácter inestable de la mirada a través del mundo de las imágenes.

De ahí que, en adelante, en este proceso de alteración de la vivencia individual y colectiva de lo temporal (y lo espacial) su medio esencial de acción dominante, excluyente y segmentadora, la existencia humana, se ve inmersa en esa ilusión del cambio que producen los procesos de aceleración del movimiento (y de los desplazamientos) de los elementos del sistema en el plano de la permanencia e inalterabilidad de sus reglas constitutivas y constituyentes. Y en esa línea, el camino apenas se abre.

FUENTES DE CONSULTA

DOCUMENTOS

- Borja Jordi, Castells, Manuel, *Local y global. La gestión de las ciudades en la era de la información*, Madrid, Ed. Taurus, 1997.
- Castells, Manuel, “El papel de las nuevas tecnologías en la reestructuración económica mundial”, en *Problemas en torno a un cambio de civilización: Modelos de futuro, nuevas tecnologías y tradición cultural*, Barcelona, España, Ed. Nuevo Arte Thor, 1988.
- UNESCO, *Cultura, Comercio y Globalización. Preguntas y Respuestas*, UNESCO, 2002.
- Yúdice, George, *Globalización de la cultura y nueva sociedad civil*, Caracas, Ed. Universidad Central de Venezuela, 1997.

LIBROS

- Amin, Samir, *El capitalismo en la era de la globalización*, Barcelona, España, Ed. Paidós, Colección Estado y Sociedad, 1999.
- Arroyo Pichardo, Graciela, *Apreciación mutua de los valores culturales de Oriente y Occidente*, Morelia, Michoacán, Ed. Gobierno del Estado de Michoacán, Departamento de Prensa y Cultura Popular, 1974.
- Bauman, Zygmunt, *Modernidad Líquida*, Buenos Aires, Argentina, Ed. FCE, 2002.
- -----, *Modernidad y ambivalencia*, España, Anthropos, 2005.
- -----, *Vida líquida*, Barcelona, España, Ed. Paidós, 2006.
- -----, *Vida de consumo*, México, Ed. Fondo de Cultura Económica, 2007.
- Bell, Daniel, *El advenimiento de la sociedad postindustrial*, México, Ed. Alianza Editorial, 1973.
- Bell, Daniel, *Las contradicciones culturales del capitalismo*, México, Ed. Alianza Universal, 1994.
- B. Rae, John, *La tradición del know-how: la tecnología en la historia de Estados Unidos*, en *Tecnología y Cultura*, Barcelona, Ed. Gustavo Gili, 1978.

- Beatriz Sarlo [et al.], *Observatorio siglo XXI: reflexiones sobre arte, cultura y tecnología*, Buenos Aires, Argentina, Ed. Paidós, 2002.
- Berman, Morris, *El crepúsculo de la cultura americana*, México, Ed. Sexto Piso, 2007.
- Bernal, John D., *La ciencia en la historia*, México, Ed. Nueva Imagen, 2005.
- -----, *La ciencia en nuestro tiempo*, México, Ed. Nueva Imagen, 2007.
- Bessis, Sophie, *Occidente y los otros. Historia de una supremacía*, Madrid, España, Ed. Alianza Ensayo, 2002.
- Brinkley, Alan, *Historia de los Estados Unidos. Un país en formación*, México, Ed. McGraw-Hill, 2003.
- Brunner R., José Joaquín, *Globalización cultural y posmodernidad*, México, FCE, 1998.
- Brunner, José Joaquín, *América Latina: cultura y modernidad*, México, Ed. Grijalbo, 1992.
- Bueno Carmen, María Josefa Santos, coords., *Nuevas tecnologías y cultura*, Barcelona, España; Ed. Anthropos, 2003.
- Castells, Manuel, *La era de la información: economía, sociedad y cultura*, Ed. Siglo XXI, México, 2000.
- Delmas, Claude, *La civilización europea*, México, FCE, 1984.
- Dilthey, Wilhelm, *Teoría de las cosmovisiones del mundo*, México, Ed. Alianza, 1990.
- Echeverría, Bolívar, *Las Ilusiones de la Modernidad*, México, UNAM/El Equilibrista, 1997.
- *Enciclopedia Cumbre Ilustrada*, Vol. XII, México, Editora Mexicana, 1987.
- Fabelo Corso, José Ramón, *Los valores y sus desafíos actuales*, La Habana, Editorial Oriente, 2003.
- Fontana, Joseph, *La historia de los hombres: el siglo XX*, Barcelona, España, Ed. Crítica, 2002.
- Friedman Milton y Rose, *Libertad de elegir*, Barcelona, España, Ed. Grijalbo, 1980.

- Frost, E. Cecilia. cit pos., Bartra Roger. (selección y prólogo) *Anatomía del mexicano*, México, Ed. De bolsillo, 2005.
- García Canclini, Néstor, *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*, México, Grijalbo, 1995.
- -----, Néstor, *Culturas Híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México, Ed. Grijalbo, 1989.
- Gelles J., Richard y Levine, Ann, *Sociología con aplicaciones en países de habla hispana*, Ed. Mc Graw Hill, México, 2003.
- Giddens, Anthony, *Un mundo desbocado: los efectos de la globalización en nuestras vidas*, Madrid, Ed. Santillana-Taurus, 2000.
- Giménez, Gilberto y Pozas, H. Ricardo. (Coords.) *Modernización e identidades sociales*, México, UNAM, 2002.
- Gleizer, Salzman Marcela, *Identidad, subjetividad y sentido en las sociedades complejas*, México, FLACSO, 1997.
- González, Jorge A. [et al.], *El consumo cultural en México*, México, CONACULTA, 1993.
- Harrison B. John. [et.al.], *Historia universal contemporánea*, México, Mcgraw-Hill, 1995.
- Ianni, Octavio, *La Sociedad Global, México*, Ed. Siglo XX, Quinta Edición, 2007.
- -----, *Teorías de la globalización*, México, Ed. Siglo XXI/UNAM, 1997.
- Jonson, Paul, *El nacimiento del mundo moderno*, Buenos Aires, Argentina, Ed. Grupo Zeta, 2000.
- Korten, David C., *Cuando las transnacionales gobiernan al mundo*, Santiago de Chile, Ed. Cuatro Vientos, 1998.
- Lison Arcal, José L., *La globalización que nos quieren vender. Una visión cultural*, Madrid, España, Ed. Gráfica, 2003.
- Louvier Calderón, Juan, *Cultura mexicana y globalización: responsabilidad histórica de México*, México, Ed. EDAMEX, 1995.
- Hobson, John, M., *Los orígenes de la civilización occidental*, Barcelona, España, Ed. Crítica, 2006.

- Monroy Rodríguez, María del Rosario, *Historia de México III*, México, Ed. MAC, 1996, p. 343.
- Olivé, León, *Multiculturalismo y pluralismo*, México, Ed. Paidós/UNAM, 1999.
- Ortega y Gasset, J, *Obras completas*, Madrid, España, Ed. Alianza, 1983.
- Rae, John B., “La tradición del know-how: la tecnología en la historia de Estados Unidos”, en *Tecnología y Cultura*, Barcelona, Ed. Gustavo Gili, 1978.
- Rapaille, Clotaire, *El Código Cultural*, México, Ed. Norma, 2007.
- Ribeiro, Darcy, *El proceso civilizatorio. Etapas de la evolución sociocultural*, Venezuela, Ed. Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, 1970.
- Rojas Garcidueñas, Manuel, *Introducción a la historia de la ciencia*, México, D.F., Ed. AGT, 1999.
- Stavenhagen, Rodolfo, *Política cultural para un país multiétnico*, México, SEP, 1988.
- Tenorio-Trillo, Mauricio, *Argucias de la historia: Siglo XIX, cultura y América Latina*, México, Ed. Paidos, 1999.
- Tierno Galván, Enrique, *Acotaciones a la historia de la cultura occidental en la edad moderna: Desde el fin de la edad media hasta la actualidad*, Madrid, Ed. Tecnos, 1964.
- Torres, Ramírez Blanca, *México en la Segunda Guerra Mundial*, México, El Colegio de México, 1979.
- Touraine, Alain, *Crítica de la modernidad*, México, Ed. FCE, 2000.
- -----, *¿Podremos vivir juntos?*, México, Ed. FCE, 2003.
- -----, *Producción de la sociedad*, México, UNAM-IFAL, 1995.
- Uribe Ortega Graciela, *Geografía Política. Verdades y falacias de fin de milenio*, México, Ed. Nuestro Tiempo, 1996.
- Vázquez S, Ma. de la Luz, *Historia de la cultura*, México, D.F., Ed. Thompson, 2005.
- Villacorta Baños, Francisco, *Culturas y mentalidades en el siglo XIX*, Madrid, España, Ed. Síntesis, 1993.

- Zea, Leopoldo (et. al.), *Características de la cultura nacional*, México, IIS-UNAM, 1969.
- Zea, Leopoldo, *América como conciencia*, México, UNAM, 1972.

PUBLICACIONES PERIODICAS

- Collins Randall, “Ley de Durkheim sobre la gravedad social”, en *Cuatro Tradiciones Sociológicas*, México, UAM, 1996.
- Galindo, Luis Miguel, Asuad Norman y Escalante, Roberto. “El proceso de urbanización” en *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 19, No. 2, 2004.
- Hannerz, Ulf, “Cosmopolitans and locals in world culture”, en *Theory, Culture and Society*, London, Sage, 1990.
- Martín Barbero, Jesús, “Tecnificadas, identidades, alteridades: des-ubicaciones y opacidades de la comunicación en el nuevo siglo”, en *Diálogos de la Comunicación*, México, ITESO, 2000.
- Yúdice, George, *El recurso de la cultura. Usos de la cultura en la era global*. Barcelona, España, Ed. Gedisa, 2002.

FUENTES ELECTRÓNICAS

- Hugh McDonald, *The Effects of Technology on Business*, ponencia presentada en el «3rd International Conference Promoting Business Ethics», Niagara Falls, el 1 de noviembre de 1996, en <http://www.vaxxine.com/hyoomik/philos/numb1.htm>, consultada el 13 de mayo de 2007.
- Milton Santos, citado por Schaposnik–Mainero, “*Sociedad y cultura afectadas por procesos reestructuradores emergentes de la globalización*” en <http://www.fau.unlp.edu.ar>, consultada el 1 de noviembre de 2008, 14:20p.m.
- <http://portal.unesco.org/es>, consultada el 13 de diciembre de 2008, 02:34 a.m.
- http://portal.unesco.org/en/ev.php-URL_ID=29008&URL_DO=DO_TOPIC&URL_SECTION=201.html, consultada el 23 de diciembre de 2008, a las 03:21 a.m.
- Castells, Manuel. *Lección inaugural del programa de doctorado sobre la sociedad de la información y el conocimiento* en la Universitat Oberta de Catalunya, en <http://tecnologiaedu.us.es/revistaslibros/castells.htm>, consultada el 3 de enero de 2009, a las 22:37 p.m.
- Aparicio, Fernando, “*Globalización, homogenización cultural y cultura nacional*”, en Cuadernos Nacionales, num. 5, Panamá, Instituto de Estudios Nacionales de la

Universidad de Panamá, 2005, acceso al texto completo:
<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/panama/iden/aparicio.rtf>.